



LA LEY DE LYNCH

CAPITULO I

UN DISPARO

Precisamente á la hora en que el ex capitán de voluntarios se alejaba del jacalé del *Coyote*, ciego de cólera, como ya recordarán nuestros lectores y combinando, sin duda, mentalmente algún maquiavélico proyecto, otro nocturno viajero abandonaba los límites del pueblo, tomando una dirección que debía conducirle, en caso de seguirla hasta cierta distancia en línea recta, á las orillas del río de las Nueces, ó una de sus corrientes tributarias.

Es inútil decir que iba á caballo, pues en Tejas nadie va á pie fuera del recinto de las ciudades ó de las plantaciones.

El viajero á que nos referimos montaba un vigoroso corcel, cuyo seguro paso demostraba que era capaz de realizar un largo viaje sin ceder á la fatiga.

A juzgar por el traje, no era fácil adivinar si la caminata debía ser larga: el equipo del viajero se asemejaba al de cualquier jinete de Tejas cuando emprende una excursión de diez millas. Tal vez iría á su casa, pues lo avanzado de la hora alejaba la suposición de que saliese de ella.

El *sarapé*, puesto descuidadamente sobre los hombros, no tenía, al parecer, otro objeto sino el de resguardar al viajero del rocío de la noche; pero como aquella noche no había humedad, ni se divisaba vivienda alguna en la dirección que seguía el jinete, podía suponerse que éste era un viajero en toda regla que se encaminaba á algún punto distante en las praderas.

Sea como fuere, no parecía tener prisa, ni la menor inquietud acerca de la hora á que pudiera llegar á su destino. Por el contrario, iba tan absorto en sus pensamientos, que ni aun se fijaba en los objetos exteriores, ni cuidábase tampoco de dirigir su caballo.

Este último, pendientes las riendas sobre el cuello, quedaba en libertad de caminar á su antojo; mas, lejos de detenerse ó desviarse de la línea, avanzaba siempre con tanta seguridad cual si conociese el terreno.

De esta manera, sin hacer uso del látigo ni la espuela, el viajero continúa su marcha tranquilamente hasta perderse de vista, no porque se interponga ningún objeto, sino por la disminución de la luz.

Casi al mismo instante en que el viajero se aleja, un segundo jinete sale del recinto del

pueblo espoleando su caballo, y toma la misma dirección.

A juzgar por su traje, el más á propósito para resguardarse del aire fresco de la noche, este jinete podría ser también un viajero.

Cubre sus hombros un capote, lo bastante ancho para ocultar en parte las ancas del caballo.

Muy al contrario del jinete que le precede, diríase que va de prisa, pues hace uso, á la vez, del látigo y la espuela.

Parece que su intención es alcanzar á alguno, tal vez al viajero que en aquel mismo instante se perdía de vista. Así lo demuestran, al menos, sus impacientes movimientos en la silla y la fijeza con que mira al horizonte, cual si esperase ver algo en su último confin.

Prosiguiendo su carrera de este modo, desaparece á su vez en el mismo punto exactamente en que su predecesor dejó de ser visible: ya no podría distinguirles la mirada del observador situado en el fuerte ó en el pueblo.

Singular coincidencia fué que precisamente en aquel momento saliera un tercer jinete del pueblecillo de Tejas y, así como los otros, continuara avanzando en línea recta por la pradera.

También su equipo era de viaje: una especie de gabán de bayeta encarnada ocultaba casi todo su cuerpo, y en la silla veíase sujeta una carabina corta.

Como el primer viajero, no parecía tener prisa alguna, y aun iba demasiado despacio para un caminante; pero su expresión no era la de un hombre tranquilo, y por este concepto asemejábase al jinete que más de cerca le precedía.

Sin embargo, en la manera de proceder diferían mucho uno de otro, pues mientras el viajero del capote manifestaba deseos de alcanzar á alguno, el del gabán encarnado parecía no ocuparse sino en examinar el camino que dejaba á su espalda. A intervalos daba media vuelta apoyado en los estribos, para examinar el sendero recorrido, escuchando con atención como si esperase que llegara alguno en su seguimiento.

Aunque vigilando siempre, llegó á su debido tiempo al sitio donde los otros desaparecieron, sin alcanzar á nadie ni ser alcanzado tampoco. Casi á igual distancia uno de otro, ninguno de aquellos jinetes vió á los demás.

Una hora después, y á más de diez millas del Fuerte Inge, las posiciones relativas de los tres viajeros habían cambiado notablemente.

El más adelantado acababa de penetrar en una especie de calle de árboles que formaba el chaparral, cuya espesura se extendía allí á derecha é izquierda á través de la llanura, en toda la extensión que alcanzaba la vista. Aquella avenida podía compararse como un estrecho en el mar; su blanda superficie de césped contrastaba con el oscuro follaje de la espesura, pues iluminábala en parte la luz del astro de la noche; media milla más allá, la oscura línea de árboles, trazando un ángulo, parecía formar el límite.

El viajero de que hablamos pareció vacilar antes de internarse en aquella alameda natural; detúvose y exploró con la mirada el terreno, fijando particularmente su atención en un claro que veía frente á sí entre los árboles, pero sin mirar nunca atrás.

Cualquiera que fuese la causa que motivaba su examen, éste fué breve. Satisfecho el viajero, al parecer, picó espuelas é introdujose en la avenida.

El jinete del capote, que seguía el mismo camino y se hallaba solamente á media milla, le divisó en aquel momento, dejando escapar una exclamación de alegría, como si se congratulase de haber alcanzado, por fin, al hombre á quien había seguido en el espacio de diez millas.

Espoleando más enérgicamente su montura para que acelerase el paso, penetró también por la avenida; pero no tuvo tiempo sino para dirigir una sola ojeada al otro jinete, que en aquel instante desaparecía en la sombra proyectada por los árboles en el punto en que la avenida formaba un ángulo.

Sin vacilar un momento, siguió avanzando, y muy pronto desapareció por el mismo sitio que el viajero que le precedía.

Transcurrió más largo intervalo antes que el tercer jinete llegase al sendero que cruzaba el chaparral; pero en vez de introducirse en él como los otros dos, desvióse hacia el lindero de la espesura; y después de haber dejado su caballo entre los árboles, avanzó á pie hasta el claro.

Sin mirar hacia adelante, seguía observando con la mayor atención el terreno recorrido, hasta que, al llegar al ángulo de la avenida, desapareció como los otros.

Transcurrió una hora, durante la cual reinó profundo silencio, pues el rumor causado primero por los caballos y después por las pisadas de un hombre no tardó en perderse entre los rumores nocturnos del chaparral.

Pero de nuevo se interrumpió el silencio, de una manera más brusca y durante un intervalo más largo, percibiéndose un sonido muy diferente del que produjeron los caballos y el hombre al pisar el césped de la pradera.

Era el de una detonación, en la que un oído práctico habría reconocido el disparo de una carabina.

Aquel rumor inusitado hizo enmudecer á todos los habitantes de la pradera: el gato-tigre, que aullaba en la espesura; el coyote, que gritaba más lejos; y hasta el jaguar, que no teme á ningún enemigo en el bosque, revelan su temor, guardando el más profundo silencio.

Mas como no acompaña á la detonación ningún otro rumor, ni el lamento de un hombre herido, ni el grito lastimero de un animal, el gato-tigre recobra muy pronto confianza, y una vez más trata de asustar á los otros habitantes de la espesura con sus roncós aullidos.

Aves y cuadrúpedos, insectos y reptiles, fiados en la distancia, dejan oír de nuevo sus voces, y poco después producen tantos rumores.

en el chaparral, que los dos individuos que en él hablan no pueden entenderse sin alzar mucho la voz.

CAPITULO II

SÍNTOMA ALARMANTE

La campana de la Casa de la Curva acababa de resonar por segunda vez anunciando á sus moradores la hora del almuerzo, á cuya señal

era extraño que Enrique se retardara, comen-
zando á calcular dónde podría hallarse.

En los Estados del SO. de América, el almuerzo es generalmente cosa tan formal como la comida: señalase una hora fija, y á ella deben reunirse todos los individuos de la familia para tomar asiento á la mesa redonda.

Esta costumbre es, en cierto modo, hija de una necesidad impuesta por la naturaleza de algunos de los manjares del país, que apenas se pueden comer sino en el momento de sepa-



Iba tan absorto en sus pensamientos, que ni se cuidaba de dirigir su caballo

había precedido el toque de una bocina, para llamar á todos los individuos pertenecientes á la plantación, que se hallaban en los puntos más lejanos.

Los trabajadores de los campos que estaban cerca habíanse reunido en torno de la casa, formando diversos grupos, cuyos individuos, echados unos en la yerba, y sentados otros en troncos de árboles, recibían alegremente su ración ordinaria de comestibles.

La familia de Coxe, reunida ya en el comedor, iba á sentarse á la mesa, cuando se echó de ver que faltaba uno de sus individuos.

El ausente era Enrique.

Al principio no se hizo caso de esta circunstancia, pues pensábase que se presentaría muy pronto; mas como transcurrieran algunos minutos sin que llegase, el plantador observó que

rarse del fuego; de modo que la hora de tomarse el almuerzo en el comedor es la misma en que el cocinero más se afana, tostándose la piel en la cocina.

Atendida esta costumbre, no dejaba de ser extraño que Enrique Coxe no se hubiese presentado aún.

—¿Dónde estará ese muchacho?—pregunta el padre por cuarta vez, como hablando consigo mismo.

Nadie contesta á la pregunta; Luisa parece admirarse también del retraso, aunque un atento observador podría reconocer una expresión singular en su mirada.

Tal vez no fuera esto debido á la ausencia del hermano, porque la circunstancia tenía, al parecer, poca significación. Por lo demás, el padre no había notado nada, ni aun que el ex ca-

pitán parecía esforzarse para disimular una impresión desagradable bajo la capa de una fingida ingenuidad.

Desde que penetró en el comedor, Collins habíase mantenido silencioso, apartando la vista de su prima en vez de mirarla de continuo, como lo hacía siempre.

El ex capitán se había sentado en la silla con un movimiento nervioso, y una ó dos veces se sobresaltó al entrar un criado en el comedor.

Evidentemente hallábase dominado por una agitación extraordinaria.

—¡Es muy extraño que Enrique no esté aquí!—observa el plantador por décima vez.—Seguramente, no se habrá quedado en cama dormido... No, no: jamás se levanta tan tarde, y, en el caso de hallarse fuera, no se habría alejado tanto que no oyese el toque de la bocina. Debe estar en su cuarto, y así lo creo. ¡Plutón!

—¡Oh! ¡Oh! ¿Llamarme masa Coxe? Aquí estar, señor.

El cochera negro se acerca presuroso al plantador, á la vez que éste pronuncia estas palabras:

—Ve á la alcoba de Enrique,—le dice Coxe,—y si le encuentras allí, anúnciale que le esperamos hace tiempo.

—No estar en su cuarto, amo mío.

—¿Has ido á verlo ya?

—Yo no ir á su habitación misma, pero sí á la cuadra, para dar pienso al caballo de masa Enrique, y no encontrarle. ¡Oh! ¡Oh! No estar allí el viejo caballo, ni la silla, ni las bridas, ni haber estado en toda la mañana, y, por lo tanto, no hallarse aquí tampoco masa Enrique.

—¿Estás seguro?—pregunta el plantador, alarmado ya con esta noticia.

—Ciertamente, masa Coxe: no haber en la cuadra más caballos que el de masa Collins y la pinta.

—Pero no supone eso que Enrique no esté en su cuarto. Ve inmediatamente á verlo.

—¡Oh! ¡Oh! Subir al momento; pero nego estar seguro de no encontrar á masa Enrique.

—Me parece ver algo extraño en todo esto,—dice el plantador apenas sale Plutón.—¡Enrique fuera de casa y por la noche! ¿Dónde habrá ido? Yo no sé que pueda visitar á nadie á tan intempestivas horas. O ha pasado la noche fuera, ó ha salido muy temprano, á juzgar por lo que dice el negro. Supongo que estará en el fuerte con algunos jóvenes; mas espero que no en la casa de bebidas.

—¡Oh! ¡No!—exclama Collins, quien parece tan asombrado de la ausencia de Enrique como el mismo Coxe.—Seguramente, no iría allí.

El ex capitán se guarda muy bien de decir una palabra sobre las escenas que ha presenciado la noche anterior.

—Es de esperar que él no sepa nada,—reflexiona la criolla;—y, en tal caso, el secreto quedará entre mi hermano y yo: creo que podré entenderme con Enrique. Pero ¿por qué no ha vuelto aún? He permanecido sentada toda la noche esperándole; debe haber alcanzado á Armando, y confío que habrán hecho ya las

paces, aunque tal vez fuese la casa de bebidas el lugar de su reconciliación. Enrique no es muy dado á las calaveradas; pero después de la escena ocurrida y de su sincero arrepentimiento, tal vez se haya extralimitado un poco. ¿Quién podría censurarle en el caso de haberlo hecho así? Esto no le acarrearía perjuicio alguno, yendo con tan buena compañía.

No sabemos hasta dónde hubieran llegado estas reflexiones, de no ser interrumpidas por la entrada del negro Plutón, cuyo aire parecía indicar que era portador de grandes noticias.

—¿Qué hay?—exclamó Coxe, sin esperar á que el criado hablase.

—No, masa Coxe,—contestó el negro con voz que revela profunda emoción;—masa Enrique no hallarse en su cuarto; pero... pero... nego no atreverse á decir que... que su caballo *estará allí*.

—¡Cómo su caballo! Supongo que no se hallará en la alcoba...

—No, masa, ni en la cuadra tampoco, sino junto á la puerta grande.

—¡En la puerta grande! Y ¿por qué sientes decirlo?

—Porque el caballo... de masa Enrique... porque el animal...

—¡Habla claro, estúpido negro! ¿Por qué? Supongo que el caballo conserva su cabeza. ¿Le falta, por ventura, la cola?

—¡Ah! Masa Coxe, este nego temer que faltarle más de la cabeza y la cola: temer que ha perdido su jinete.

—¡Cómo! ¿Habrá sido arrojado Enrique por el caballo? Eso es una tontería, Plutón. Mi hijo es demasiado buen jinete para que le suceda tal cosa. Es imposible que el animal le haya arrojado de la silla.

—¡Oh! ¡Oh! Nego no decir que habersido arrojado de la silla: mi temer que haberle sucedido alguna cosa peor. ¡Oh amo mío! Mí no decir más: venir á la puerta y verlo por sus ojos.

Entretanto, la impresión causada, no sólo por las palabras de Plutón, sino por su aire de inquietud, habían alarmado á los oyentes; y no sólo el plantador, sino su hija y su sobrino, se levantan apresuradamente, y, precedidos del negro, dirígense á la puerta principal de la hacienda.

Allí los espera un espectáculo que debe producir en los tres la más terrible inquietud.

Un negro, trabajador de la plantación, tiene sujeto por la brida un caballo ensillado: el pelaje del animal está humedecido por el rocío de la noche, y parece haber recorrido una larga distancia. Además de esto, lanza fuertes resoplidos, y escarba el suelo con impaciencia, cual si estuviese poseído de una fuerte agitación.

En su cuello se ven manchas más oscuras que el color de su pelaje, manchas que cubren también las piernas desde la silla, y se reconoce, al examinarlas de cerca, que no son otra cosa sino sangre coagulada.

¿De dónde viene aquel caballo?

De las praderas: el negro lo encontró en la llanura, con la brida arrastrando entre las

piernas, y marchando en dirección de la hacienda.

¿A quién pertenecía el caballo?

Esto no lo pregunta nadie, porque todos los presentes saben que es de Enrique Coxe.

Tampoco se pregunta de quién es la sangre que mancha la silla del cuadrúpedo: los tres individuos más interesados no pueden pensar sino en una persona, en la que tiene para ellos el triple parentesco de hijo, hermano y primo.

Las manchas rojas en que fijan la vista son producidas por la sangre que salió de las venas de Enrique Coxe: ninguno de los presentes pueden pensar otra cosa.

debió ser muerto de un tiro ó de un hachazo cuando iba en su caballo. Las más estaban en la parte posterior, donde presentaban un aspecto como si un cuerpo las hubiera rozado: fué, sin duda, el del jinete y al caer en tierra sin vida.

Algunos, antiguos habitantes de las fronteras y prácticos en tales asuntos, hablaron con cierto aire de seguridad acerca de la hora en que debió ocurrir el hecho. Según ellos, «la sangre no era sino de diez horas», es decir, que haría este tiempo que se cometió el crimen. Era mediodía; de manera que el asesinato debió perpetrarse á las dos de la madrugada.



Con grande estupefacción, vieron allí un negro de la plantación que tenía sujeto por la brida un caballo ensillado...

CAPITULO III

VAGOS INDICIOS

El plantador Coxe, fuera de sí, figurándose ya una horrible catástrofe, tal vez con harto fundamento, salta á la sangrienta silla y galopa en dirección al fuerte, siguiéndole de cerca Collins, montado en su caballo.

La triste noticia ha cundido rápidamente: ligeros jinetes la circulan río arriba y río abajo, hasta las más lejanas plantaciones de la colonia.

Los indios están ya muy próximos, recogiendo su cosecha de pieles de cráneo: la del joven Coxe ha sido, sin duda, el primer fruto de sus sangrientas operaciones.

Entre los jinetes que se reunieron en el campo de parada del Fuerte Inge, ninguno dudaba que aquellos indios fueron los autores del crimen. La cuestión se reducía á saber cómo y cuándo le ejecutaron.

Las manchas de sangre constituían un indicio bastante significativo: el que las vertió

La tercera cuestión era tal vez la más importante. ¿En qué sitio ocurrió el hecho? ¿Dónde se encontraría el cadáver? Y, por último, ¿dónde se buscaría á los asesinos?

Tales fueron los puntos discutidos en el consejo mixto de pobladores y soldados, reunidos apresuradamente en el Fuerte Inge bajo la presidencia del comandante, á cuyo lado se hallaba el afligido padre, á quien el dolor hacía enmudecer.

La cuestión de buscar á los asesinos era de especial importancia: hay treinta y dos puntos en el compás ó brújula de las praderas, así como en aquel que guía al viajero del Océano; de suerte que toda expedición que marchase en busca de una partida de comanches tendría treinta y dos probabilidades contra una de tomar el buen camino.

Poco importaba que la residencia de aquellos estuviera en el Oeste. Esto no tenía la menor significación, y á la vez podía significar mucho en un semicírculo de algunos centenares de millas.

Por otra parte, los indios seguían el rastro

de guerra, y, tratándose de una colonia aislada como la del Leona, debía temerse que se presentaran en ella inopinadamente, lo cual era i s probable atendida la estrategia de aquellos astutos guerreros.

Marchar en su persecución al acaso sería una insigne locura, pues no se podía proceder ligeramente contra tales enemigos.

Propúsose dividir las fuerzas en varios grupos para marchar en distintas direcciones; pero casi todos desaprobaron la idea, incluso el mismo Mayor.

El número de indios podía ser de mil, y los vengadores no contaban apenas con la décima parte de hombres: había unos cincuenta dragones de la guarnición, y otros tantos paisanos montados, por lo cual era necesario que todos permaneciesen juntos, para evitar el peligro de ser acometidos parcialmente, y tal vez exterminados.

Este argumento fué concluyente: hasta el afligido padre y el primo, quien parecía también dominado por un profundo sentimiento, consintieron en atenerse á los consejos de los más prudentes, apoyados por la autoridad del mismo Mayor.

Resolvióse, pues, que los perseguidores marcharan juntos.

Pero ¿en qué dirección? Aún faltaba discutir este punto.

El reflexivo capitán de infantería llamó la atención al sugerir la idea de tomar algún informe en cuanto á la dirección que habría tomado la supuesta víctima. ¿Quién fué el último que vió á Enrique Coxe?

Comenzó por interrogar al padre y al primo.

El primero había visto á su hijo en la mesa á la hora de cenar, y supuso que después se retiró á dormir.

La contestación de Collins fué menos precisa y acaso no tan satisfactoria. Había conversado con su primo á una hora avanzada, y dió-le las buenas noches en la creencia de que se retiraba á su cuarto.

¿Por qué ocultaba Collins lo que verdaderamente había ocurrido? ¿Por qué se abstuvo de dar á conocer la escena del jardín, de la cual fué testigo?

¿Fué tal vez por miedo á la humillación que sobre él recaería al saberse la parte que tuvo en el hecho?

Fuera cual fuere la razón, ello es que ocultó la verdad, dando una respuesta de cuya buena fe dudaron la mayoría de los que la oyeron.

La evasiva habría sido más evidente si se hubiese tenido motivo para sospechar, ó si se hubiera reflexionado sobre ella.

Durante la discusión, recibieronse, de donde menos se esperaban, algunos datos que arrojaron luz sobre el asunto.

El alemán Duffer, á quien no se había llamado al consejo, llegó apresuradamente, y, abriéndose paso á través de la multitud, manifestó deseoso de comunicar algunos hechos dignos de oírse: eran precisamente los mismos que se deseaba averiguar; á saber: cuando se

había visto la última vez á Enrique Coxe, y qué dirección siguió.

La declaración de Duffer, hecha en su lenguaje semiteutónico, era importante: Armando el cazador, que habitaba en su establecimiento desde el duelo con Casio Collins, había salido aquella noche á una hora avanzada, según tenía costumbre de hacerlo últimamente.

Esta vez regresó mucho más tarde á su alojamiento, que se había cerrado aún á causa de hallarse allí cenando algunas personas de buen humor; pidió su cuenta, y con gran asombro del viejo Duffer, según confesó él mismo ingenuamente, pagó hasta el último céntimo.

—¿De dónde viene el dinero?—añadió el alemán.—Eso, Dios lo sabe. Tampoco me explico por qué marchó tan apresuradamente; pero puedo decir que se fué llevándose todo su equipo, como solía hacerlo al emprender alguna de sus cacerías de caballos.

¿Tenía esto algo que ver con la cuestión debatida por el consejo?

Mucho; pero no pareció así hasta que el testigo reveló los hechos más pertinentes; á saber: que unos veinte minutos después de haberse marchado el cazador, Enrique Coxe llamó á la puerta del establecimiento, preguntando por Armando Lancáster, y que, al saber que este último se había puesto en camino y cuál era la dirección probable que seguía, el joven se alejó apresuradamente, cual si tuviese intención de darle alcance. Esto era lo que Duffer sabía sobre el asunto, y ciertamente no se podían esperar de él más informes.

Aquella declaración, aunque no bien comprendida en algunos de sus puntos, iba á servir de guía, por el momento, á los expedicionarios, en cuanto á la dirección que debían tomar.

Si Enrique Coxe se había marchado con Armando el cazador, ó iba en su seguimiento, se le debía buscar por el camino que tomó el segundo.

Ahora bien: ¿sabía alguno dónde estaba situada la vivienda de Armando el cazador?

Ninguno podía precisarlo exactamente, aunque algunos creían se hallaría cerca de la corriente superior de las Nueces, en un sitio llamado el Alamo.

A este punto debían, pues, dirigirse las pesquisas para encontrar á Enrique ó su cadáver, y acaso también el de Armando el cazador, en cuyo caso se vengarían en los asesinos dos muertes, en vez de una.

CAPÍTULO IV

LAS HUELLAS DEL CRIMEN

No obstante ser considerable el número de los expedicionarios, mayor del que podía necesitarse para ir en busca de un hombre extraviado, avanzaron con suma precaución.

Había para ello un motivo: los indios estaban en guerra.

Delante iban varios exploradores y hombres

LA LEY DE LYNCH

prácticos en interpretar las huellas y señales que presenta el terreno.

En una extensión de cerca de diez millas por el O. del Leona, no se descubrió en la pradera rastro alguno: en la yerba, seca y dura, reconociéronse únicamente las pisadas de un caballo que debió pasar por allí á galope; pero no seguían el camino.

A diez millas de distancia del fuerte, la llanura está cruzada por un espacio de chaparral que se corre de NO. á SO.: es un verdadero

junto á una espesura, cual si esperase para anunciar algún reciente acontecimiento.

—¿Qué hay?—pregunta el Mayor, espoleando su caballo para acercarse al explorador.—¿Se ve alguna señal?

—¡Cáspita! Más de lo que podéis pensar. ¡Mirad! ¿No veis en esa tierra blanda...?

—Sí: las pisadas de un caballo.

—De dos, señor comandante,—replica el explorador con cierta deferencia.

—Es verdad: son dos.



—¿Veis eso, Mayor?—dice el explorador señalando al suelo

bosque tejano, donde crecen con abundancia los bejucos, formando una espesura impenetrable para el hombre y el caballo.

A través de ella, frente al fuerte, hay un claro por donde pasa un sendero, el más corto que conduce á la corriente superior del río de las Nueces: es una especie de avenida natural entre los árboles, que se elevan á los lados. También podía haber sido aquello algún antiguo sendero de guerra de los comanches, recorrido en otro tiempo por los que iban á merodear á Tamaulipa, Coahuila ó Nueva Leona.

Los exploradores sabían que conducía al Alamo, y, en su consecuencia, condujeron por allí la expedición.

Poco después de penetrar entre los árboles, uno de los hombres que iba delante se detuvo

—Más lejos veréis señales de cuatro, aunque son siempre de los mismos dos caballos: han seguido por este claro y vuelto después.

—Pero dime, mi buen Cook: ¿qué deduces de ello?

—No mucho,—replica Cook, que es uno de los exploradores pagados por el cantón.—No he avanzado lo bastante aún para ver más claro; pero por lo pronto puedo reconocer que aquí *se ha cometido un asesinato*.

—¿Qué prueba existe de eso? ¿Hay por aquí algún cadáver?

—Absolutamente nada que se le parezca, ni siquiera un caballo, por lo menos á la vista.

—Pues ¿qué hay, entonces?

—Sangre; un verdadero charco de ella, la suficiente para haber dejado seco á un búfalo. Venid á verla vos mismo; pero debo adverti-

ros que si deseáis que siga el rastro como debe hacerse, es preciso que los demás no adelanten, sobre todo los que tenéis más cerca.

Con esta observación, el guía parece aludir particularmente al plantador y á su sobrino, pues, en el momento de hacerla, fija en ellos una furtiva mirada.

—Es muy justo,—replica el Mayor.—Sí, Cook: se hará todo como deseáis para facilitaros el trabajo.

Y, volviéndose á los que le seguían, díceles en voz alta:

—Señores: debo rogaros que permanezcáis algunos minutos en ese mismo sitio, pues mi explorador ha de hacer algunas observaciones antes de que nadie pase.

La invitación del Mayor era más bien una orden dada cortésmente á personas que no eran subordinadas, y como tal se obedeció, permaneciendo todos en el sitio á donde habían llegado, mientras aquél avanzaba con Cook.

Á unas cincuenta varas más lejos, éste se detiene de nuevo.

—¿Veis eso, Mayor?—dice señalando al suelo.

—Debería ser ciego para no verlo: es un charco de sangre, y, como dices muy bien, hay bastante para haber dejado secas las venas de un búfalo. Si la ha vertido un hombre, seguramente no se contará ya en el mundo de los vivos.

—¡Muerto!—murmura el explorador.—Debió perecer antes que la sangre adquiriera ese color de púrpura que ahora tiene.

—¿De quién crees que sea, Cook?

—Del hombre que buscamos, del hijo del caballero plantador. Por eso no quería yo que se adelantase.

—Tanto vale que lo sepa todo de una vez, porque, si no es ahora, será más tarde.

—Es verdad, Mayor; pero mejor será que averiguemos antes cómo vino á parar aquí el joven, y de qué modo ha ocurrido la desgracia.

—¡Bah! Harto se ve la mano de los indios. Los comanches lo habrán hecho.

—Ni pensarlo,—replica el explorador con acento de seguridad.

—¡Cómo! ¿Por qué dices eso, Cook?

—Porque si los indios hubiesen estado aquí, se verían las huellas de cuarenta caballos y no de dos.

—Es mucha verdad, pues no creo que un solo comanche osara asesinar...

—No ha sido ningún comanche el que ha perpetrado el crimen, Mayor, ni tampoco indio de ningún género. Según podéis ver, aquí tenemos las huellas de dos caballos; ambos llevaban herraduras, y son los mismos que se alejaron y volvieron. Los comanches no montan caballos herrados sino cuando los roban, y de aquí deduzco que los jinetes eran blancos. En las pisadas de uno de los cuadrúpedos reconozco un musteño, aunque bastante grande: las otras me indican un caballo americano; este último iba detrás, y el otro á cierta distancia. Lo que no podría decir es si iban muy separados uno de otro; pero tal vez descubra

algún indicio más adelante, en el sitio desde donde ambos debían volver.

—Sigamos, pues,—dice el Mayor;—yo recomendaré á la gente que se espere.

Y después de hacerlo así en voz bastante alta, el Mayor se aleja del charco de sangre precedido del explorador.

Á unas cuatrocientas varas más allá, se distinguían las huellas de los caballos, aunque el Mayor no pudo reconocerlas sino allí donde el césped estaba protegido por la sombra de los árboles.

En el sitio indicado por Cook terminaba el rastro: los dos caballos, según aseguró el guía, habían vuelto desde allí, yendo el musteño delante cuando avanzaba hacia el E., y detrás al seguir la dirección contraria.

Sin embargo, antes de efectuarse el cambio, debieron detenerse algún tiempo en el sitio donde estaban, bajo las ramas de un algodonero: el césped, muy pisoteado al rededor del tronco del árbol, era prueba evidente de esto.

Cook se apea para examinarlo mejor, y observa las señales atentamente.

—Los dos han estado aquí juntos,—dice después de un momento;—pero ninguno de ellos se apeó. Sin duda, estaban en buena inteligencia, y esto es lo que me parece más inexplicable. Seguramente, riñeron después.

—Si dices verdad, Cook,—replica el Mayor,—debes ser un adivino. ¿Cómo diablos puedes conocer todo eso?

—Por las señales, Mayor, por las señales. Es muy sencillo: veo que las pisadas de los caballos se repitieron unas sobre otras unas veinte veces, y de tal modo que se reconoce que los animales estaban juntos. En cuanto al tiempo que duró la entrevista, fué el suficiente para que los jinetes fumaran un cigarro, apurándolo hasta el fin: ahí tenéis las puntas, en las cuales no hallaríais suficiente tabaco para llenar media pipa.

Al pronunciar Cook estas palabras, coge las dos puntas de cigarro y se las enseña al Mayor.

—Por este mismo razonamiento,—continúa Cook,—deduzco que los dos jinetes, fueran quienes fueren, no estaban animados de un sentimiento hostil mientras permanecieron debajo del árbol. Los hombres no fuman juntos tranquilamente cuando tienen el designio de cortarse uno á otro el cuello. La cuestión debió surgir después de tirar las puntas de los cigarros; y no hay duda de que fué aquí. Es tan seguro, Mayor, como que ahora estáis montado en vuestro caballo, que el uno despachó al otro, y, por la comisión que llevamos, deduzco cuál ha sido la víctima. El pobre caballero Coxé no verá más á su hijo vivo.

—Esto es muy misterioso,—dice el Mayor.

—¡Cáspita! ¡Sí que lo es!

—Y el cuerpo ¿dónde estará?

—Eso es lo que no me explico. Si se tratara de indios, no me extrañaría que faltase, pues se le llevarían para que les sirviera de escudo, en el caso de estar sólo herido, ó para comérselo si era cadáver; pero aquí no ha venido indio

alguno, ni un solo piel-roja. Y creedme, Mayor, uno de los dos hombres que montaba esos caballos dió cuenta del otro. Lo que no comprendo es que el cuerpo haya desaparecido, y tal vez sólo el matador sabe dónde se halla.

—¡Vamos: esto es muy extraño,—repite el Mayor;—sumamente misterioso!

—Tal vez podamos descubrir aún algo,—prosiguió Cook;—debemos seguir las huellas hasta después que se alejaron de aquí, es decir, desde que se cometió el acto. En este para-

son de un musteño; pero no podría decir que fuese el suyo, y, seguramente, no será. El joven cazador no me parece hombre para tolerar insultos de nadie; pero tampoco le creo capaz de un acto como éste.

—Opino lo mismo que tú.

—Y podéis creerlo así, Mayor. Si el joven Coxe ha sido muerto por Armando, no dudéis que habrá mediado antes un duelo en toda regla, en el cual ha sucumbido el hijo del plantador. Esto es lo que yo pienso. En cuanto á



Sólo distinguieron un caballo bastante grande, montado por un jinete sin cabeza

¿e no hallaremos ya ningún indicio, y, si os parece, volveremos atrás. ¿Queréis que se lo diga?

—¿A Coxe?

—Sí, Mayor. ¿Estáis convencido de que su hijo ha sido la víctima?

—¡Oh! ¡No! No tanto como eso. Pero reconozco que el caballo que monta ahora el plantador es uno de los dos que pisó anoche este terreno, porque he comparado las huellas. Si el joven Coxe era el jinete, temo que ya no habrá remedio para él. Parece sospechoso, sin embargo, que el otro *fuera detrás*. ¡Cook! ¿Tienes alguna sospecha de quién pudiera ser el otro jinete?

—¡Ni pizca, Mayor! Si no fuera por la declaración del *Viejo Duffer*, jamás hubiera pensado en Armando el cazador. Ciertamente que las huellas

la desaparición del cadáver, pues toda esa sangre no puede haber salido sino de un cuerpo que haya dejado de existir, no puedo conjeturar nada. Debemos seguir el rastro, y tal vez sea posible deducir la conclusión. Y ahora ¿debo decir al caballero lo que yo pienso de lo que hemos visto?

—Tal vez sea mejor no hacerlo, pues harto sospecha ya, y le será menos sensible averiguarlo poco á poco. No digas nada de lo que hemos observado. Si puedes descubrir las huellas de los dos caballos después que dejaron el sitio donde está la sangre, ya me arreglaré yo para que la gente no advierta nada de lo que hemos visto.

—Muy bien, Mayor,—contesta Cook.—Creo que daré con el rastro. Concededme sólo diez minutos y venid cuando yo os haga una seña.

Así diciendo, el explorador vuelve hacia el charco de sangre, y después de observar durante unos momentos se dirige por un claro hacia el chaparral.

Al cabo de algún tiempo, un agudo silbido anuncia que está ya bastante lejos y que sigue una dirección del todo opuesta á la del lugar en que se consumó el sangriento drama.

Al oír la señal, el jefe de la expedición, que había vuelto á reunirse con su gente, da orden de avanzar, mientras que él mismo, seguido de Coxe y los principales oficiales, se pone á la cabeza, sin decir una palabra de los singulares detalles que le ha dado á conocer la maravillosa sagacidad del explorador.

CAPITULO V

APARICIÓN

Antes que se unieran los expedicionarios al explorador, ocurrió un incidente que hubo de interrumpir un poco la monotonía de la marcha. En vez de seguir en línea recta por la avenida, el Mayor se dirigió diagonalmente hacia el chaparral, á fin de evitar una nueva aflicción al desconsolado padre, quien, de otro modo, hubiera podido ver la sangre de su hijo, ó más bien de la persona que se suponía fuera Enrique. El charco quedó oculto; y como se ignoraba su existencia, los expedicionarios pasaron del sitio sin ver nada.

La senda por donde avanzaban era tan angosta, que apenas podían marchar por ella dos caballos de frente; pero ensanchábase en algunos sitios para estrecharse de nuevo, prolongándose por el chaparral.

Al penetrar en una cañada, vióse saltar de entre la espesura un animal magnífico, de manchada piel, esbeltas formas y larga cola: era ese verdadero tipo de agilidad, que rara vez se encuentra ya en aquellas apartadas soledades, y que conocemos con el nombre de jaguar.

La indicada circunstancia bastaba para excitar á los tiradores á probar su destreza; y, á pesar de la gravedad de la misión de los expedicionarios, dos de ellos dispararon sus carabinas contra el animal fugitivo.

Eran Casio Collins y un joven plantador que cabalgaba á su lado.

El jaguar rodó por tierra sin vida: una bala le había atravesado la espina dorsal longitudinalmente.

¿Quién de los dos tiradores había herido á la fiera? Collins reclamaba para sí los honores, y también el joven plantador creía merecerlos.

Ambos dispararon simultáneamente y solo uno tocó al jaguar.

—Os demostraré que he sido yo,—dice el ex capitán con acento de seguridad, apeándose junto á la fiera y desenvainando su cuchillo. —Ya veis, señores, que la bala está dentro del cuerpo del animal. Si es mía, hallaréis en ella mis iniciales C. C. con una media luna, pues

acostumbro á fundir yo mismo mis balas; de modo que siempre puedo probar cuándo he matado una pieza.

El aire triunfante con que enseña la bala de plomo después de extraerla del cuerpo del jaguar indica que dice la verdad. Algunos de los más curiosos se acercan para examinar el proyectil, y, reconocida la marca del ex capitán, dase por terminada la cuestión, declarándole victorioso.

Poco después, los expedicionarios alcanzan al explorador que los esperaba para conducirlos por un nuevo rastro.

Ya no era el de dos caballos herrados; en el césped no se veían sino las huellas de uno, y á veces tan poco marcadas, que eran imperceptibles para todos menos para el explorador.

El rastro los conduce á través de la espesura, de una cañada en otra, y después de una marcha tortuosa llegan á un claro que hay más hacia el O.

Aunque Cook no es el más práctico en su oficio, avanza por el rastro mientras la gente le puede seguir, pues ya ha reconocido la clase de animal á que pertenecen las huellas observadas. Sabe que es un musteño, el mismo que ha estado debajo del algodónero mientras su jinete fumaba un cigarro, el mismo cuyo casco se imprimió profundamente en un terreno empapado en sangre humana.

Mientras estaba solo, Cook siguió también en un corto trecho las huellas del caballo americano, bastándole para reconocer que le conducirían de nuevo á la pradera que acababan de cruzar, y después, probablemente, á las factorías del Leona.

Dejó de seguir esta pista para observar la del musteño, pues era, á su parecer, la que mejor podría darle la explicación del sangriento drama, conduciéndole quizás hasta la misma guarida del asesino.

Si antes ocurrieron dudas al seguir las huellas de dos caballos, sobrepuestas á veces, no confunden ahora menos las de uno solo.

No se prolongaban en línea recta, como suele observarse de ordinario en las del cuadrúpedo que hace una jornada, sino que indicaban á veces rodeos, describiendo curvas cortas, cual si el musteño fuera en libertad ó se hubiese dormido su jinete en la silla.

¿Podían ser estas señales las huellas de un caballo montado por un asesino, que huye del lugar del crimen con el espíritu agitado por los remordimientos de su conciencia?

Cook no lo cree, aunque no sabe qué pensar. Tiene más dudas que nunca; y así se lo confiesa al Mayor, cuando éste le interroga acerca del rastro.

Un espectáculo que muy pronto después se ofrece á sus ojos, y ven simultáneamente todos los individuos de la partida, lejos de aclarar el misterio, dificulta su explicación.

Más aún: lo que hasta entonces había sido un problema de dudosa resolución, inspira de pronto verdadero espanto, tal como el que se podría experimentar al ver una cosa sobrenatural.

Y ninguno podía decir que no había razón para ello.

Cuando se ve un hombre bien montado, firme en la silla, con los pies en los estribos, erguido el cuerpo, y, en fin, tal como debe estar un buen jinete; y cuando, al examinarle más de cerca, se reconoce que le falta algo, y que este algo es la cabeza, nada de extraño tiene que el espectáculo espante al que observa, estremeciéndose hasta la última fibra del corazón.

Y un espectáculo semejante fué el que se ofreció á la vista de todos haciéndoles detenerse simultáneamente, tan de improviso como si acabara de abrirse un abismo á sus pies.

El jinete sin cabeza, fantasma ó ser verdadero, iba á penetrar en la avenida á cuya entrada acababan de llegar los exploradores: si hubiese continuado su marcha, no podía menos de tropezar con ellos, suponiendo que tuviesen valor para esperarle. Pero el extraordinario jinete se detuvo en el mismo instante que ellos, cual si recelase también alguna cosa.

Hubo un intervalo de silencio por ambas partes, durante el cual se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

Entonces fué cuando examinaron más detenidamente la extraña aparición, los que tuvieron valor para ello, pues la mayoría estaban tan estremecidos de terror, que ni siquiera podían pensar.

Los pocos que osaron contemplar de frente el misterio, quedaron chasqueados en su investigación, porque les impidió ver bien el resplandor del sol poniente. Sólo distinguieron un caballo bastante grande, aunque de agradables formas, montado por un jinete. La figura de este último no se podía determinar tan bien, porque llevaba las piernas protegidas por unos zaragüelles, mientras que cubría los hombros un ancho capote.

¿Qué significaba aquella figura que carecía de la parte más esencial para su existencia? ¿Un hombre sin cabeza, con el cuerpo erguido en la silla y en graciosa actitud, con sus brillantes espuelas en las botas, cogidas las riendas con una mano, y apoyada la otra sobre el muslo!

Las dimensiones del jinete y su caballo favorecían la idea de que se trataba de algo sobrenatural, pues parecían dobles de las ordinarias, casi gigantescas, aunque esto podía deberse á una ilusión óptica, por la refracción de los rayos del sol que atravesaban horizontalmente la trémula atmósfera de la reseca llanura.

No hubo tiempo para filosofar, ni fué posible tampoco seguir examinando la extraordinaria aparición, en la que todos procuraban fijar la vista, con una mano puesta sobre los ojos, para preservarlos de la deslumbradora luz de los rayos del sol.

No se pudo distinguir nada de los colores, ni el equipo del hombre; ni el pelaje de su caballo: sólo fué dado reconocer confusamente el perfil bajo el dorado fondo del cielo; y aun

esto con todos los cambios de actitud que imaginarse pudieran.

Quedaba, pues, sin explicación el extraordinario fenómeno que ofrecía aquel *jinete sin cabeza*.

¿Era un fantasma? Seguramente no podía tratarse de un ser humano.

—¡Es el viejo Nick á caballo!—exclama un antiguo cazador de las fronteras, hombre de esos que jamás conocieron el miedo, y que no temblarían ante el mismo Satanás.—¡Por el Eterno, que es el mismo diablo!

Algunos prorrumpen en una carcajada al oír aquella cínica chanzoneta; pero otros, de menos valor, se estremecen; y el acceso de hilaridad debe también producir efecto en el jinete sin cabeza, pues su caballo da media vuelta, y, lanzando un relincho que parece agitar la atmósfera é infunde pavor á varios de los observadores, emprende un rápido galope.

Al principio diríase que se dirige en línea recta hacia el sol, y continúa algún tiempo su carrera, hasta que sólo por el movimiento podría diferenciarse de una de esas manchas que tanto dan que pensar á los astrónomos.

Un momento después desaparece por completo, cual si hubiera penetrado en el mismo brillante disco del astro rey.

CAPITULO VI

MÁS JINETES

La partida de exploradores al mando del Mayor no era la única que había salido del Fuerte Inge aquella mañana, ni tampoco la que más madrugó.

Mucho más temprano, antes de rayar el día, hubiérase podido ver un grupo de cuatro jinetes que, alejándose del recinto del pueblo, dirigían sus caballos hacia el río de las Nueces.

Estos hombres no iban, seguramente, á buscar el cuerpo del hijo del plantador, pues en aquella hora no sospechaba nadie que el joven hubiese muerto, ni aun que estuviera ausente. Todavía no se había presentado el caballo sin jinete para anunciar la triste noticia, y los moradores de la colonia dormían sin saber que se hubiera vertido la sangre de un inocente.

Uno de los jinetes se distingue de los demás por su corpulencia; monta el mejor caballo, y, su traje es más rico. Las armas y arreos parecen también superiores, y, en una palabra, reconocese, por todo su aspecto, que es el jefe de los otros.

Es hombre de unos treinta á cuarenta años, más cerca de éstos que de aquéllos; pero la redondez de sus mejillas, adornadas de una patilla corta, le hacen parecer más joven.

Si no fuese por su mirada fría, sus facciones algo toscas y la cínica expresión de su rostro, el hombre de que hablamos hubiera podido pasar por buena figura.

Su boca, de perfecto contorno, con dos filas de blancos dientes, no atenuaba la impresión desagradable que producía su aspecto, ni aun cuando se deslizase en sus labios una sonrisa,

porque ésta era sardónica, tal como debió ser la de Satanás cuando, después de la tentación, volvió la cabeza para mirar desdeñosamente á la madre del género humano. El individuo nos es ya conocido.

Por sus hechos y carácter designábanle con el poco envidiable sobrenombre de *el Coyote*.

¿Cómo es que cruzaba la pradera á tan temprana hora, sereno, al parecer, y con el carácter de jefe de cuadrilla, cuando en la misma mañana, sólo algunas horas antes, estaba ebrio en su jacalé, hasta el punto de no reconocer á la persona que había ido á visitarle?

Este cambio de situación, aunque repentino y en cierto modo extraño, no es tan difícil de explicar. Se comprenderá perfectamente tan pronto como sepamos lo ocurrido desde que le dejó Collins, hasta el momento en que le vemos con sus tres compatriotas.

Al salir de la choza, el ex capitán dejó la puerta tal como la había encontrado, abierta de par en par; y así estuvo hasta la mañana, pues *el Coyote* continuó durmiendo.

Al rayar el día, despertóle el aire fresco de la mañana, que le sirvió también para despejarle un poco; y, levantándose entonces de su mísero lecho, comenzó á dar traspiés, lanzando imprecaciones contra el frío, y también contra la puerta que le dejaba el paso libre.

Podía presumirse que iba á cerrarla al punto; mas no lo hizo así, pues era la única abertura por donde penetraba la luz en el interior del jacalé, y necesitaba ver claro para realizar el designio que le movía á levantarse.

La débil claridad del crepúsculo que se introducía por la puerta no era suficiente apenas para su propósito; y sólo después de pasar un buen rato tambaleándose de un lado á otro, profiriendo siempre blasfemias, consiguió hallar lo que buscaba: era una calabaza bastante grande, con una correa en su centro, que hacía las veces de vasija para llevar agua, y más á menudo el aguardiente del país conocido con el nombre de *mezcal*.

El olor que exhalaba por su boca sin tapón era suficiente para indicar que su último contenido fué la bebida alcohólica, pues en aquel momento estaba vacía, lo cual hizo lanzar al dueño del jacalé una nueva imprecación.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó con acento de cólera, agitando la calabaza para asegurarse de que estaba vacía.—¡Ni una gota, ni siquiera lo suficiente para humedecer los labios! Y á fe que tengo la lengua pegada al paladar, y me parece que arde un brasero en mi garganta. ¡Cáspita! No puedo resistir más. ¿Qué hacer? ¡Ah! Hé ahí la luz del día, y debo marchar al pueblecillo. Es muy posible que el señor Duffer tenga ya su trampa abierta y pueda yo coger los pájaros tempraneros. En este caso, ya verá que *el Coyote* es un parroquiano de los buenos. ¡Ja, ja, ja!

Y, colgándose la calabaza al cuello, por la correa, embozóse en la manta, y emprendió la marcha en dirección al pueblo.

La hospedería del alemán se hallaba solamente á unas cien varas de la choza, en la

misma orilla del río, y llegábase á ella por un sendero que *el Coyote* hubiera podido recorrer á ojos cerrados. Veinte minutos después llegaba al establecimiento del alemán.

Duffer estaba ya detrás de su mostrador sirviendo á varios parroquianos madrugadores, á unos soldados que habían salido temprano del cuartel para *echar el aguardiente*.

—¡Hola, Sr. Díaz!—exclama el dueño, saludando al recién venido.—¡Vos por aquí tan temprano! Ya sé lo que deseáis. Venís á buscar ese espíritu mejicano que llaman *aguar...*

—¡Aguardiente! Lo habéis acertado: eso es lo que necesito.

—Un duro: ya sabéis que vale un duro.

—¡Cáspita! Hartas veces lo he pagado para no saberlo. Ahí tenéis la moneda y la vasija: llenadla y daos prisa.

—¡Ah! ¿Vais de prisa? No os haré esperar. Supongo que iréis á emprender alguna cacería de caballos, y, si es así, temo deciros que el cazador os ha ganado la mano, pues marchó anoche mismo, bastante tarde, demasiado para emprender un viaje. Sin embargo, nada tiene de particular, porque ese cazador de caballos es muy excéntrico, y nadie conoce sus costumbres. De todas maneras, nada puedo decir contra él, porque ha sido muy buen parroquiano. Pagó su cuenta como un rey, y aún le quedaba mucho dinero. ¡Pardiez! Tenía los bolsillos atestados de duros.

Al oír que el cazador había ido á cazar caballos á las praderas, el *Coyote* no pudo disimular el interés que despertaba en él la noticia.

Manifestólo al principio por un ligero movimiento de sorpresa, y después por una marcada impaciencia.

Era evidente que no le convenía darlo á conocer, pues, en vez de hacer pregunta alguna al dueño, sobre el particular, contestóle con tono de indiferencia:

—Eso me importa poco á mí: no faltan en las llanuras musteños bastantes para ocupar á todos los cazadores de Tejas. ¡Vaya! Daos prisa, y venga el aguardiente.

Algo mohino al oír esta contestación, que le hacía perder la oportunidad de charlar un poco, el alemán llenó presuroso la calabaza, y, sin hablar una palabra más, entregósele al *Coyote*, tomó el duro, echólo en el cajón, y fué á servir á sus parroquianos militares, algo más atentos porque *bebían al fiado*.

A pesar de la prisa que, al parecer, tenía el cazador, salió del establecimiento lentamente, olvidándose de tapar su calabaza y sin pensar ya en el aguardiente.

Su expresión no era ya la de un hombre que desea beber: preocupábale, sin duda, alguna cosa más seria que le hacía olvidar su vicio.

Fuera lo que fuese, el caso es que no marchó directamente al jacalé: antes de ello visitó tres viviendas semejantes á la suya, situadas todas en los arrabales del pueblecillo y habitadas por hombres como él. Hecho esto, volvió á su choza.

Al acercarse á la puerta, observó por primera vez las huellas de un caballo herrado, reconociendo que el cuadrúpedo estuvo atado al árbol que se elevaba junto al jacalé.

—¡Cáspita!—exclama Díaz al ver esta señal.—El capitán americano ha venido esta noche pasada. ¡Pardiez! Me parece recordar algo ó tal vez lo soñé. Vamos: habrá sabido la marcha del cazador, y acaso vuelva cuando crea que me hallo en estado de recibirle. ¡Ja, ja! Ahora no importa: ya está la cosa entendida,

Fuera lo que fuese, los tres cofrades parecen estar al corriente de ella, ó, por lo menos, están sabedores que se trata de hacer algo en el Álamo.

Cuando han recorrido cierta distancia por la llanura, y al ver que Díaz sigue una línea diagonal, uno de sus compañeros le advierte que no va por el buen camino.

—Conozco muy bien el Álamo,—dice,—pues he cazado allí caballos muchas veces. Debemos inclinarnos al SO., ganando un claro del



Estaba tendido boca arriba, sufriendo los ardientes rayos del sol...

y no necesitaré sus instrucciones hasta que haya ganado los mil pesos. ¡Vaya una fortuna! Cuando reciba la cantidad, volveré á Río Grande, y entonces veremos qué se puede hacer con Isidora.

Terminado su soliloquio, Díaz no permanece en su vivienda sino el tiempo preciso para comer un pedazo de tasajo, rociándolo con un trago de aguardiente. Luego ensilla su caballo, se calza las pesadas espuelas, sujeta la carabina en la silla, colocando también las pistolas en sus bolsas, se cuelga el machete del cinto, y, montando á caballo, aléjase rápidamente.

El corto intervalo transcurrido antes de aparecer Díaz en la llanura ha sido necesario para que se reúna con los tres jinetes que le acompañan, y á los cuales ha ido á buscar á fin de que le sirvan de auxiliares en la secreta expedición que proyecta.

chaparral que se ve desde aquí. Ese es el camino más corto.

—¿De veras?—contesta con acento desdeñoso el *Coyote*.—Olvidáis, sin duda, cuál es nuestra comisión y que montamos caballos herrados. Los indios no salen del Fuerte Inge y van directamente al Álamo para... no importa para qué: supongo que me entendéis.

—¡Oh! Es verdad,—contesta el aludido.—Dispensadme, D. Miguel. ¡Pardiez! No había pensado en ello.

Sin más protestas, los tres auxiliares del *Coyote* le siguen silenciosamente, sin pronunciar apenas otra palabra hasta llegar al chaparral, á un punto que se halla á varias millas más allá del claro de que se ha hecho mención.

Una vez en aquel paraje, los cuatro hombres desmontan, y, después de atar sus caballos á los árboles, comienzan una operación que únicamente puede compararse con la que practica

el actor en su habitación del teatro antes de salir á desempeñar su papel en un drama.

CAPITULO VII

SITUACIÓN APURADA

El que ha viajado á través de las llanuras del S. de Tejas no puede menos de haber fijado su atención en un espectáculo muy frecuente allí, cual es el de una bandada de negros buitres cerniéndose en el espacio.

Ciento ó más de estas aves, que en rauda vuelo trazan inmensos círculos ó grandes espirales, bajando algunas veces hasta tocar el suelo, y elevándose otras á gran altura sobre el chaparral, ofrecen á la vista un conjunto de no escaso interés y verdaderamente característico del clima tropical.

El viajero que ve esto por primera vez, tendrá, seguramente, su caballo para observar con curiosidad, y aun aquel que esté acostumbrado á contemplar las evoluciones de los buitres *no dejará de dirigirles una mirada.*

El hecho de reunirse estas aves en un punto dado es indicio de que debajo de ellas hay algún cadáver, bien humano ó de animal, ó cuando menos algún moribundo.

En la mañana que siguió á la oscura noche en que los tres solitarios jinetes cruzaron la llanura, hubiérase podido presenciar á cierta distancia del chaparral donde habían penetrado aquéllos, una escena muy semejante á la que acabamos de indicar. Una bandada de negros buitres se cernía sobre las copas de los árboles, cerca del sitio donde la alameda formaba un ángulo.

Al rayar el día, no se hallaba por allí ninguna de estas aves; pero en menos de una hora después acudieron centenares de ellas, que con sus negras alas oscurecían la verde alfombra del chaparral.

Si un viajero de Tejas, llegando en aquel instante, hubiese observado aquella reunión de mal agüero, habría deducido al punto que no estaba lejos la muerte.

Y, avanzando un poco, hubiera visto confirmadas sus sospechas por un charco de sangre, cerca del cual se reconocían las señales de pisadas de caballos.

No era precisamente aquí donde los buitres practicaban sus aéreas evoluciones: veíaseles agitarse un poco más allá, entre los árboles; aquél era, sin duda, el paraje donde estaba el objeto que los atraía.

A semejante hora no pasaba por allí ningún viajero, ni de Tejas ni forastero; que pudiera reconocer si era fundada la conjetura; pero nosotros podemos decir que el hecho era cierto.

En un punto que distaba sólo un cuarto de milla del charco de sangre, yacía en tierra el objeto que llamaba la atención de los buitres.

No era ave ni cuadrúpedo, sino un ser humano: un hombre.

Y este hombre era joven, de nobles faccio-

nes y agraciadas formas, á juzgar por lo que dejaba descubierto el capote que le cubría.

¿Estaba muerto?

A primera vista, cualquiera lo hubiera pensado así; y creíanlo también, sin duda, las negras aves, á juzgar por su actitud y aspecto.

Estaba tendido boca arriba, sufriendo los ardientes rayos del sol; sus miembros no tenían tampoco una posición natural, sino que se hallaban extendidos sobre la pedregosa superficie, como si aquel hombre no tuviera ya la facultad de moverlos. Cerca de él elevábase un árbol colosal, pero la sombra de su ramaje no le alcanzaba; y los rayos del sol, penetrando ya en el chaparral, reflejábanse en su pálido semblante, que parecía más pálido aún bajo el blanco sombrero de Panamá que en parte le sombreaba.

Sin embargo, las facciones no ofrecían el sello de la muerte: hubiérase dicho más bien que el hombre dormía; los ojos no estaban cerrados del todo, y á través de las pestañas distinguíanse las pupilas.

Sea como fuere, los negros buitres, juzgando sólo por las apariencias, creían que aquello era un cadáver, pero se engañaban.

Bien porque el sol comenzaba á calentar demasiado, ó porque el cuerpo había reposado lo suficiente, los ojos del hombre se abrieron del todo, y estremeciéndose su cuerpo.

Luego se incorporó un poco y dirigió á su alrededor una mirada de asombro.

Los buitres remontaron su vuelo á mayor altura.

—¿Estoy vivo ó muerto?—murmura el joven. —¿Sueño por ventura? ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

Y como la luz del sol le ciega la vista y no puede distinguir nada, se pone la mano sobre los ojos, y murmura:

—¡Árboles por todas partes! ¡Piedras debajo! Harto me lo dicen mis huesos doloridos. ¡Un chaparral! ¿Cómo he venido aquí? ¡Ah! Ya me acuerdo,—continúa después de un instante de reflexión;—mi cabeza dió contra un árbol y fui arrojado de la silla. La pierna izquierda me duele mucho. ¡Ah! También chocó contra el tronco. ¡Lléveme el diablo si no creo que está rota!

Al decir esto, el joven hace un esfuerzo para levantarse; pero no lo consigue, porque no puede hacer uso de su pierna, que está sumamente hinchada cerca de la rótula, acaso por efecto de una dislocación.

—Pero ¿dónde está el caballo? Sin duda, ha vuelto á las cuadras de la Casa de la Curva: esto importa poco, porque no podría montarle aunque le tuviese al lado. ¿Y el otro?—añade después de una pausa.—¡Cielo santo! ¿Qué espectáculo! Nada de extraño tiene que el mío se espantara. ¿Qué debo hacer? Tengo la pierna rota, y no puedo moverme de este sitio sin que alguien me ayude; pero hay diez probabilidades contra una, si no ciento, ó mil de que nadie vendrá por aquí, al menos antes de que yo haya servido de pasto á estas repugnantes aves. ¡Uf! ¡Esos hediondos seres abren ya sus

picos creyendo que soy presa segura! ¿Cuánto tiempo he permanecido aquí? El sol no está muy alto, y era al rayar el día cuando monté. Supongo que he estado sin sentido una hora, poco más ó menos. A fe mía que me hallo en un grave apuro. Probablemente tengo la pierna rota, sin esperanza de que nadie me haga la primera cura. Estoy sobre un lecho pedregoso, en el corazón de un chaparral de Tejas; el bosque me rodea quizás en el espacio de varias millas, y no tengo probabilidades de escapar, ni de que nadie venga en mi auxilio. Los lobos me amenazan en la tierra, y los buitres en el aire. ¡Gran Dios! ¿Por qué monté sin asegurar bien las riendas? Tal vez haya hecho mi última excursión á caballo.

Una expresión de tristeza parece nublar la faz del joven, expresión que revela profunda angustia cuanto más reflexiona sobre los peligros que le rodean.

De nuevo trata de levantarse; pero el movimiento sirve únicamente para darle á conocer que sólo tiene una pierna útil; y, no siéndole posible sostenerse en ella, vuelve á echarse.

Pasan dos horas más sin que cambie la situación, y durante este tiempo grita varias veces; pero, al fin, se calla, persuadido de que nadie oirá su llamamiento.

El esfuerzo que acaba de hacer enardece la sed que ya experimentaba por efecto de su estado. Y esta necesidad llega á tal punto, que olvida todo lo demás, pareciéndole ya poca cosa sus heridas.

—Moriré si permanezco aquí,—murmura el paciente;—debo hacer un esfuerzo para llegar al agua. Si no me engaño, hay una corriente en algún punto de este chaparral, y no muy lejos de aquí. Es preciso buscarle, aunque sea arrastrándome con manos y rodillas. ¡Ay! ¡Rodillas! Sólo tengo una para apoyarme, pero probaré. Cuanto más tiempo permanezca aquí, será peor. El sol calienta cada vez más, y ya me abrasa la cabeza. Podría perder el conocimiento, y entonces... los lobos y los buitres...

Esta horrible idea le hace enmudecer, y estremécese todo su cuerpo.

Después de una pausa continúa:

—Si al menos conociese el camino recto... Me acuerdo muy bien que la corriente se dirige hacia la pradera gredosa: debe estar hacia el SE. Trataré de avanzar en esta dirección. Por fortuna, el sol me servirá de guía, y si logro encontrar agua, todo irá bien aún. ¡Dios me conceda fuerzas para llegar!

Con esta súplica en los labios, el joven comienza á moverse á través de la espesura, deslizándose sobre el pedregoso terreno y arrastrando la pierna herida, semejante á un enorme saurio cuyas vértebras hubiese desunido un golpe.

Doloroso por demás era el esfuerzo, pero mayor aún el temor que le inducía á intentarlo.

No se le ocultaba que sería víctima de la sed si no conseguía encontrar agua; casi estaba seguro de ello, y estimulado por esta idea siguió avanzando.

A intervalos, le era preciso detenerse para cobrar nuevas fuerzas, ¡ues un hombre no puede caminar largo tiempo apoyándose en sus manos y rodillas sin fatigarse mucho, sobre todo cuando uno de los miembros se ha mutilado y no puede facilitar el movimiento.

Avanzaba lenta y penosamente, y lo que más le desanimaba era el pensar que tal vez no seguía el buen camino. Sólo el temor á la muerte le daba aliento.

Había recorrido ya cerca de un cuarto de milla desde el punto de partida, cuando le ocurrió adoptar un nuevo medio de locomoción, que, cuando menos, no sería tan monótono para la marcha.

—Tal vez podría adelantar algo más,—dijo,—si me fuera dado proporcionarme una muleta. ¡Ah! Aún conservo mi cuchillo, lo cual no es poca fortuna, y ahí veo una rama del tamaño conveniente. Esto me bastará.

Y, sacando su cuchillo de ancha hoja, corta la rama, cuya extremidad forma una especie de horquilla; levántase, apoya el sobaco en la improvisada muleta, y continúa su exploración.

Sabía que lo mejor era seguir una dirección dada; y como había elegido el SE., avanzó en este sentido, procurando no desviarse.

Sin embargo, no era esto tan fácil: el sol era su única brújula, pero éste había llegado ya al meridiano; y en aquella estación, en la latitud del S. de Tejas, el sol de mediodía está casi en el cenit. Además de esto, debía vencer los obstáculos que le ofrecía la espesura del chaparral, y érale preciso hacer continuos rodeos para buscar los claros. Servíale entonces de guía la pendiente del terreno, pues no ignoraba que hacia abajo era más probable encontrar el agua.

Después de recorrer cosa de una milla, no continuamente, sino deteniéndose á intervalos para descansar, llegó, al fin, á ver un rastro de los animales salvajes que frecuentaban el bosque. Era muy ligero; pero prolongábase en línea recta, lo cual probaba que conducía á algún punto de cierta importancia, probablemente á un arroyo, pantano ó manantial.

Cualquiera de estas cosas satisfaría su deseo; y sin mirar más al sol ni á la pendiente del terreno avanzó por el rastro apoyado en su tosca muleta. Cuando se cansaba de caminar así, apoyábase de nuevo en sus manos y una rodilla, arrastrándose como antes.

Pronto se desvanecieron sus ilusiones al descubrir que el rastro terminaba en un cañaveral rodeado de bosque, ó, más bien, que procedía de aquel sitio en vez de dirigirse á él: había seguido la dirección contraria.

Por desagradable que fuese la alternativa, no había más remedio que retroceder: permanecer allí era morir desesperadamente.

El joven retrocedió, pues, dirigiéndose al punto de partida.

Sólo el tormento que le producía la sed podía comunicarle la fuerza necesaria para caminar; cada vez era más insoportable aquélla.

Los árboles á través de los cuales avanza-

ba eran en su mayor parte acacias mezcladas con cactus salvajes, que apenas impedían el paso á los rayos del sol, cada vez más abrasadores.

La transpiración que producía el calor en el joven aumentaba el martirio causado por la sed.

Había allí algunas plantas jugosas, que el joven conocía ya; pero las unas por lo dulces, y las otras por lo amargas, no le hubieran servido para aplacar su sed.

Para mayor angustia, sintió en la pierna herida agudos dolores: habíase hinchado de una manera espantosa, y cada paso que daba era un nuevo martirio. Aun siguiendo la buena dirección, podría suceder muy bien que no llegase á la corriente, y si no lo conseguía no le quedaba más remedio que sucumbir.

La muerte, sin embargo, no sería inmediata: aunque sufría agudos dolores en la cabeza, ni el golpe recibido, ni la pierna herida serían fatales por lo pronto. Debía temer una muerte más terrible: la que produce el tormento de la sed, la más angustiosa de las agonías.

Esta reflexión estimuló sus esfuerzos; y, á pesar de lo que padecía, avanzó lentamente.

Las negras aves que sobre él se agitaban parecían seguir sus pasos en la penosa marcha: su número era cada vez mayor, pues habían llegado otras, ávidas de alguna presa; y, aunque reconocían que ésta andaba y no había muerto aún, decíales su instinto, ó acaso su experiencia, si así podemos expresarnos, que no tardaría en sucumbir.

Sus sombras cruzaban á cada instante el sendero por donde avanzaba el joven, como para recordar á éste el fin que le esperaba. Y no se oía rumor alguno, porque los buitres vuelan silenciosamente, aunque los excite la perspectiva de un festín. Los rayos abrasadores del sol hacían enmudecer á los grillos y á los sapos arborícolas: hasta la rana cornuda ocultaba bajo las piedras su cuerpo tuberculoso, permaneciendo completamente inmóvil.

El único rumor que interrumpía el silencio del solitario chaparral era el causado por las quejas del paciente y el roce de su cuerpo contra las plantas espinosas, ó bien los gritos que de vez en cuando profería, con la esperanza de ser oído.

La sangre comenzaba á mezclarse ya con el sudor de su rostro, porque los pinchos de los cactus y de otras plantas desgarraban su piel: en el rostro, las manos y las piernas no quedaba apenas el espacio de una pulgada que no estuviera lacerado.

Ya estaba á punto de darse por vencido; y, en efecto, se rindió, porque, después de gritar varias veces, dejó caer en tierra, sin pensar ya en seguir adelante.

La nueva posición que tomó fué, sin duda, la causa de su salvación, pues como tenía el oído junto á la superficie del suelo, percibió un sonido; y, aunque tan leve que no se hubiera podido reconocer de otro modo, fué suficiente para que el joven se reanimara: lo que acababa de oír era el murmullo de un arroyo.

Volviendo á ponerse en pie, lanzó una exclamación de alegría, y siguió adelantando hacia el punto de donde procedía el sonido.

Puso en juego su improvisada muleta con mayor energía que nunca, y hasta parecióle que podía sostenerse con la pierna inutilizada: la fuerza y el amor á la vida luchaban contra el temor á la muerte.

Este último quedó vencido: diez minutos después, el joven estaba echado á orillas de un cristalino arroyuelo, extrañando que la falta de agua le hubiera ocasionado tan indescriptible agonía.

CAPITULO VIII

VISION TERRIBLE

¡Volvamos de nuevo á la cabaña del cazador de caballos! Su servidor Felim está sentado en un banquillo, en el centro de la habitación, y el perro tendido en el pavimento cubierto de pieles, con el hocico medio oculto entre la ceniza.

Inquieto por la tardanza de su amo, aquél ha intentado, sin conseguirlo, ahogar su zozobra en el líquido contenido en la damajuana, de la que ya hemos hablado en otro lugar.

—¡Vamos, Tara!—dice de pronto, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.—Sentémonos allá fuera, donde podamos examinar la llanura, pues si el amo ha de volver, ya debe estar á la vista. ¡Vaya, viejo perro! Al amo le agradará que nos inquietemos por él.

Tomando el sendero que se prolonga á través del bosque, Felim, seguido del sabueso, sube á una eminencia y mira á su alrededor.

Fijas sus miradas en la dirección en que esperaba ver llegar á su amo, permaneció silencioso algún tiempo, y su atenta vigilancia fué recompensada, pues no tardó mucho en ver á un jinete salir de entre los árboles y dirigirse hacia el Alamo.

Aún se hallaba á más de una milla; pero, á pesar de la distancia, el fiel servidor reconoció á su amo. El sarapé rayado de brillantes colores, que Armando solía llevar cuando viajaba, no podía confundirse con otro, y en aquel instante parecía más vistoso que de costumbre bajo los rayos del sol; sus listas rojas, blancas y azules, contrastaban con los sombríos tintes de la estéril llanura.

Felim extrañaba solamente que su amo lo llevara sobre los hombros en una tarde tan calurosa como aquella, y no doblado y recogido en la silla.

—¿No es verdad, Tara, que ha tenido un capricho muy original?—decía.—Hace suficiente calor para asar un pollo sobre esas piedras; pero el amo no parece creerlo así. Supongo que no habrá cogido un resfriado en esa maldita taberna del viejo Duffer. Allí no puede vivir ni un cerdo: nuestra mezquina vivienda es un palacio en su comparación.

Felim guarda silencio un rato, mientras observa los movimientos del jinete que se apro-

xíma, y que se halla entonces como á media milla de distancia.

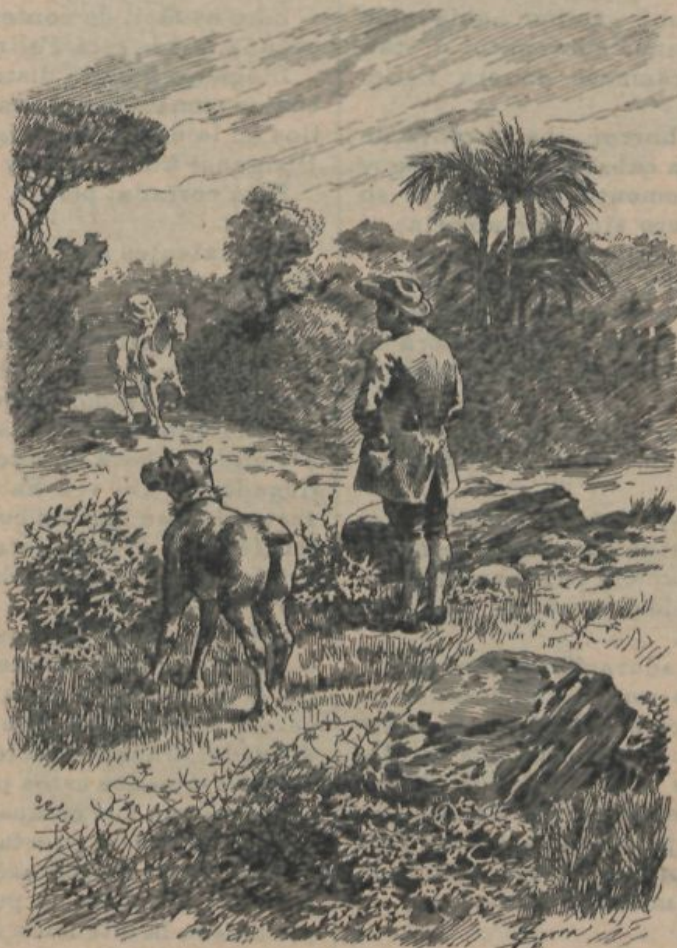
Cuando el criado habla de nuevo, su tono ha cambiado notablemente: indica todavía la sorpresa mezclada de alegría, pero con cierto acento de duda.

—¡Madre de Moisés!—exclama de pronto.—¿Qué ha hecho el amo? ¿No contento con echarse la manta sobre los hombros, se ha tapado con ella la cabeza. ¡Vamos, Tara! Eso es que quiere darnos una broma y sorprendernos.

fiero; pero sus ladridos parecían de espanto y no de alegría, como los que lanzaba cuando salía á recibir á su amo.

Si Felim estaba sorprendido por lo que había visto ya, mucho mayor fué su asombro al observar lo que después se ofreció á sus ojos.

Cuando el perro se acercaba ya al supuesto cazador, el bayo rojo, que el criado reconocía por el caballo de su amo, dió media vuelta y comenzó á galopar por la llanura en dirección contraria.



Felim, seguido del sabueso, sube á una eminencia y mira á su alrededor

¡Voto á tal! De todos modos, es raro: diríase que no tiene cabeza; pero... ¡cómo no ha de tenerla! ¿Qué diablos significa eso? ¡Por la santa Virgen! Eso sería suficiente para asustar á cualquiera si no supiéramos que es el amo... Pero ¿es él, en efecto? Ahora me parece que el jinete es más bajo. ¿Y la cabeza? ¡San Patricio me valga! ¿Dónde está? No creo que la lleve oculta en la manta, pues no se marca su forma. ¡Jesucristo! ¡Eso es extraordinario! ¿Qué significará, Tara?

Al dirigirle Felim la última pregunta que terminaba su soliloquio, el sabueso dejó escapar un lúgubre aullido, que parecía servir de contestación.

Y después, como impulsado por un instinto canino, precipitóse hacia el objeto que le causaba tanto asombro como á su humano compa-

Entonces Felim vió, ó creyó ver, algo que no sólo le causó asombro, sino que le heló la sangre en sus venas, haciéndole estremecer desde los pies á la punta de los cabellos.

Había visto una cabeza, la del jinete; pero, en vez de hallarse en su sitio, sobre los hombros, estaba junto á la mano del hombre, detrás del pomo de la silla.

Y, al dar el caballo la media vuelta, Felim vió también, ó pareció ver, que el rostro, pálido y desencajado, estaba cubierto de sangre coagulada, y en parte oculto por la crin del cuadrúpedo.

Ya no vió más: un momento después bajaba corriendo del montecillo y emprendía la fuga con toda la ligereza que le permitían sus piernas.

Con el cabello erizado y poseído de terror, Felim prosigue su carrera sin detenerse, sin atreverse siquiera á volver la cabeza, hasta que penetra en el jacalé y cierra la puerta de pieles, atrancándola con todos los paquetes que encuentra en el suelo.

Aun así no se creía seguro, pues poca seguridad podía ofrecerle aquella puerta, cerrada con cerrojos y atrancada, contra un ser sobrenatural.

Porque lo que Felim había visto no era de este mundo. ¿Qué mortal contempló jamás el espectáculo que puede ofrecer un jinete llevando su cabeza en la mano? ¿Quién había oído hablar de un fenómeno sobrenatural tan extraordinario? Seguramente no era Felim O'Nale.

Poseído siempre de horror, iba y venía de un extremo á otro de la cabaña, sentándose y levantándose á cada momento, fija siempre su vista en la puerta, pero sin osar abrirla, ni mirar siquiera por las junturas.

A intervalos se mesaba los cabellos, dábale golpes en las sienes y se restregaba los ojos, como para asegurarse de que aquello no era un sueño, y que había visto realmente la figura que le horrorizaba.

—¡San Patricio,—repetía,—apiádate de este pecador, á quien han dejado solo entre fantasmas y duendes!

Después de hacer este llamamiento al católico santo, Felim se dirige con más celoso fervor á un rincón de la cabaña para rendir culto á otra divinidad, conocida entre los antiguos con el nombre de Baco.

En este género de adoración halló su consuelo; y en menos de una hora, después de arrodillarse ante el Dios mitológico, representado por la damajuana de aguardiente de Monongahela, quedó libre también de sus padecimientos, ya que no de sus faltas. Tendido en el suelo, en medio del jacalé, no sólo olvidaba el espectáculo que tanto le aterró, sino también que pertenecía al mundo de los vivos.

No se percibe sonido alguno dentro de la cabaña de Armando, el cazador de caballos, ni siquiera ese continuo tictac del reloj, que nos anuncia que las horas pasan para no volver, y que otra media noche cubre la tierra con sus densas sombras.

Exteriormente se oyen rumores, pero son los de costumbre: el murmullo de la corriente inmediata, el roce de las hojas agitadas por la brisa, y el grito de alguno de los habitantes del bosque.

Ha llegado la media noche, pero la luna es tan clara que parece de día; su luz ilumina la tierra, y acá y allá penetran sus argentados rayos á través de la espesura sombría.

Pasando por estas alternativas de sol y sombra, y evitando con cuidado la primera en cuanto es posible, se ve avanzar un grupo de jinetes.

Aunque sólo son cuatro, su aspecto es formidable: el bermellón que brilla en su desnuda piel, los caprichosos dibujos que ostentan

sus mejillas, las plumas de color escarlata que coronan sus cabezas y el brillo de las armas que llevan en las manos, todo, en fin, constituye un conjunto tan salvaje como imponente.

¿De dónde vienen?

Llevar el equipo de guerra de los comanches: las plumas que adornan sus cabezas, los pechos y brazos desnudos, los escudos de piel y, por último, el color de la pintura, todo son indicios por los que se puede reconocer á los guerreros merodeadores.

¿A dónde van?

Esto es fácil de contestar: avanzan hacia la cabaña donde está Felim embriagado.

Llegados á corta distancia de la cabaña, los cuatro comanches desmontan, atan sus caballos en la espesura y siguen avanzando á pie. Dirígense á la puerta y la examinan.

Está cerrada; pero á los lados hay algunas grietas.

Los salvajes aplican el oído, y escuchan silenciosamente.

No se oye roncar, ni respirar, ni rumor alguno de ninguna especie.

—Es muy posible,—dice el jefe á su compañero más próximo en voz muy baja,—es muy posible que aún no haya regresado, aunque, atendida la hora en que marchó, debía haber llegado ya. Tal vez ha vuelto á salir. Ahora recuerdo que hay un cobertizo á espaldas del jacalé, y en él debe estar el caballo, si el hombre se halla dentro. Esperadme aquí: voy á verlo.

Seis segundos le bastan para examinar el cobertizo, donde ve que no hay ningún caballo, y otros tantos para reconocer el sendero y cerciorarse de que no hay allí huellas de cuadrúpedo, al menos recientes.

Determinados estos puntos, el jefe vuelve á reunirse con sus compañeros, quienes permanecen junto á la puerta.

Tras breve deliberación, se resuelve entrar, y el jefe descarga un puntapié en la puerta de pieles, con la intención de abrirla; pero la puerta resiste el esfuerzo.

—¡Diablo! Está atrancada por dentro. Sin duda, han querido librarse de los intrusos, de los leones y tigres, de los lobos y los osos, y tal vez de los indios. ¡Ja, ja, ja!

El jefe descarga otra patada con mayor fuerza; pero la puerta resiste siempre.

—¡Cáspita!—exclama.—La han atrancado con algo que pesa mucho; pero no importa: pronto veré qué hay dentro.

Al pronunciar estas palabras, desenvaina su machete y practica un agujero á través de la piel que cubre la armazón de madera.

Después introduce su brazo por la abertura, y reconoce la causa de la obstrucción.

Muy pronto caen los paquetes uno tras otro, y se abre la puerta de par en par.

Los comanches penetran en la cabaña, precedidos de un rayo de la luna que ilumina su camino, permitiéndoles observar el interior.

Lo primero que llama su atención es un hombre tendido en el suelo.

—¡Diablo!—exclama el jefe.—¿Estará dormido ese hombre?

—Preciso es que esté muerto para no habernos oído,—contesta uno de los comanches.

—Ni una cosa ni otra,—replica el jefe después de examinar con detención al hombre;—está completamente borracho. Es el criado del cazador, y ya le conozco de vista. Podemos deducir con seguridad que el amo no está en casa, ni ha estado aquí hace algún tiempo. Supongo que ese animal no habrá apurado

los otros son sus instrumentos ó auxiliares.

Pero ya no es necesario el disfraz. Tiempo es de que caiga la careta: nuestros indios no lo son sino en la apariencia, y su jefe es Miguel Díaz, el cazador de caballos, conocido con el apodo de *el Coyote*.

—Es preciso aguardarle,—dice el jefe,—pues ya no puede tardar mucho, sea cual fuere el negocio que le haya entretenido. Tú, Borajo, saldrás fuera de la llanura, hasta la cima del desfiladero, y los otros se quedarán conmi-



Los comanches penetran en la cabaña...

todo el contenido de la bodega para ponerse en tan agradable estado. ¡Ah! Hé aquí una damajuana... y huele á rosas: algo debe contener. ¡Demos gracias á nuestra Señora de Guadalupe!

Algunos segundos bastan para distribuir el contenido de la vasija, en la que se ha encontrado lo suficiente para que cada cual eche un trago y dos el jefe, quien, á pesar de su rango, no tiene la atención de protestar contra una distribución tan desigual.

¿Qué asunto pueden tener los cuatro indios comanches con Armando, el cazador de caballos?

Su conversación descubre sus intenciones, porque entre ellos no guardan secreto acerca del asunto que allí les conduce.

Han ido con el fin de asesinar al dueño del jacalé.

El jefe de los comanches es el instigador:

go. Debe venir por la parte del Leona; podremos encontrarle al extremo del desfiladero, cerca del ciprés. Me parece el mejor sitio para nuestro propósito.

—¿No sería bueno que hiciéramos enmudecer á *ése*?—dice Borajo señalando al criado, quien, por fortuna, no sabe lo que pasa á su alrededor.

—Los muertos no hablan,—añade otro.

—Pues yo creo que sería peor matarle,—replica Díaz,—prescindiendo de que esto no conduciría á nada. Harto callado está el pobre diablo: dejémosle acabar su sueño. Sólo me he comprometido á despachar al amo. ¡Vamos, vamos, Borajo! Vete á observar, pues de un momento á otro puede llegar el cazador, y sería imperdonable un descuido.

Borajo obedece, y, saliendo del jacalé, dirígese al sitio que le han indicado.

Los otros se sientan, después de encender luz.

Los hombres de su especie no suelen ir nunca desprovistos de medios para matar el tiempo, ó para que las horas les parezcan menos pesadas.

Sin perder un instante, colocan la mesa de pino en medio de la cabaña, y extienden sobre ella, no un mantel para cenar, sino una baraja española.

El *Coyote* es tan pronto banquero como punto, y á veces se le oye exclamationar:

—¡Caballo en puerta! ¡Sota á la vuelta!

Los duros circulan por la mesa, y su argentino sonido se mezcla con las exclamaciones de los jugadores.

De repente, un rumor inusitado interrumpe la partida.

Es el grito del borracho, que, despertando de improviso, ve por primera vez los singulares personajes que han ocupado el jacalé.

Los jugadores se levantan al punto, desenvainando sus machetes.

Felim se halla en peligro de ser hecho pedazos por tres hojas toledanas.

Sólo se libra por una imprevista circunstancia, por otra interrupción que contiene á los asesinos.

Borajo llega sin aliento á la puerta del jacalé en aquel instante.

Apenas se necesita que hable para comprender lo que quiere decir; pero, haciendo un esfuerzo, exclama con voz entrecortada:

—¡Pronto, compañeros, pronto!

El criado se salva: apenas queda tiempo para matarle, aunque esto se considerase conveniente.

Pero no es necesario, ó, por lo menos, así lo creen los bandidos, quienes dejan á Felim en libertad de continuar su interrumpido sueño, y salen precipitadamente á perpetrar un crimen más provechoso.

A los pocos segundos están ya en el desfiladero, por cuyo declive deben bajar.

Después se sitúan bajo un enorme ciprés, á fin de esperar allí la llegada de su víctima.

Todos escuchan silenciosos, esperando oír á cada instante las pisadas del caballo.

No tardan en percibirse, aunque no resuenan con regularidad, sin duda por que el caballo pisa una superficie accidentada.

Un caballo baja por la pendiente.

Aún no le ven los cuatro hombres emboscados, pues, así como en el valle, los altos árboles cubren el espacio de una densa sombra.

Sólo un sitio está iluminado por la luz de la luna: es un estrecho sendero que hay más allá del sitio donde se ocultan los asesinos; pero la víctima no debe pasar por allí, sino bajo la sombra de los cipreses.

—¡No lo matéis!—dice Miguel Díaz á sus hombres en voz baja y enérgica.—No es necesario hacerlo aún, y además necesito hablar con ese hombre una hora, por lo menos. Apoderaos de él y su caballo, en lo cual no habrá peligro, porque le sorprenderéis de pronto. Si opone resistencia, haced fuego, pero dejadme á mí tirar antes.

Los auxiliares prometen obedecer.

Pronto se presenta la oportunidad de cumplir su promesa, pues aquel á quien esperan ha bajado ya la pendiente y pasa bajo la sombra de los cipreses.

—¡Abajo las armas! ¡A tierra!—grita el *Coyote*, precipitándose sobre el caballo y cogiendo la brida, mientras los otros se arrojan sobre el jinete.

No hallan resistencia alguna, ni hay lucha, ni golpes; no ven brillar ninguna arma, ni resuena ningún tiro, ni siquiera se oye una sola palabra para protestar.

Ven un hombre erguido en la silla, y tocan sus manos, que son de carne y hueso, aunque parecen insensibles al tacto.

Sólo el cuadrúpedo opone resistencia, y, retrocediendo rápidamente, arrastra consigo á los agresores.

Avanzando siempre, llega al espacio iluminado por la melancólica luz de la luna.

¡Gran Dios! ¡Qué espectáculo contemplan sus ojos!

Aquellos cuatro hombres retroceden con espanto, lanzando un grito de terror.

No se detienen ni un segundo junto al ciprés, sino que emprenden la fuga precipitadamente hacia el sitio donde han dejado sus caballos.

Una vez allí, saltan á las sillas, y aléjanse á escape.

Acaban de ver lo que ha inspirado pavor á otros corazones más intrépidos que los suyos.

Han visto un jinete sin cabeza.

CAPITULO IX

¡OTRA VEZ!

¿Era un fantasma? Seguramente, no era un ser humano.

Así se preguntan y contestan el *Coyote* y sus aterrados compañeros; y lo mismo se había preguntado Felim, hasta que su espíritu, trastornándose con una gran parte del contenido de la damajuana, no fué ya susceptible de experimentar temor.

Tal fué igualmente el orden de ideas de más de otras cien personas que vieron el jinete sin cabeza, de los expedicionarios que acompañaban al Mayor.

Estos últimos le habían divisado á primera hora de la mañana, en un punto de la pradera situado á cinco millas de distancia; y como el sol ofendía sus ojos, sólo pudieron reconocer las formas, y nada más, ó, por lo menos, ningún detalle que les recordara á Armando el cazador.

Pero Felim, situado en una posición más favorable, con el sol á la espalda, había visto lo bastante para hallar analogía entre el extraordinario jinete y su amo.

A la luz de la luna, los cuatro bandidos, que conocían de vista á Armando, hicieron una deducción semejante.

Y si lo que experimentó Felim fué una sensación de terror, lo mismo había sucedido á los cuatro conspiradores.

En cuanto á los hombres que acompañaban al Mayor, aunque menos atemorizados por el extraordinario fenómeno, experimentaban la más viva curiosidad por explicárselo.

Hasta el instante de su desaparición, ninguno había aventurado conjeturas.

—¿Qué pensáis de esto, señores?—dice el Mayor, dirigiéndose á los que le rodean.—Confieso que no puedo explicarlo.

—Será alguna treta de los indios,—indica

—Sea lo que fuere, hombre, brujo ó diablo,—dice Cook,—no hay razón para que nos retraigamos de seguir sus huellas, si es que ha dejado alguna. Muy pronto lo veremos, pues debemos seguir el mismo camino, á juzgar por lo que puedo ver desde aquí. ¿Seguimos adelante, Mayor?

—Sin duda. No debemos cejar en nuestro propósito por una pequeñez como ésa. ¡Adelante! Los jinetes continúan la marcha, aunque al-



Aquellos cuatro hombres retroceden con espanto, lanzando un grito de terror

uno;—alguna estratagema para atraernos á cualquier emboscada.

—Pues creo que es un ardid muy tonto,—añade otro,—y seguramente el último que podría atraerme.

—No me parece que sea cosa de indios,—dice el Mayor;—pero, de todos modos, no sé qué pensar. ¿Qué opinas tú, Cook?

El explorador mueve la cabeza con aire de duda.

—¿Piensas que sea un indio disfrazado?—vuelve á preguntar el Mayor con un acento que exige inmediata respuesta.

—No estoy mejor enterado que vos, Mayor,—replica Cook;—*puede ser* algo de eso, pues no me lo explico de otro modo. O es un brujo, ó un hombre.

—¡Eso es, un brujo!—gritan varias voces de los que parecen satisfechos con esta hipótesis.

gunos con visible disgusto. Iban con el Mayor hombres que, de haber estado solos, habrían retrocedido sin vacilar, y uno de ellos era Collins, quien, desde el primer momento en que vió la extraña aparición, dió más muestras de terror que sus compañeros. Sus ojos expresaron la mayor ansiedad; sus labios palidecieron, y su mandíbula inferior, contrayéndose á intervalos, dejaba ver dos líneas de dientes que entrechocaban, aunque de una manera imperceptible, gracias á los esfuerzos del ex capitán.

A no ser por la confusión del momento, tal vez habría llamado la atención esta circunstancia; pero mientras la extraordinaria aparición estuvo á la vista, todas las miradas se mantuvieron fijas en ella; y cuando, al fin, desapareció y los jinetes siguieron avanzando, el ex capitán se quedó á retaguardia.

Cook había dicho bien: el sitio donde el fantasma se dejó ver estaba en la línea que seguían los exploradores.

Mas como para demostrar que la aparición era un espíritu, al llegar al paraje en que se divisó no se pudo reconocer huella alguna.

La explicación, sin embargo, era natural: el sitio donde el caballo dió la vuelta, y en el espacio de algunas millas más allá, la llanura estaba cubierta de greda, ó, como decían aquellos cazadores, era una *pradera gredosa*; algunas piedras se habían desprendido de su sitio, y acá y allá notábase alguna depresión producida, al parecer, por el casco de un caballo; pero estas señales no eran visibles sino para los ejercitados ojos de Cook. De todos modos, las señales que primeramente seguían no se distinguían ya.

Hubieran podido continuar adelante, avanzando en la dirección que tomó el jinete sin cabeza, pues primero el sol les habría servido de guía, y después la estrella de la tarde; pero lo que buscaban era las huellas del musteño herrado, y la media hora de día que aún quedaba se pasó en inútiles pesquisas, porque se había perdido el rastro.

Cook lo declaró así cuando el sol desaparecía en el horizonte.

No quedaba otra alternativa sino retroceder hasta el chaparral, para formar el campamento entre la espesura.

Tratábase de continuar la exploración á primera hora de la mañana.

Esto no se efectuó, por lo menos, en cuanto al tiempo: una inesperada circunstancia obligó á cambiar el plan.

Apenas formado el campamento, llegó un correo con un parte para el Mayor: era del comandante del distrito, cuyo cuartel general estaba en San Antonio de Béjar, y procedía del Fuerte Inge, á donde llegó primeramente.

El Mayor dió á conocer su contenido mandando tocar botasillas; y antes de que se hubiera secado el sudor de los caballos, los dragones volvieron á montar.

Decía el parte que los comanches estaban cometiendo desmanes, no por la parte del Leona, sino cincuenta millas más allá, hacia el E., cerca de la misma ciudad de San Antonio.

Ordenábase al Mayor que sin pérdida de tiempo acudiese con cuantas tropas tuviese disponibles fuera del campo de operaciones. Este era el motivo de su repentina marcha.

Los paisanos podían haberse quedado; pero la amistad y los afectos de familia se anteponian á todo. Los más de ellos habían emprendido la excursión, sin otros preparativos que ensillar sus caballos y coger sus armas, y todos deseaban ya volver á sus casas.

Con Cook se quedó una escasa partida para seguir el rastro del caballo americano, que, en opinión del rastreador, volvería hacia el Leona. Los demás individuos marcharon con los dragones.

Antes de separarse de Coxe y sus amigos, el Mayor les dijo lo que hasta entonces había callado respecto al charco de sangre y la inter-

pretación que de todos los vestigios hizo Cook. Como ya no debía continuar por su parte las pesquisas, juzgaba oportuno comunicar el hecho á los que iban á proseguirlas.

Érale doloroso sospechar del joven cazador, con quien había tenido agradables relaciones, motivadas por la profesión que ejercía; pero el deber se anteponia á todo, y, aunque no creía en la culpabilidad del cazador, veíase en el caso de reconocer que las apariencias estaban en contra suya.

Para el plantador y su gente no había ya sospecha: enterados de que el hecho no era cuestión de los indios, todos aseguraron atrevidamente que el asesino era Armando el cazador.

Pensando de este modo, y animados del deseo de venganza, separáronse con intención de reunirse á la mañana siguiente para seguir el rastro de los dos hombres ausentes, sin detenerse hasta que uno ó los dos fuesen hallados muertos ó vivos.

Los hombres que se habían quedado con Cook permanecieron en el sitio mismo elegido por el Mayor para establecer su campamento.

Su número no llegaba á doce, ni tampoco se creían innecesarios más. No era probable que apareciesen por aquella parte los comanches, ni había, por lo tanto, ningún peligro. Con dos ó tres hubiera habido bastante.

Los otros nueve ó diez se quedaron, algunos por curiosidad y otros por compañerismo. Casi todos eran jóvenes, hijos plantadores. Collins se hallaba entre ellos, como jefe reconocido de la partida; pero, siendo Cook el guía, considerábasele tácitamente como aquel á quien se debía prestar obediencia.

En vez de tumbarse á dormir, cuando los otros se marcharon, situáronse al rededor de la hoguera que acababan de encender.

No debían inquietarse por falta de comestibles ni bebidas, pues los que se habían ido, sabiendo que no necesitarían lo que llevaban, dejaron á sus compañeros el contenido de sus morrales y sus calabazas ó frascos. Tenían, pues, bebida para toda la noche, aunque repitiesen mucho los tragos.

A pesar de esto y del agradable calor del fuego, al sentarse al rededor de la hoguera estaban desanimados.

El guía participaba del sentimiento general, lo mismo que el jefe Collins.

—¡Vamos, Casio!—gritó uno de los jóvenes que estaban sentados al rededor de la hoguera y que comenzaba á charlar alegremente bajo la influencia de frecuentes libaciones.—Venid aquí, amigo mío, y acompañadnos á beber. Todos respetamos vuestro pesar, y haremos cuanto sea posible á fin de obtener satisfacción para vos y los vuestros, castigando al culpable; pero un hombre no debe estar siempre afligido, como vos en este momento. Venid aquí para hacer una caricia al Monongahela: os sentará muy bien: no tengáis la menor duda.

Bien fuera porque le agradase que se hubiera

interpretado así su actitud y silencio, que, por lo visto, fué observado, ó porque experimentara de pronto un sentimiento de compañerismo, Collins aceptó la invitación, y, acercándose al fuego, formó línea con los demás; pero antes de sentarse echó un trago del licor favorito.

Principiando como convidado, acabó, al fin, por hacer las veces de anfitrión. Cuando los demás habían agotado sus frascos, él pareció tener una sed inextinguible.

Agotada una vasija tras otra, apuróse el legado de los compañeros que se habían ausentado con el Mayor.

Animándose con el ejemplo del jefe, los jóvenes plantadores que rodeaban la hoguera del campamento charlaron como locos, cantaron, bailaron y bebieron hasta que, por fin, no les permitió ya el alcohol conservar los ojos abiertos.

El ex oficial de voluntarios pudo resistir más que ninguno, y fué el último en caer sobre la yerba.

En cambio, fué también el primero en levantarse. Apenas hubo cesado el ruido, apenas anunciaron las sonoras respiraciones de sus compañeros que todos dormían profundamente, púsose en pie, presuroso, y con la mayor cautela se alejó de ellos.

Después dirigióse rápidamente al extremo del campamento, al sitio donde estaba su caballo atado á un árbol.

Apoderóse de las riendas, saltó á la silla, y, sin hacer el más leve ruido, se alejó.

En toda esta maniobra no manifestó la menor señal de estar embriagado: muy lejos de ello, reconocíase que el ex capitán procedía deliberadamente y con un fin determinado.

Avanzando por una senda, acababa de llegar al lindero del claro que conocemos; y ya se introducía en él, cuando observó que no era el único jinete que á tan intempestiva hora atravesaba el chaparral.

Otro viajero, al parecer tan bien montado como Collins, avanzaba por la senda con su caballo al trote. Mucho antes de que se acercara, la luz de la luna, iluminándole de lleno, permitió al ex capitán observar que *no tenía cabeza*.

No era posible engañarse en esta observación, que, aunque rápida, fué completa. ¡Los pálidos rayos de la luna, plateando los hombres, no se reflejaban en rostro alguno!

Y aquello no podía ser ninguna ilusión óptica, porque Collins había visto la misma figura á los rayos del sol.

Pero esta vez vió más: vió la cabeza separada del tronco, pálida y sangrienta y medio oculta por la crin del caballo; la manta listada que cubría los hombros del jinete; sus polainas, y, en fin, hasta el mismo cuadrúpedo con todo el equipo de Armando el cazador.

Collins tuvo tiempo para fijarse en todos estos detalles, pues en el extremo del sendero el espanto le detuvo inmóvil, como si estuviese clavado en tierra. El caballo parecía participar del mismo terror: temblando como un

azogado, no hizo esfuerzo alguno para huir, ni aun cuando el jinete sin cabeza, avanzando siempre, se paró de pronto ante el ex capitán.

Sólo después que el bayo rojizo lanzó un relincho, al que contestó al punto el ladrido de un perro, que hizo emprender al cuadrúpedo el galope, consiguió Collins reponerse un poco del terror que le paralizaba.

—¡Dios del cielo!—exclamó con voz temblorosa.—¿Qué puede significar eso? ¿Es un hombre ó un demonio el que se burla de mí? ¿Ha sido, por ventura, un sueño todo lo que ha sucedido hoy? ¿Estoy loco?

A estas incoherentes palabras siguió una acción inmediata: cualquiera que fuese el objeto de la exploración de Collins, éste renunciaba evidentemente á seguir adelante, pues, haciendo dar media vuelta á su caballo, obligóle á marchar á galope por el mismo camino que acababa de recorrer, sin detenerse un instante hasta llegar al campamento.

Ya junto á la hoguera, tumbóse entre sus embriagados compañeros, no para dormir, sino para temblar en medio de ellos.

Cuando amaneció el día, sus facciones estaban pálidas y desencajadas, y sus ojos hundidos expresaban todavía el terror.

CAPITULO X

EN PRO DE ARMANDO

Al rayar la aurora, notábase un movimiento inusitado dentro de la Casa de la Curva y á su alrededor.

En el patio había muchos hombres armados, aunque no con regularidad: unos estaban provistos de largas carabinas, y otros de escopetas de dos cañones, pistolas, revólvers, cuchillos de ancha hoja y hachas indias.

Con sus camisetas de franela roja, sus mantas de colores, sus calzones de pana ó de algodón, sus sombreros de fieltro, ó gorros de piel, sus botas de montar, ó sus polainas, aquellos robustos hombres ofrecían un conjunto muy variado, tal como el que se ve á menudo en las factorías de la frontera de Tejas.

A pesar de su abigarrado aspecto y de la circunstancia de llevar armas, nada podía indicar cuál era el objeto de su reunión, pues, aunque se tratase de la expedición más pacífica, su equipo habría sido el mismo.

Pero el objeto era conocido.

Algunos de los hombres que acababan de reunirse habían formado parte de la expedición del día anterior; otros eran plantadores que vivían lejos, y cazadores de las cercanías.

La expedición organizada aquella mañana era más numerosa que la del día anterior, aun contando la fuerza de dragones que en ella figuró. Y, aunque todos eran paisanos, muchos de ellos parecían susceptibles de organización: hé aquí por qué habían merecido el nombre de *Regulares*.

Sin embargo, no tenían ningún distintivo, ni en su traje, ni en sus armas, ni en su equipo: un extranjero no habría encontrado diferen-

cia alguna entre un regular y otro individuo cualquiera; pero ellos se conocían entre sí perfectamente.

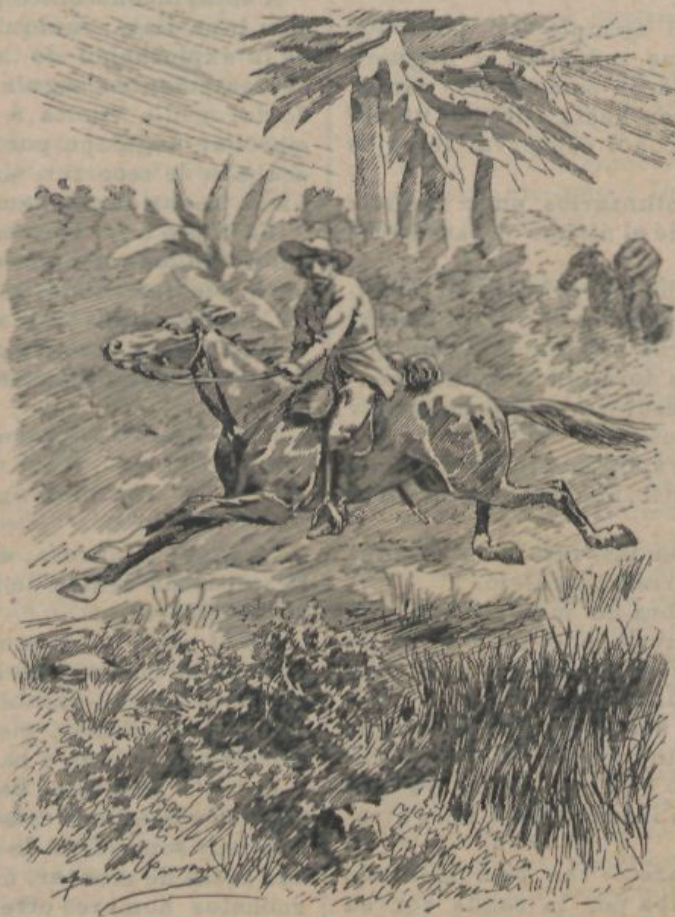
La conversación versaba sobre un asesinato, sobre la muerte de Enrique Coxe, y con su nombre pronunciábase á la vez el de Armando el cazador.

Discutíase también sobre otro asunto no menos interesante: los que habían visto la tarde antes en la pradera al jinete sin cabeza, hablaban de ello á los que no tenían conocimiento de la extraordinaria aparición.

Los caballos esperaban fuera, alguno al cuidado de los servidores de la casa, y los más de ellos ensillados ya para quien quisiera montar.

Sólo se esperaba á Hugo Coxe, que iba á ser el jefe en aquella ocasión, y que debía dar la señal de marcha. Y el plantador, por su parte, aguardaba únicamente á que llegase un guía, uno que pudiera conducirlo al Alamo, al domicilio de Armando, el cazador de caballos.

Entre los presentes no había ninguno que sirviese para el caso: plantadores, traficantes,



Collins, haciendo dar media vuelta á su caballo, obligóle á marchar á galope

Algunos se mostraron al principio incrédulos, creyendo que se trataba de darles una broma; pero el testimonio de tantos hombres y la formalidad con que se dió fué suficiente para convencer á los que dudaban, hasta que, al fin, no se tuvo la menor duda sobre la existencia del *jinete sin cabeza*.

Como era natural, tratóse de explicar el fenómeno, é hiciéronse muchas suposiciones; pero la única que pareció satisfacer fué la que había hecho ya el explorador Cook, es decir, que el caballo era verdadero, pero que el jinete era simulado.

Nadie pretendió explicar el objeto de aquel ardid, ni tampoco suponer quién podría ser el autor.

Los hombres que allí acababan de reunirse no perdieron mucho tiempo en preparativos: todos estuvieron dispuestos muy pronto.

abogados, cazadores y negros, todos ignoraban dónde estaba el Alamo.

Sólo había un hombre perteneciente á la colonia, á quien se creía capaz de desempeñar este servicio, y era el viejo Zab; pero á éste no se le encontraba por ninguna parte.

Había emprendido una de sus acostumbradas expediciones, y los mensajeros enviados en su busca volvieron uno tras otro para anunciar que no se le encontraba.

En la hacienda misma había una *mujer* que hubiera podido guiar á toda aquella gente hasta la vivienda del supuesto asesino.

Hugo Coxe no lo sabía, y tal vez era mejor para él que no lo supiese. Si el orgulloso plantador hubiese sospechado que en la persona de su propia hija tenía un guía para conducirlo á la solitaria cabaña del Alamo, el sentimiento que experimentaba por la pérdida de

un hijo se habría acibarado por la falta de una hija.

El último mensajero enviado en busca de Zab volvió á la hacienda solo; y como no se podía reprimir por más tiempo el deseo de castigar al culpable, los vengadores se pusieron en marcha.

Apenas se han perdido de vista Hugo Coxe y su gente, cuando entablaron conversación en la Casa de la Curva las dos personas que

orilla opuesta del río, sin duda alguna en dirección á la hacienda.

Agradable por demás fué para Luisa la aparición de aquella colosal figura humana, porque reconocía en ella un verdadero amigo, á quien podía confiar con toda seguridad el más íntimo pensamiento.

Y la criolla necesitaba esta vez hacer á Zab una revelación que durante un día y una noche afligía su espíritu.

Hé aquí por qué, mucho antes que aquél lle-



—¡Prometedme que guardaréis el secreto como un amigo, como un hombre honrado!

hubieran podido prestar el servicio tan deseado por los que acababan de alejarse: nada tenía de clandestina la entrevista, ni era tampoco premeditada: no pasaba de ser una casualidad.

Zab acababa de llegar de su excursión, llevando á la hacienda una parte de su *botín*, nombre que solía dar al producto de su cacería.

Inútil parece decir que Luisa Coxe estaba en casa para Zab, y que hasta ansiaba la entrevista, tanto, que no había dejado de vigilar un momento el camino de la orilla del río, en todo el día anterior, desde la salida hasta la puesta del sol.

Apenas se alejaron los vengadores, la criolla volvió á vigilar de nuevo, y su paciencia quedó recompensada al ver al cazador mentado en su vieja yegua, que, cargada con los despojos de la caza, avanzaba lentamente por la

gara al patio, salió á la galería para recibirle.

En el aire de tranquilo abandono con que se acercaba reconocíase ya que no tenía noticia del acontecimiento que había entristecido á los moradores de la Casa de la Curva, y sólo manifestó una ligera sorpresa al observar que la puerta exterior estaba cerrada con cadenas y barrotes, pues no había sido costumbre hacer esto en la hacienda, por lo menos desde que en ella habitaba su nuevo propietario.

La expresión sombría del negro que halló en el zaguán aumentó la sorpresa de Zab lo suficiente para inducirle á preguntar:

—¿Qué tienes, Plutón? ¿Qué te pasa, muchacho? Tienes el aspecto de un zorro al que hubiesen cortado la cola á raíz. ¿Por qué está cerrada la puerta grande á la hora de almorzar? Supongo que no habrá ocurrido nada malo.

—¡Oh! ¡Oh masa Tap! No ser broma lo que ha sucedido, pues yo estar por eso triste, muy triste.

—¡Cómo! ¿Qué hay?—exclama el cazador, inquieto al oír el tono lúgubre del negro.—Ya comprendo que ha ocurrido algo. ¿Qué es ello, Plutón? Dilo pronto. No puede ser nada peor que lo que anuncia tu semblante. Supongo que nada le ha sucedido á la señorita Luisa...

—¡Oh! ¡Oh! No á la señorita Luisa: ella estar dentro de casa; y si masa Tap venir, señorita darle tristes noticias.

—Y ¿no está tu amo también?

—Ahora no: el amo salir hace poco, un cuarto de hora. Masa Coxe ir á las praderas de caballos, donde estar hace un mes, como ya saber masa Tap.

—¡A las praderas de caballos! ¿A qué ha ido allí? ¿Quién va con él?

—¡Oh! ¡Oh! Masa Collins y otros caballeros blancos. ¡Oh! ¡Oh! Mí ver muchos, muchos.

—Y ¿ha ido también tu joven amo Enrique?

—¡Oh masa Tap! Esta ser la causa de mi tristeza y de la de todos. Señorito Enrique salir y no volver, y llegar su caballo cubierto de sangre. ¡Oh! ¡Oh! Todos decir que masa Enrique ser muerto.

—¡Muerto! ¡Tú te chanceas! ¿Hablas con formalidad?

—¡Oh! Sí, masa Tap: mí estar muy triste por decirlo; pero todos ir á buscar el cuerpo.

—¡Vamos! Lleva estas cosas á la cocina: es un gallo silvestre y algunas gallináceas. ¿Dónde encontraré á la señorita Luisa?

—Venid por aquí, Sr. Zap,—replica una voz bien conocida del cazador, pero cuyo acento es tan triste que apenas se reconoce.

—¡Ay de mí!—añade.—Demasiado verdad es lo que Plutón os ha dicho. Mi hermano falta desde la noche de anteayer; y su caballo llegó con la silla cubierta de manchas de sangre. ¡Oh Zab! ¡Esto es horrible!

—En verdad que me dais *feas* noticias,—replica el cazador.—¡El señorito Enrique salió y el caballo ha vuelto sin él! Eso no indica nada bueno, señorita Luisa; pero como todavía están buscando, tal vez pueda yo servir de alguna cosa, sobre todo si queréis darme pormenores.

Hízolo así la criolla, manifestando cuanto sabía, aunque sin decir nada de la escena del jardín. Por el testimonio de Duffer se suponía que Enrique fué en seguimiento del cazador.

El relato fué interrumpido por los sollozos de sentimiento, que se convirtió en indignación cuando Luisa manifestó á Zab que todos suponían que Armando era el asesino.

—¡Eso es mentira!—repuso Zab, participando del mismo sentimiento.—¡Eso es una infame calumnia, y un vil el que la haya inventado! El cazador no es capaz de semejante cosa. Y ¿por qué había de hacerlo? Si hubiese existido entre ellos alguna hostilidad, aun podría suponerse; pero no había ninguna. Yo salgo garante del cazador de caballos, á quien más de una vez oí hablar de vuestro hermano en términos muy favorables. Por supuesto, que aborrecía á vuestro primo Collins; pero ¿quién

es el que no le odia? Dispensadme si os lo digo así. En cuanto al otro, es diferente. Si se hubieran desafiado...

—¡No! ¡No!—exclamó la criolla, olvidando su reserva por la fuerza del sentimiento.—Ya no había nada: Enrique se había reconciliado con él. Así lo dijo; y Armando...

La mirada de asombro del cazador hace enmudecer á la criolla, que, cubriéndose el rostro con las manos, oculta su confusión en un torrente de lágrimas.

—¡Oh! ¡Oh!—murmura Zab.—Es decir, que ¿ha habido alguna cosa? Conque ¿medió una... una disputa entre vuestro hermano...?

—¡Zab, querido Zab!—exclama la criolla desviando las manos de su rostro y mirando fijamente al cazador.—¡Prometedme que guardaréis el secreto, prometedlo como un amigo, como un hombre honrado! ¿No es verdad que lo haréis?

Por toda contestación, el cazador extendió su ancha mano y dióse un golpe en el pecho.

A los cinco minutos estaba en posesión de un secreto que rara vez confían las mujeres sino al hombre que creen digno de su aprecio.

El cazador, mostrándose menos sorprendido de lo que era de esperar, limitóse á decir para sus adentros:

—Debí figurarme algo por el estilo, sobre todo después de la cacería de la pradera.

—Bien, señorita Luisa,—continuó Zab en tono de aprobación;—no veo en esto nada de vergonzoso. Las mujeres serán siempre mujeres mientras el mundo sea mundo, lo mismo en las praderas que fuera de ellas; y si rendisteis vuestro joven corazón á Armando, sería un gran error creer que habéis empleado mal vuestro afecto, como vulgarmente dicen. En cuanto á lo demás, lo que acabáis de referir sólo sirve para convencerme de lo que os he dicho, de que es de todo punto imposible que el cazador haya cometido el crimen, si se ha perpetrado alguno. Confíemos en que no será así. ¿Qué prueba se ha encontrado? ¿Sólo un caballo que ha vuelto con algunas manchas de sangre en la silla? Eso no es indicio seguro.

—¡Pobre de mí! Aún hay más. Todo el día de ayer estuvo la gente siguiendo un rastro, y vieron alguna cosa, pero no han querido decirme el qué; y mi padre parecía tener empeño en que yo no lo supiese. Por varias razones me abstuve de preguntar. Ahora hace poco que se han marchado; apenas se perdían de vista cuando llegasteis.

—Pero ¿y el cazador? ¿Qué dice en su abono?

—¡Oh! Yo creí que lo sabíais: no se le ha encontrado en ninguna parte tampoco. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Tal vez haya caído él también herido por la misma mano que cayó sobre Enrique.

—¿No decís que seguían un rastro? Supongo que será el suyo. Si aún vive el cazador, deben encontrarle en su cabaña. ¿Por qué no han ido allá? ¡Ah! Ahora recuerdo que nadie conoce el lugar donde se halla el jacalé, como no sea yo; y si les sirve de guía ese estúpido Cook, nunca darán con el rastro por la prade-

ra gredosa. ¿Sabéis si han ido por ese lado?

—Sí: oí que lo decía uno de ellos.

—Bueno. Pues si van en busca del cazador, supongo que también debo ir yo. Con todos apostaré á que le encuentro antes.

—Por eso ansiaba tanto veros. Con mi padre van hombres muy rudos, á varios de los cuales oí decir palabras terribles. Entre ellos he visto algunos de esos que llaman *regulares*, y hablaban mucho del Tribunal de Lynch, haciendo juramentos de venganza. ¡Oh Dios mío! Si le encontrasen y no pudiera probar al punto su inocencia, ¡Dios sabe lo que harían, dominados por la cólera y yendo con ellos Casio Collins! ¿Entendéis lo que quiero decir? ¿Querido Zab, por amor mío, por el de aquel á quien llamáis vuestro amigo, id, id pronto! Vos llegaréis al Alamo antes que ellos para librarse del peligro. Vuestro caballo no es nada ligero: tomad el mío, ó cualquiera de los que hay en la cuadra.

—Algo de verdad hay en lo que decís.—replica el cazador, disponiéndose á marchar;—podría haber algún pequeño peligro para el joven, pero yo haré lo que pueda por evitarlo. No estéis inquieta, señorita Luisa: no es necesario apresurarse tanto, pues no encontrarán la choza sin andar mucho camino. En cuanto á lo de montar en la pinta, mejor me las arreglaré yo con mi vieja yegua, prescindiendo de que ya la tengo ensillada. ¡Vamos! No os afijáis más ahora, pues tal vez se encuentre aún á vuestro hermano; y en cuanto al cazador, tan seguro estoy de su inocencia como de la de un niño.

La entrevista terminó con las amistosas protestas de Zab hechas en su rudo estilo, y muy pronto se alejó de la Casa de la Curva, mientras la criolla volvía á su habitación para calmar su agitado espíritu, haciendo votos por el buen éxito de la comisión de aquél.

CAPÍTULO XI

SERVIDOR INFIEL

Acosados por el más cobarde temor, el *Coyote* y sus tres compañeros habían corrido á buscar sus caballos para montar apresuradamente, sin pensar en volver al jacalé de Armando Lancaster. Muy lejos de ello, su único afán era interponer espacio entre sus personas y la solitaria cabaña, á cuyo dueño habían encontrado bajo un aspecto tan extraordinario.

Ninguno dudaba que era Armando el jinete sin cabeza; todos le conocían de vista, y Díaz mejor que ninguno, lo suficiente para estar seguros de que era él. Su caballo era el mismo; llevaba la piel de jaguar, ya conocida, y también la manta de colores, diferente de las que se usaban por lo general.

No se habían detenido á examinar las facciones; pero el sombrero que aún cubría la cabeza cortada era el que usaba el cazador por lo regular. Habíanle reconocido muy bien, porque le iluminaba la luz de la luna.

Además, vieron el perro grande que Díaz

conocía ya: el sabueso se había abalanzado hacia ellos en son de acometida, lo cual no era, seguramente, necesario para acelerar la fuga de los cuatro hombres.

Con toda la ligereza que le permitían sus caballos, atravesaron la espesura, dirigiéndose, no al lugar donde fué su ánimo cometer el asesinato, sino á la meseta superior; cruzaron la pradera á escape, é introdujéronse en el chaparral, para buscar el sitio donde tan hábilmente se transformaron en comanches.

La metamorfosis contraria se efectuó apresuradamente, y, en su consecuencia, no con tanto cuidado: laváronse á toda prisa con el agua que llevaban para beber, hasta que desapareció la pintura que cubría el rostro y las manos; sacaron después del hueco de un árbol sus ropas de hombres civilizados, y, poniéndoselas de cualquier modo, montaron de nuevo en sus caballos para dirigirse á escape hacia el Leona.

Durante el camino no se habló más que del jinete sin cabeza, pues todos estaban dominados por el terror, sin que ninguno pudiera explicarse satisfactoriamente tan espantosa aparición. Su inquietud era la misma al separarse en las inmediaciones del pueblo, para dirigirse cada cual á su jacalé.

—¡Cáspita!—exclama el *Coyote* al penetrar en su vivienda y dejándose caer en su lecho de cañas.—No es probable que pueda dormir después de ver tan terrible aparición. ¡Santo Dios! ¿Qué podía ser? La sangre se me ha helado en las venas, y, por desgracia, no tengo aquí nada para calentarla. La calabaza está completamente vacía, y ahora es inútil buscar, porque no hay ninguna tienda abierta. ¡Santo Dios! ¿Qué sería? No creo que fuese un fantasma, pues yo toqué la carne y los huesos, y también Borojo, ó, por lo menos, me pareció así. ¡Santo cielo! ¿Sería aquello algún ardid? ¡Ah! ¡Ya doy con ello! Apuesto á que no me engaño. Armando habrá sabido, ó sospechado, que íbamos á visitarle. Nos ha hecho una jugarreta, y tal vez nos vió en nuestra desgraciada fuga. ¡Maldito hombre! ¡Cáspita! Pues yo no quiero dilatar el asunto. Mañana volveré al Alamo, y me ganaré esos mil duros, que con mi oficio tardaría un año en obtener. De un modo ú otro, la cosa se hará. Bastante es haberme quedado sin Isidora. Tal vez no sea cierto, pero sólo la sospecha me saca de mis casillas. Si llegase á saber que ella le ama, y que se han visto desde entonces... ¡voto á tal!... me volvería loco, y sería capaz de exterminar, no sólo al hombre que aborrezco, sino también á la mujer que amo. ¡Oh Isidora Covarrubias de los Llanos! ¡Ángel de belleza y demonio de maldad! Te podría matar con mis caricias; pero también con mi acero. De un modo ú otro, tal será tu destino. ¡Podrás elegir!

Poco después, tranquilizado, al parecer, con esta amenaza y, por otra parte, con la explicación que se había dado respecto á la terrible aparición, quedó profundamente dormido.

No se despertó hasta que rayó el día y llegó á su jacalé un visitante.

—¡José!—exclamó el *Coyote* con un tono de sorpresa en que se mezclaba la alegría.—¿Tú aquí?

—Sí, señor: yo soy.

—Me alegro mucho de verte, amigo mío. ¿Está aquí D.^a Isidora?

—Sí, señor.

—¡Tan pronto! Apenas hace dos semanas que se hallaba aquí: ¿no es cierto? Yo me encontraba fuera de la colonia, pero tuve noticia de ello. Esperaba saber algo de ti, amigo José. ¿Por qué no has escrito?

—Por falta de un mensajero en quien se pudiera confiar, pues debía comunicaros algo que no era posible decir á cualquiera con seguridad. Siento mucho que no sea ninguna cosa que pueda agradaros; pero mi vida es vuestra, y he prometido deciros cuanto pueda seros de alguna utilidad.

Al oír estas palabras, el *Coyote* se puso en pie de un salto, como si le hubiese picado alguna víbora.

—¿Es de él y de mí? Lo conozco por tus miradas. ¿Tu señora le ha visto...?

—No, señor, no, al menos que yo sepa.

—Pues ¿qué es?—pregunta Díaz, evidentemente aliviado con aquella contestación.—Ella estaba aquí mientras él vivía en casa del alemán: algo ha pasado entre los dos.

—Cierto que sí, D. Miguel. Me dió algún mensaje, puesto que yo fui el portador; tres veces llevé á D. Armando un cesto de víveres de parte de D.^a Isidora, y la última acompañado de una carta.

—¡Una carta! ¿Sabes el contenido? ¿La leíste?

—Gracias á vuestra bondad con el pobre peón, hícelo así; y hasta saqué también una copia.

—¿La tienes ahí?

—Sí, señor. Ya veis, D. Miguel, que no me enviasteis á la escuela en balde. Hé aquí lo que D.^a Isidora le escribió.

Díaz se acercó ansiosamente al emisario, y, cogiendo el pedazo de papel, devoró su contenido.

Era una copia de la esquela que fué enviada entre los víveres.

Pero, en vez de alarmar al *Coyote*, pareció tranquilizarle.

—¡Cáspita!—exclamó con indiferencia, doblando la misiva.—Nada hay de particular en esto, amigo José: sólo prueba que tu ama se muestra agradecida al que le prestó un servicio. Si esto es todo...

—No lo es, D. Miguel; y hé aquí por qué he venido á veros ahora. Soy portador de un nuevo recado; y esto lo explicaré.

—¡Ah! ¡Otra carta!

—Sí, señor; y esta vez es el original, y no una pobre copia sacada por mí.

Con temblorosa mano, Díaz coge el papel, y lee lo siguiente:

«Al Sr. D. Armando Lancaster

»Querido amigo: Estoy otra vez en casa del

tío Silvio. No podía pasar más tiempo sin recibir noticias vuestras, pues la incertidumbre me mata. Decidme si habéis entrado en el período de convalecencia. ¡Dios quiera que así sea! Ansío ya mirar vuestros ojos, tan dulcemente expresivos, á fin de asegurarme de que os habéis restablecido por completo. Ahora espero de vos un favor, pues hay oportunidad para que me lo concedáis. Dentro de media hora, á contar desde el momento en que recibáis la presente, estaré en la cima de la colina. ¡Venid, amigo mío, venid!

»Isidora Covarrubias de los Llanos»

—¡Voto al diablo! ¡Una cita!—exclama el *Coyote* con voz entrecortada por la cólera.—¡Ah! ¡Y es ella quien la da! Yo le aseguro que será contestada; mas no por aquel á quien se dirige. Que se vean á esa hora, y juro por el dios de las venganzas...

—Escucha, José,—añade;—esta esquela no te sirve de nada, pues el hombre á quien va dirigida no está ya en el pueblo, ni tampoco por aquí. ¡Dios sabe dónde se halla! En esto hay algún misterio; pero no importa saber qué es. Tu irás á la posada á preguntar, y así quedas cumplido; no necesitas la carta, y, por lo tanto, la guardaré: ya podrás recogerla cuando vuelvas á casa de tu ama. En cambio, toma un duro para echar un trago de aguardiente. Vaya: hasta luego.

Sin hacer ninguna objeción, José toma el duro, y, obedeciendo humildemente, aléjase del jacalé.

Apenas se ha perdido de vista, cuando Díaz, saliendo también de su vivienda, ensilla apresuradamente el caballo, monta en él, y aléjase en opuesta dirección.

CAPÍTULO XII

EL LAZO

A las orillas del Leona, á más de tres millas del Fuerte Inge, se ve una persona que ha preferido al lecho la espesura del chaparral. No va á pie, sino que monta un brioso caballo que parece impaciente por devorar el espacio.

Por esta descripción se podría suponer que la persona á que nos referimos es un hombre; pero, recordando que estamos en el S. de Tejas, cuya población es hispano-mejicana, sería lícito conjeturar que se trata de una mujer.

Un examen detenido basta para convencerse de ello. La pequeña mano que sujeta las riendas, el diminuto pie, que parece aún más pequeño al apoyarse en el enorme estribo de madera; el gracioso contorno de las formas y la redondez de los hombros, perceptible aún á pesar de la manta que los cubre, y, por último, el abundante cabello, recogido en trenzas, son todos indicios que revelan á primera vista una mujer.

En efecto: es una amazona, y esta amazona es D.^a Isidora Covarrubias de los Llanos.

D.^a Isidora ha dejado de ser niña; cuenta ya

veinte abriles, y tal vez veintiuno; mas, á pesar de haber vivido siempre bajo el ardiente cielo de Tejas, en nada se ha resentido su hermosura; consérvese tan bella como á los quince, si no más, y no se crea que el bozo de su labio altere en lo más mínimo la expresión femenina de sus facciones, pues, muy lejos de ello, la realza admirablemente. Al que esté acostumbrado á ver siempre las rubias sajonas, podrá parecerle esto una deformidad; pero una segunda mirada modificará su opinión; á la tercera desaparecerá su indiferencia, y á la cuarta acabará por admirar.

Si se continúa el examen, el observador se convencerá, al fin, de que una mujer joven, bonita y morena, cuyo labio superior está sombreado por un ligero bozo, es lo más seductor que puede ofrecer la Naturaleza á los ojos del hombre.

Lo que acabamos de decir es aplicable á Isidora Covarrubias de los Llanos: si algo hay en su semblante que no sea del todo femenino, no es, seguramente, el ligero bozo de su labio, aunque contribuya á prestar una expresión más altiva al conjunto de sus facciones.

La joven avanza sola por la espesura que bordea el río, apartándose de una casa que se ve allí cerca: es la hacienda de su tío, D. Silvio Martínez, de la cual ha salido ella hace poco.

Monta con el aplomo del más consumado jinete un poderoso alazán, que caracolea á desnudo; mas, á pesar de sus bríos, la joven le domina á su antojo.

Del pomo de la silla va suspendido un ligero lazo, que parece preparado ya para hacer uso de él tan pronto como se presente ocasión: esto supone que Isidora sabe manejarlo, y así es la verdad, pues podría competir en este ejercicio con un cazador de caballos.

La amazona no sigue el camino ordinario: va por una senda que conduce desde la hacienda de su tío hasta la cima de una colina. La cuesta que conduce á este punto es bastante empinada para fatigar al caballo; pero no tarda en llegar, y entonces domina el camino que se prolonga á sus pies.

Isidora detiene á su corcel, no para que descanse, sino porque ya está en el punto donde debe terminar su excursión.

—Creo que he llegado antes de tiempo, — murmura Isidora sacando un reloj de oro para ver la hora. — Tampoco sé si debo esperarle, pues tal vez no venga. ¡Dios quiera que nada se lo impida! Pero ¿estoy temblando, ó es mi caballo? ¡Dios mío! Son mis pobres nervios. ¡Jamás experimenté esto! ¿Será temor? Supongo que sí; pero no deja de parecer singular que me inspire temor el hombre á quien amo, el único á quien he amado en mi vida, porque no fué amor lo que me inspiró D. Miguel. Aquello no pasó de un capricho de niña, y no tuve poca suerte en curarme de él, descubriendo que aquel hombre era un cobarde. Esto me desencantó, desvaneciendo el romántico sueño en que él era la principal figura. De ello debo dar gracias á mi estrella. Ahora le aborrezco,

ahora que sé, ¡virgen santa!, que se ha convertido en... salteador. ¿Será cierto? Y, sin embargo, no temería encontrarle, ni aun en este solitario sitio. ¡Ay de mí! ¡Temer á un hombre á quien amo, y á quien creo noble y generoso, y no temer al que aborrezco y considero cruel é infame! ¡Esto es singular, incomprensible! No: nada tiene de extraño, porque no temo otro peligro que el de no ser amada. Hé aquí por qué tiemblo ahora en mi silla, hé aquí por qué no he disfrutado una sola noche de tranquilo sueño desde que él me libró de aquellos salvajes embriagados. Jamás se lo he dicho, ni sé tampoco cómo recibiría mi confesión; pero debo y quiero hacerla, porque no puedo sufrir más tiempo esta incertidumbre. ¡Prefiero la desesperación y la muerte, si se frustran mis esperanzas! ¡Ah! ¡Alguien se acerca! Un caballo baja por el camino. ¿Será el suyo? Sí: distingo entre los árboles los vivos colores de nuestro traje nacional. Ya sé que á él le gustan. Nada de extraño tiene: ¡le sientan tan bien!... ¡Dios mío! ¡Aún llevo puesta la manta y el sombrero en la cabeza! Me tomaría por un hombre. ¡Fuera este feo disfraz y parezca yo lo que soy: una mujer!

No pudo ser más rápida la transformación: la joven se despojó de estos objetos, y dejó ver unas formas que hubiera podido envidiar la misma Hebe, y una cabeza que habría inspirado al cincel de Cánova.

A pesar de lo que la joven ha dicho, su semblante no expresa el más ligero temor, ni tiemblan sus labios, ni han palidecido sus mejillas.

En sus ojos podría reconocerse una mirada de amor, con una mezcla de orgullosa confianza.

Pero la actitud de la amazona cambia de pronto con la rapidez del relámpago, y esto es debido á que acaba de reconocer al jinete que se acerca con su caballo á galope. El brillo de los colores la ha engañado: no es Armando el que se aproxima, sino Miguel Díaz.

La mirada de la joven es en aquel momento sombría. Su actitud parece perder su aplomo, y el sonido que se escapa de sus labios es menos un suspiro que una exclamación de pesar.

Sin embargo, nada indica en la amazona el temor, sino el disgusto mezclado de cólera.

En aquel instante llega el *Coyote* y entabla al punto la conversación.

—¡Hola, señorita! — exclama. — ¿Quién hubiera creído encontraros en este solitario sitio ocultando tanta hermosura en el espinoso chaparral?

—¿Qué puede importaros eso, D. Miguel?

—Absurda pregunta, señorita. Harto sabéis que me importa, y no se os oculta la razón, puesto que no ignoráis cuán locamente os amo. Tonto fuí al confesar tal debilidad, porque desde tal momento se enfrió vuestro amor.

—Estáis equivocado: jamás os dije que os amaba; y si admiré vuestra destreza como jinete é hice vuestro elogio en tal sentido, no teníais derecho á interpretar mis palabras de otro modo. De esto hace ya tres años, y yo era entonces una niña: hallábame en la edad en

que esas cosas nos fascinan, complaciéndonos más que los atributos morales; pero ahora soy una mujer y todo ha cambiado, como debía cambiar.

—¡Cáspita! Pues ¿por qué me infundisteis esperanzas? El día que en el herradero domine al potro más salvaje de la yeguada de vuestro padre, el potro á que temían acercarse todos los vaqueros, aquel día sonreisteis, dirigiéndome una mirada de amor. No podéis negarlo, Isidora, pues tengo... experiencia, y sorprendí vuestros secretos pensamientos. Es-

—¿A quién se las pediréis?

—A la dulcísima Isidora Covarrubias de los Llanos.

—Sois muy presuntuoso, Miguel Díaz, y habéis olvidado, sin duda, con quién habláis. Recordad que soy la hija de...

—Del más orgulloso hacendado de Tamaulipas, y sobrina de uno de los más altivos de Tejas. Ya he pensado en todo esto, recordando también que yo fui asimismo hacendado en otro tiempo, aunque ahora no sea sino un cazador de caballos. ¡Cáspita! ¿Qué importa esto?



—¡Hola, señorita!

tos han cambiado ahora. ¿Por qué? Por haberme dejado seducir por vuestros encantos, ó, más bien, porque tuve la debilidad de confesarlo. Y, procediendo como todas las mujeres, cuando hubisteis conquistado mi amor, fui para vos indiferente. ¿No es esto así, señorita?

—No, Miguel Díaz. Jamás os dije una palabra ni os di prueba alguna para induciros á creer que yo os amase ni os considerara más que como un consumado jinete. Así me parecisteis entonces, y tal vez lo fuerais; pero ¿qué sois ahora? Ya sabéis lo que se dice de vos, no sólo aquí, sino también en Río Grande.

—Desprecio la calumnia, bien proceda de falsos amigos ó de cobardes enemigos. He venido aquí á pedir explicaciones: no á darlas.

A fe que no sois mujer para despreciar á un hombre por la inferioridad de su rango. Un pobre cazador es tan bueno á vuestros ojos como el propietario de cien yeguas; y de ello tengo una prueba evidente.

—¿Qué prueba?—pregunta vivamente Isidora, manifestando inquietud por primera vez.—¿De qué prueba habláis?

—De esta preciosa epístola que tengo en la mano, firmada por Isidora Covarrubias, y dirigida á un hombre que, como yo, no es sino un traficante en caballos. No necesito enseñáros la muy de cerca, pues, sin duda, la reconoceréis á esta distancia.

Así debió ser, en efecto, porque Isidora se estremeció en la silla, y en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—¡Miguel Díaz!—exclamó.—¿Cómo ha caído en vuestro poder esa carta?

—Eso no importa. El caso es que yo la tengo, así como también una cosa que buscaba hace muchos días, es decir, la prueba de que soy del todo indiferente para vos. Buenas razones tenía para creerlo, sobre todo al saber que le amabais á él: bien claro lo dice esta carta. Conque ¿deseáis miraros en sus propios ojos? ¡Rayos del cielo! ¡No volveréis á verlos más!

—¿Qué quiere decir eso, Miguel Díaz?

Isidora hace esta pregunta con voz algo temblorosa, que parece revelar temor; y á fe que no tenía esto nada de extraño, porque el aspecto del *Coyote* en aquel instante era el más propio para inspirar este sentimiento.

Y, observándolo así el cazador, dice á la joven:

—Bien podéis mostrar temor, pues razón hay para tenerlo. Si he perdido vuestro amor, ningún otro lo poseerá: estoy resuelto á ello.

—¿A qué?

—A lo que he dicho: á que ningún otro os llame suya, y menos que nadie Armando el cazador.

—¡De veras!

—Lo dicho. Prometédme que nunca volveréis á dirigirle la palabra, ó, de lo contrario, no saldréis de aquí.

—¡Os chanceáis, D. Miguel!

—Os hablo de veras, Isidora.

El acento del cazador revela harto claramente la sinceridad de sus palabras; y, aunque fuese cobarde, leíase en sus ojos una cruel resolución, mientras que su mano se apoyaba en la empuñadura del machete.

A pesar de su valor, la joven no dejó de experimentar cierta inquietud, comprendiendo que le amenazaba un peligro, sin muchas probabilidades de evitarle. Desde el primer momento de la entrevista presintió algo de esto, pero sosteníala la esperanza de que aquélla sería interrumpida por la llegada de otra persona.

Durante la primera parte del diálogo había escuchado ansiosa, esperando percibir el rumor de las pisadas de un caballo, y dirigiendo furtivas miradas al chaparral; mas pronto se desvanecieron sus ilusiones: la vista de la carta era la mejor prueba de que no había llegado á su destino.

Perdida, pues, la esperanza que hasta entonces le dió aliento, sólo pensó en retirarse de aquel sitio.

Esto ofrecía dificultades y peligros. Erase fácil dar media vuelta y poner su caballo al galope; pero sería muy posible que cortase su retirada algún balazo, pues la culata de la pistola del *Coyote* estaba tan cerca de su mano como la empuñadura del machete.

La joven comprendía muy bien el peligro, que á cualquiera otra mujer hubiera intimidado; pero no á Isidora Covarrubias, que ni siquiera dió muestras de temor.

—¡Qué necedad!—replicó con aire incrédulo.

—Veo que os chanceáis y que vuestro objeto

es atemorizarme. ¡Ja, ja, ja! ¿Por qué había de temeros? Monto tan bien como vos y sé manejar el lazo con igual destreza. ¡Ved qué hábil soy!

Y al pronunciar estas palabras, con una sonrisa en los labios, Isidora desprendió el lazo de la silla y describió con él varios círculos sobre su cabeza, como para confirmar sus palabras.

Aquel movimiento tenía, sin embargo, un objeto muy distinto, el cual no sospechó Díaz, que permaneció inmóvil en su silla.

Hasta que sintió el lazo que le sujetaba los codos no comprendió el designio, y antes de que pudiera apoderarse de la cuerda, ésta se estrechó al rededor de su cuerpo, y una violenta sacudida le derribó del caballo, haciéndole rodar por tierra sin sentido.

—Ahora, Miguel Díaz,—exclama Isidora, después de llevar á cabo aquella proeza,—no me amenacéis más, ni procuréis tampoco levantaros. ¡Moved sólo un dedo, y pico espuelas! ¡Cobarde, infame! ¡Hubierais sido capaz de matarme! ¡Ah! Lo he conocido en vuestros ojos; pero ahora se han cambiado los papeles y...

Al ver que no recibe contestación, Isidora se interrumpe, y, cogido siempre el lazo, fija sus miradas en el hombre caído.

El *Coyote*, tendido en tierra y sujetos los brazos por el lazo, está inmóvil como un tronco, porque la caída del caballo le ha privado del habla y también del sentido. Según todas las apariencias, está muerto. Sólo su caballo da señales de vida relinchando fuertemente, mientras retrocede hacia la espesura.

—¡Virgen santa!—exclama Isidora, refrenando un poco su caballo, pero siempre dispuesta á clavar espuelas.—¿Le habré muerto? ¡Madre de Dios! No era ésa mi intención, aunque podría justificarme si así fuese, porque seguramente él intentaba privarme de la vida. No sé si está muerto ó si es un ardid para que yo me acerque. ¡Por nuestra Virgen de Guadalupe! Otros podrán asegurarse de ello. No hay temor de que me alcance antes de llegar á casa; y si se halla en peligro, los criados de la hacienda llegarán á tiempo para socorrerle. ¡Vaya, Miguel Díaz: hasta luego!

Al pronunciar estas palabras, con un acento irónico que indica que no era su intención cometer el crimen, Isidora saca un pequeño cuchillo de afilada hoja que lleva oculto en el vestido, corta la cuerda por la extremidad sujeta á la silla, y, clavando espuelas á su caballo, le pone al galope, dejando á Miguel Díaz en tierra, sujeto aún por el lazo.

CAPITULO XIII

LIBERACIÓN

Un águila, posada en la rama más alta de un corpulento árbol, produce un grito y se lanza en el espacio, como para reconocer el terreno.

Volando majestuosamente, se cierne sobre

la colina y observa el claro que la rodea. En la primera percibe una cosa que tal vez le agrade, un hombre caído del caballo, muerto, al parecer. En el segundo ve dos amazonas: una, con la cabeza descubierta, el cabello flotante y montando un vigoroso corcel, le ha puesto á galope para salir de la cañada. La otra va en un caballo pintado, viste un traje más femenino y avanza en dirección opuesta.

Este es el cuadro que se ofrece á la vista del águila.

Conocemos á las dos amazonas: la que se

que el acusado fuese culpable: no podía ser. El haberlo creído así habría bastado para lacerar su corazón.

En su súplica no pedía perdón, sino protección: rogaba á la Virgen que le salvara de sus enemigos, que eran los parientes de la joven.

Las lágrimas y sollozos ahogados se mezclaban con las palabras de la oración que elevaba al cielo. Había amado á su hermano con el más tierno afecto, y lloraba por él amargamente; pero su aflicción no podía mitigar otro afecto más fuerte que el de los lazos de la sangre.



—¡Moved sólo un dedo, y pico espuelas!

aleja de la cañada es Isidora Covarrubias de los Llanos, y la que se dirige á ella Luisa Coxe.

También sabemos por qué se marcha la primera. Réstanos decir ahora por qué se acerca la segunda.

Después de su entrevista con Zab, la criolla volvió á entrar en la habitación, y, arrodillándose ante la imagen de la Virgen, oró.

Inútil parece decir que, como criolla, era católica, y que, por lo tanto, tenía fe en la eficacia de la santa intercesión. Singular era, sin embargo, el tema de su súplica: oraba por el hombre á quien se designaba como asesino de su hermano.

Luisa Coxe no tenía la menor sospecha de

Mientras Luisa se condolía de la pérdida de su hermano, oraba por la salvación de su amante.

Al ponerse en pie, fijáronse sus miradas en el arco, en aquel instrumento tan hábilmente manejado para enviar dulces mensajes de amor al hombre á quien adoraba.

—¡Oh!—murmuró.—¡Cuánto daría por poder enviarle una de esas flechas, para anunciarle el peligro! ¡Tal vez no vuelva á necesitarlas nunca!

A esta reflexión siguió otra que se relacionaba con ella. ¿Habría quedado algún vestigio de la correspondencia clandestina en el lugar dónde se expidió?

La criolla recordaba que Armando cruzó la corriente á nado, en vez de valerse del esquiife,

que ella debía atraer después con el lazo. ¿Estaría aún éste en la embarcación?

El día antes, aturdida con el trastorno que se siguió, no había pensado en ello. Aquella cuerda podría ser un indicio para descubrir la amorosa entrevista á media noche, de la cual nadie sabía el secreto sino ella y su hermano, muerto ya tal vez.

Los rayos del sol, bastante alto, se reflejaban en los cristales. Luisa abrió las puertas vidrieras y dió un paso con intención de bajar al jardín y dirigirse al sitio donde estaba el esquife; pero detúvose de pronto al oír hablar sobre su cabeza.

Dos personas conversaban: eran su doncella Florinda y el cochero negro, que, en ausencia de su amo, tomaba el fresco en la azotea.

Sus palabras se podían oír muy bien desde abajo; pero Luisa Coxe no las escuchó intencionalmente. Sólo le llamó la atención un nombre que pronunciaron.

—Decir que el joven llamarse Armando Lancaster, y que ser muy pícaro; pero yo no ver ninguno como él en Nueva Orleans. ¡Oh! ¡Oh! Parecerse más á un caballero plantador.

—Pero tú no creerás que él haya matado al señorito Enrique: ¿no es así, Plutón?

—Yo no creerlo de ningún modo. ¡Oh! ¡Oh! No ser él quien ha matado á masa Enrique. ¡Oh! ¡Oh! En nombrando al ruin de Roma, luego asoma. ¡Mira, Florinda, mira allá abajo!

—¿Qué hay?

—Allá, al otro lado del río. ¿No ver un hombre á caballo? Ese ser Armando Lancaster, el mismo que encontramos en la pradera, el mismo que dar á la señorita Luisa el caballo manchado, el mismo que ir á buscar todos. ¡Oh! ¡Oh! Llevar mal camino y no encontrarle hoy en las praderas.

—¡Oh Plutón! ¿No te alegras? Estoy segura de que ese gallardo joven es inocente. No puede ser el hombre que...

La criolla no esperó para oír más. Dirigiéndose á su habitación, subió después corriendo á la azotea, con el corazón palpitante, y no sin dificultad pudo disimular su emoción á las dos personas que allí conversaban.

—¿Qué habéis visto para hablar tan alto?—preguntó Luisa, tratando de ocultar su agitación bajo un fingido aire de severidad.

—¡Oh! ¡Oh! Señorita Luisa, mirar allá... aquel joven.

—¿Qué joven?

—Aquel que ir á buscar, aquel...

—No veo ninguno.

—¡Oh! ¡Oh! Ahora desaparecer entre los árboles allá bajo. ¿No ver su sombrero negro y su chaqueta de terciopelo con botones de plata? Yo estar seguro que ser aquel joven.

—Tal vez te equivoques, Plutón, porque hay muchos que visten del mismo modo, y la distancia es demasiado grande para que puedas distinguir, mucho menos ahora que está fuera del alcance de la vista.

—No importa,—añade después de una pausa.—Florinda: ve á sacar mi traje y mi sombrero, pues quiero dar una vuelta; y tú, Plu-

tón, ensilla á Luna al momento, antes que se haga más tarde. ¡Vamos, pronto!

Mientras los criados desaparecían por la escalera, la criolla se apoyó sobre el parapeto, con el corazón oprimido. No habiendo allí quien la observase, podía examinar libremente la pradera y el chaparral.

Era ya demasiado tarde, pues el jinete se había perdido de vista.

Podría ó no ser Armando; pero, si fuese, ¿por qué seguía aquel camino?

El corazón de la criolla se oprimió de nuevo: recordaba haberse hecho la misma pregunta en otra ocasión.

No permaneció más tiempo en la azotea para observar el camino: diez minutos después había cruzado la corriente, y penetraba en el chaparral por donde había desaparecido el jinete.

Avanzaba con rapidez dirigiendo miradas á todas partes.

De repente, se detuvo al acercarse á la cima de la colina que dominaba el Leona, porque había oído voces.

Inmóvil en la silla, escuchó con atención: aunque las voces eran lejanas, reconocíase que eran de un hombre y una mujer.

¿Quiénes serían? El corazón de la criolla se oprimió de nuevo al hacerse esta pregunta.

Acercóse más, detúvose y escuchó de nuevo.

La conversación era en español, lo cual no consoló en nada á Luisa, pues era probable que Armando hablase en este idioma á Isidora Covarrubias de los Llanos. La criolla le comprendía suficientemente para haber entendido lo que se hablaba si hubiese estado más cerca; pero sólo reconoció que el acento de las dos personas era de enojo, ó más bien de cólera.

Luisa Coxe se aproximó más aún, para detenerse de nuevo y escuchar mejor.

Ya no oyó la voz del hombre; la de la mujer resonaba clara y enérgicamente, con tono de amenaza.

Medió un intervalo de silencio seguido de un fuerte rumor de pisadas de caballos; sucedióse luego otra pausa; de nuevo habló la mujer en tono irónico, y, por último, oyóse el galope de un solo caballo que se alejaba del sitio.

Habíase oído el rumor de voces en la especie de meseta que formaba la cumbre de la colina: la criolla estaba al pie y no osó avanzar antes, por temor de descubrir una verdad amarga; pero resuelta, al fin, espoleó su caballo y franqueó á su vez la cuesta.

Entonces pudo ver un caballo ensillado y sin jinete que iba de un punto á otro, y un hombre tendido en tierra, sujetos los brazos por una cuerda: al parecer, estaba muerto; á su lado veíase un sombrero y una manta, pero evidentemente no eran suyos estos objetos. ¿Cómo podía interpretarse aquel cuadro?

El hombre vestía traje mejicano, y los arreos del caballo eran muy lujosos.

Al ver esto, el corazón de Luisa Coxe se estremeció de alegría.

Muerto ó vivo, el hombre que estaba allí era el mismo que vió desde la azotea, y no Armando Lancaster.

Había dudado antes; esperó que no fuese él, y reconocía con satisfacción que no se engañaba.

Después se acercó para examinar al hombre tendido en tierra; y al contemplar sus facciones, pues hallábase boca arriba, parecióle haberle visto antes, aunque no estaba segura de ello.

No tenía facciones desagradables: muy lejos de ello, eran hermosas.

Sin embargo, no fué esto lo que indujo á Luisa á saltar de la silla é inclinarse sobre el hombre con mirada compasiva.

La alegría que experimentaba al reconocer que *era otro*, estimuló á la criolla á cumplir con un deber de humanidad.

—No parece muerto, —murmuró;— diríase que aún alienta.

Y como la cuerda parecía entorpecer la respiración, Luisa la aflojó, desatándola en un momento.

—Ahora podrá respirar libremente, —añadió. —¡Dios mío! ¿Quién habrá hecho esto? Le han arrojado el lazo y ha caído en tierra: esto es lo más probable; pero ¿quién es el autor? La voz que oí era de mujer: no me cabe la menor duda; y sólo un caballo marchó de aquí... ¡Ah! ¡Ya recobra el conocimiento! ¡Gracias á Dios! El me lo explicará.

Y, acercándose al hombre, Luisa le pregunta:

—¿Os sentís mejor, caballero?

—¿Quién sois, señorita?—pregunta Miguel Díaz levantando la cabeza y dirigiendo á su alrededor una inquieta mirada.—¿Dónde está?

—¿De quién habláis?—replica Luisa.—Aquí no he visto á nadie sino á vos.

—¡Cáspita! ¡Esto es muy singular! ¿No habéis encontrado una mujer que montaba un caballo gris?

—Al subir oí una voz de mujer.

—Decid más bien la de un demonio, pues no debe ser otra cosa D.^a Isidora Covarrubias de los Llanos.

—¿Es ella la que ha hecho esto?

—Sí. ¡Maldita sea! ¿Dónde está ahora? Decídmelo, señorita.

—No me es posible; pero, á juzgar por las pisadas del caballo, debe haber bajado de la colina por la otra parte, pues, á no ser así, la habría visto.

—¡Ah!... Bajó de la colina, sin duda para volver á su casa, y luego... De todos modos, habéis sido muy amable, señorita, al aflojar este lazo, como supongo lo habéis hecho. Tal vez os dignéis ser bondadosa hasta el fin, ayudándome á montar en mi caballo, pues creo que podré sostenerme en la silla. Como quiera que sea, no debo permanecer aquí, porque tengo enemigos cerca... ¡Vamos, Brillante!—añade el mejicano, llamando á su caballo con un ligero silbido.—¡Acércate! Sin espantarte por la presencia de esta hermosa señorita, pues no es la misma que nos separó tan bruscamente.

Al oír el caballo la llamada, aproximase tro-

tando, y su dueño consigue poner el pie en el estribo, apoderándose de las riendas.

—Bastará que me ayudéis un poco, señorita, —dice,—para que me coloque en la silla; y, una vez en ella, estaré libre de toda persecución.

—¿Creéis que os persigan?

—¡Quién sabe! Por todas partes tengo enemigos, según ya os he dicho; pero no importa. Lo peor es que me siento muy débil. ¿Me rehusaréis vuestro auxilio?

—¿Por qué he de negároslo? Os ayudaré en lo que pueda.

—¡Mil gracias, señorita, mil gracias!

La criolla, reuniendo todas sus fuerzas, consigue ayudar al malparado jinete á colocarse en la silla, donde, después de oscilar un poco, parece asegurarse, al fin.

Entonces, recogiendo las riendas, dispónese á marchar.

—¡Adiós, señorita!—dice.—No sé quién sois, pero me parecéis extranjera, tal vez americana. No importa: os distinguís por la hermosura y la bondad; y si alguna vez estuviese en mi mano prestaros un servicio, Miguel Díaz no olvidará el que acabáis de dispensarle.

Así diciendo, el *Coyote* se alejó del sitio, poniendo su caballo al paso, porque aún no podía mantener el equilibrio fácilmente.

Sin embargo, á pesar de su lenta marcha, muy pronto desapareció entre los árboles.

No tomó ninguno de los tres caminos que conducían á la colina, sino un sendero apenas trazado, que se prolongaba por el chaparral.

A la criolla le parecía aquello un sueño más extraño que desagradable.

Pero convirtiéndose en dolorosa realidad cuando, después de recoger un papel abandonado allí por Miguel Díaz, se enteró de su contenido.

Era una carta dirigida á Armando, y firmada por Isidora Covarrubias.

Para volver á montar en su silla, Luisa Coxe necesitó apoyo, casi tanto como el hombre que acababa de marcharse.

Y al vadear el Leona, de vuelta á la Casa de la Curva, detuvo su caballo en medio de la corriente, y contempló las aguas, que tocaban casi sus estribos.

Entonces las facciones de la criolla expresaron una profunda desesperación: un punto más, y la corriente hubiera envuelto en sus ondas á la mujer más hermosa que nunca se sacrificó al dios de aquel elemento.

CAPITULO XIV

LOS LOBOS

Las sombras purpurinas del crepúsculo de Tejas se extendían sobre la tierra, cuando el hombre herido de quien hemos hablado en otro capítulo, terminando su penosa jornada á través del chaparral, llegaba á las orillas del arroyo.

Después de apagar ansiosamente su sed, tendióse sobre el césped, libre de la angustia que le había acosado hasta entonces.

La pierna no le dolía ya tanto, y su ánimo estaba demasiado abatido para pensar en lo futuro.

Sólo deseaba reposo, y la fresca brisa de la tarde, deslizándose entre el ramaje de las acacias, incitábale á descansar.

Los buitres habían desaparecido en el bosque; y como no le turbaban ya con su presencia, muy pronto quedó sumergido en un profundo sueño.

Sin embargo, éste fué de corta duración,

bién los aullidos del coyote en infinidad de tonos.

Arrastrándose de nuevo hasta la corriente, el joven aplacó una vez más su sed.

Ya no era ésta la que le atormentaba, sino el hambre, y miró á su alrededor para ver si había algo que comer.

A su lado crecía un pecán, y el fruto de sus ramas se hallaba á menos de seis pies de altura. Ayudándose con sus manos y la muleta, y, aunque el movimiento le causaba un dolor



—No sé quién sois, pero me parecéis extranjera...

pues el dolor que le causaban sus heridas le despertó muy pronto.

Esto fué, y no el grito del coyote, lo que le impidió dormir el resto de la noche.

Poco temía al rastrero lobo de las praderas, verdadero chacal que sólo ataca á los muertos ó moribundos.

El joven no creía que estuviera en peligro de muerte.

La noche fué larga para el paciente; parecióle que no iba á rayar nunca la aurora, pero, al fin, despuntó ésta, aunque sólo para que el joven viera algo desagradable.

Con la luz volvieron los buitres, y no se alejaron los lobos.

Las aves de rapiña comenzaban de nuevo á extender sus sombrías alas, y oyéronse tam-

horrible, pudo alcanzar algunas de las nueces.

¿Qué debía hacer después?

Alejarse de allí era de todo punto imposible, pues no podía moverse sin sentir los más agudos dolores.

Aún no conocía la naturaleza de sus heridas, y menos la de la pierna, tan hinchada entonces que no era dado examinarla. Seguramente que sería la fractura de un hueso ó una dislocación de la rótula. De todos modos, transcurrirían días antes de que pudiera sostenerse en pie; y ¿qué hacer hasta entonces?

Pocas esperanzas tenía de que alguno pasara por allí: habría gritado hasta quedar ronco, y, aunque á intervalos pedía auxilio con voz débil, aquello no era sino el esfuerzo intermi-

tente de la esperanza que lucha contra la desesperación.

No había más alternativa que permanecer en donde estaba, y, convencido de ello, tendióse de nuevo sobre la yerba, resuelto á esperar con toda la resignación posible.

Se necesitaba todo el estoicismo de su naturaleza para soportar tan angustiosa agonía; pero no la sufrió en silencio, pues á intervalos profería un quejido de dolor.

Preocupado sólo con sus padecimientos, pasó un buen rato sin que fijara su atención en lo que ocurría á su alrededor.

Aún se cernían sobre él los negros buitres; pero habíase acostumbrado á verlos y no hacía caso, ni aun cuando á intervalos se acercaban algunos tanto que resonaba en sus oídos el sordo aleteo.

¡Ah! Pero ¿qué otro rumor es el que se percibe?

Diríase que es el de numerosos y ligeros pasos por la arenosa orilla del arroyo, acompañados de la agitada respiración de animales que estuviesen sobreexcitados.

El herido mira en torno suyo para descubrir la causa.

—¡Ah! Son los coyotes,—murmura con indiferencia al ver una veintena de estos animales, que van de una parte á otra costeano ambas orillas del arroyo y revolcándose sobre la yerba.

Hasta entonces no le habían inspirado los coyotes temor, sino desprecio.

Pero hubo de modificar este sentimiento al observar sus miradas y su actitud: las primeras eran siniestras y la segunda amenazadora: aquellos lobos tenían, seguramente, malas intenciones.

Entonces recordó haber oído decir que estos animales, de ordinario inofensivos por su extremada cobardía, acometen al hombre cuando no le es posible defenderse, sobre todo si les sirve de estímulo el olor de la sangre.

La suya había corrido en abundancia, de muchas venas perforadas por las espinas de los cactus, y sus ropas estaban cubiertas de gotas de sangre, húmedas aún.

Habíase esparcido por la atmósfera su olor peculiar, y los coyotes no podían menos de percibirlo.

¿Era esto lo que los excitaba hasta el punto de parecer poseídos de una frenética locura?

Como quiera que fuese, no dudó ya que tenían intención de acometerle.

No poseía más armas que un cuchillo, el cual se conservaba, por fortuna, en su sitio. Su caballo había huído llevando en la silla la carabina y las pistolas.

Desenvainó, pues, su cuchillo, y, apoyado en la rodilla derecha, preparóse á la defensa.

No le sobró ni un segundo, pues, envalentonados al ver que pasaba tanto tiempo sin que se castigaran sus amenazas, los coyotes, estimulándose, á medida que se acercaban, con el olor de la sangre, á la vez que por sus feroces instintos, resolvieron, al fin, precipitarse sobre el hombre herido.

Así lo hicieron simultáneamente media docena de ellos, clavando sus dientes en los brazos, piernas y cuerpo del hombre, al caer sobre él, que con vigoroso esfuerzo los rechaza, blandiendo á diestro y siniestro su cuchillo: uno ó dos caen atravesados por la brillante hoja; pero acércanse otros, y, al fin, llega á pasar de veinte el número de coyotes que toman parte en la lucha.

Esta comienza á ser desesperada y mortífera: muchos lobos caen muertos; pero esto no impide á los otros continuar el ataque, y, muy lejos de ello, parecen enfurecerse más.

La lucha es cada vez más confusa: los coyotes se atropellan entre sí para hacer presa en su víctima, y el cuchillo se agita rápidamente; pero el brazo que lo maneja se debilita por momentos, hiriendo con menos vigor.

El herido comprende que le abandonan las fuerzas.

Entonces llega á temer por su vida, y no sin razón, porque la muerte le mira de frente.

En aquel crítico momento escapóse de sus labios un grito, no de terror, sino de alegría.

Y, ¡cosa extraña!, en el mismo momento cesó el ataque de los coyotes.

Suspendióse por un momento la lucha, y hubo un breve intervalo de silencio: no era el grito de la víctima la causa, sino lo que había originado la exclamación.

Percibíase el rumor del galope de un caballo, acompañado del ladrido de un perro.

El herido continuó pidiendo socorro á gritos: el caballo parecía estar cerca, y no era posible que el jinete no oyese.

Pero no hubo contestación alguna: jinete y caballo pasaron de largo.

El ruido de las pisadas se perdió á lo lejos, y el herido volvió á entregarse á la desesperación.

Al mismo tiempo, los lobos parecieron cobrar nueva energía para proseguir la lucha, y ésta se renovó con mayor encarnizamiento: el infeliz se defendía, aunque creyéndose ya perdido: sólo le alentaba la desesperación.

De nuevo volvió á interrumpirse la pelea; pero esta vez por la intervención de un intruso cuya presencia infundió al herido valor y esperanza.

Si el jinete no había escuchado su llamamiento, no así el perro: acercábase un gran sabueso, de los de la mayor especie, ladrando furiosamente, y un momento después precipitóse á través de la espesura dando saltos enormes.

—¡Un amigo! ¡Gracias al Cielo!

Los ladridos cesaron cuando el sabueso, saliendo del chaparral, se lanzó con las fauces abiertas en medio de los cobardes coyotes, que ya comenzaban á retirarse.

Uno de ellos, cogido al punto por el perro, rodó por tierra lanzando aullidos de dolor; el sabueso le sacudió como si fuera una rata, arrojándole después á dos ó tres pasos.

Otro coyote sufrió la misma suerte; pero antes de que el perro pudiera repetir la opera-

ción con el tercero, los demás emprendieron la fuga aullando lastimeramente, y un momento después desaparecían en las soledades del chaparral.

El hombre así libertado no vió más: habíanse agotado completamente sus fuerzas: extendiendo los brazos, enlazó con ellos el cuello de su libertador, dándole las gracias con una triste sonrisa; después murmuró algunas palabras, y cayó sobre el césped sin sentido.

El jinete no había fijado su atención en el herido, pero el caballo relinchó al verle, y desvióse á un lado, saltando por encima de los lobos muertos.

El caballo era un magnífico animal, no grande, pero de perfectas formas: al jinete le faltaba, en cambio, la cabeza.

A decir verdad, no le faltaba, pero no la tenía en su debido lugar, sino sujeta en el arzón de la silla y como si la llevase en la mano.

Era una espantosa aparición.



Los coyotes se atropellan entre sí para hacer presa en su víctima...

Aquel síncope fué de corta duración.

Recobrando de nuevo el conocimiento, el herido se incorporó, apoyándose en el brazo para dirigir una mirada en torno suyo.

Singular y sangriento era el espectáculo que se ofrecía á sus ojos; pero otro más extraordinario hubiera visto si no hubiese perdido el conocimiento.

Durante su desmayo, un jinete penetró en la cañada y volvió á salir: era el mismo que debió oír al herido y que pasó de largo; llegaba en aquel momento, mas, al parecer, no con intención de prestar socorro alguno: tal vez se proponía sólo dar de beber á su caballo.

El cuadrúpedo se introdujo en el arroyo, bebió ansiosamente, y, saliendo por la opuesta orilla, emprendió el galope, desapareciendo á poco en la espesura.

El perro ladró al verla pasar y siguió hasta la espesura, como ya lo había hecho antes durante largas horas; pero cansado, sin duda, de su infructuoso acompañamiento, volvió junto al herido y echóse á su lado.

Entonces fué cuando el joven recobró el conocimiento, recordando lo que por un momento olvidó.

Después de acariciar al perro, echóse otra vez, y, cubriéndose el rostro con la punta de su capote para preservarle de los rayos del sol, volvió á quedar dormido.

El sabueso se recostó á sus pies, y comenzó á dormir también, pero sólo á intervalos: de vez en cuando levantaba la cabeza, dejando oír un gruñido de cólera, al percibir el rumor producido por el aleteo de los buitres.

El joven murmuraba, entretanto, frases in-

coherentes, como si se hallase bajo la influencia de una pesadilla: estaba soñando, y sus palabras indicaban una mezcla singular de ideas, que tan pronto se referían al amor como a la perpetración de un crimen.

CAPITULO XV

EL AVISO

Debemos conducir de nuevo al lector a la solitaria cabaña del Alamo, tan repentinamente abandonada por los jugadores que la ocuparon durante la ausencia de su dueño.

Son cerca de las doce de la mañana del siguiente día, y aún no ha vuelto a su casa Armando el cazador.

El ex mozo de caballos de Bally-Ballagh continúa siendo el único habitante del jacalé, y una vez más se le puede ver tendido en el suelo, en estado de completa embriaguez; pero aquella borrachera no es la misma de que le hizo despertar la entrada de los fingidos comanches. Después de la salida de éstos se abstuvo de beber algún tiempo, hasta que, al fin, apeló de nuevo a su divinidad favorita.

El segundo sueño de Felim debía durar mucho más tiempo que el primero. Iban a dar las doce cuando despertó de él, no porque fuese tarde, sino porque acababa de sentir en el rostro una rociada de agua fría, que le sobresaltó casi tanto como la vista de los salvajes.

Zab era el que acababa de administrarle la dosis.

Después de salir de la Casa de la Curva, el viejo cazador se había dirigido por el sendero, ó mejor por el rastro, que, según sabía ya, era el camino más corto para llegar a la corriente superior del río de las Nueces.

Sin detenerse a observar señales ni huellas, avanzó directamente a través de la pradera para ganar la senda que conducía a la cabaña del cazador.

Llegó junto a ésta y apeóse.

La puerta de piel de caballo estaba cerrada, pero veíase en el centro de ella una gran abertura, hecha, al parecer, por medio de un corte. ¿Qué significaba aquello?

Zab no se lo explicaba, ni siquiera por conjeturas.

En su consecuencia, creyó oportuno proceder con mayor precaución y continuó acercándose con tanto sigilo como si acechara algún antílope.

Dió la vuelta a la cabaña por detrás, para avanzar a favor de los árboles; y, habiendo llegado, por fin, al cobertizo de los caballos, aplicó el oído y escuchó.

Entonces pudo ver mejor el agujero. Una de las tablas había sido desviada de su sitio y arrancada la piel que la cubría. Observaba esto con la mayor sorpresa; mas antes de que pudiera hacer ninguna conjetura percibió el rumor de una fuerte respiración que parecía partir del agujero, oyendo a la vez un ronquido sonoro.

Una ojeada a través del boquete bastó para

que cesaran las dudas: el durmiente era Felim.

No era ya, pues, necesario proceder con precauciones: el cazador dió vuelta de nuevo a la cabaña y entró por la puerta principal, que no estaba cerrada por dentro.

—Si no fuera por lo que ronca,—murmuró el viejo cazador, mirando al criado,—le creería muerto. Tal lo parece; pero es en fuerza de lo que ha bebido. Está borracho hasta las uñas y es inútil llamarle. El diablo me lleve si no me dan intenciones de aplicarle este remedio.

Al pronunciar estas palabras, la mirada del viejo cazador se fijó en un cubo de agua que estaba en un rincón del jacalé, medio lleno de agua.

Felim la había sacado del pozo con algún objeto; mas, por desgracia, no hizo uso de ella.

Zab cogió el cubo con cierto ademán muy cómico y vertió todo el contenido sobre el rostro del durmiente.

El efecto fué inmediato. Aunque no se desvanecieron los vapores alcohólicos, el borracho se despertó al punto completamente; y las exclamaciones de terror que proferían sus labios formaron singular contraste con las estrepitosas carcajadas del cazador.

Pasó algún tiempo antes de que se restableciera la suficiente tranquilidad para que los dos hombres pudieran entablar una conversación seria.

Apenas fué posible entrar en explicaciones, y, sin esperar a ser preguntado, Felim comenzó a referir detalladamente, con toda la exactitud que le permitía su lengua estropajosa y su trastornado cerebro, la serie de extraños espectáculos é incidentes que casi le privaron del uso de los sentidos.

Era la primera vez que Zab oía hablar del jinete sin cabeza.

Inclinóse al principio a ridiculizar la idea de un hombre sin cabeza, y supuso que era una creación fantástica de Felim, debida al exceso de alcohol que había trasegado.

Extrañóle, sin embargo, la persistencia con que el criado aseguraba el hecho, y más particularmente al reflexionar sobre las otras circunstancias de que ya tenía conocimiento.

—¡Por San Patricio!—exclamaba Felim.—¿Cómo había de equivocarme? ¿Puedo dudar que ví al amo tan claramente como os estoy viendo ahora, y que le observé cuando el caballo emprendía el galope? Además, llaméme la atención su manta mejicana, la silla y las polainas de piel. Todo lo ví menos la cabeza. ¿Cómo no había de conocer, por otra parte, su bonito caballo? Y ¿no os he dicho también que Tara iba detrás, y que ladraba, poco antes que los indios...?

—¡Indios!—exclamó el cazador, moviendo la cabeza con aire despreciativo.—¡Indios jugando con naipes españoles! ¿Qué indios serán éstos?

—¿Creéis, después de todo, que no eran indios?

—No te importa lo que yo pienso. Ahora no

hay tiempo para hablar de esas cosas. Prosigue tu charla y sepamos todo lo que has visto y oído.

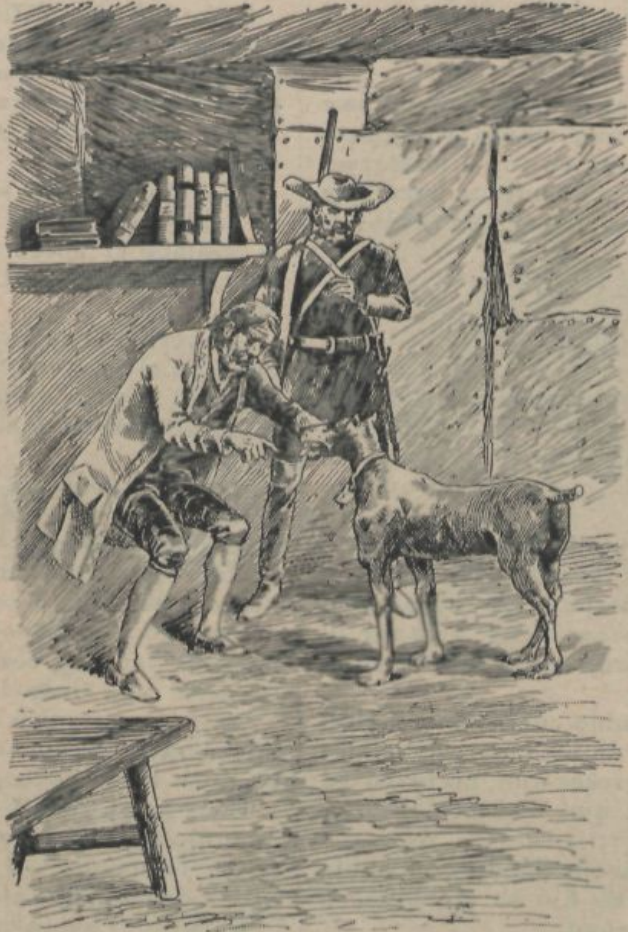
Cuando Felim hubo referido cuanto sabía, Zab dejó de interrogarle, y, saliendo fuera de la cabaña, sentóse á la manera de los indios.

Su objeto era, según dijo, reflexionar maduramente para *buscar una idea*, la cual no le era posible concebir, según aseguraba, cuando permanecía entre paredes.

Y tan absorto estaba en su indignación, que no observó que el sabueso acababa de llegar á la cabaña.

Hasta que oyó á Felim dirigir la palabra al perro, en su jerga irlandesa, mientras estaba haciéndole caricias, no fijó su atención en el hecho.

Pero un grito de sorpresa y el oír pronunciar su nombre fué más que suficiente para que saliese de su indiferencia.



—¡Oh Sr. Zap! Mirad á Tara. Trae algo en el cuello...

Casi es inútil decir que el relato del criado aumentaba la perplejidad de Zab.

Lo único que parecía claro á sus ojos era lo de los cuatro hombres montados, los cuales no creía que fuesen indios: era más probable que tuvieran algo que ver con el asesinato que, sin duda, se había perpetrado.

Pero su presencia en el jacalé y la prolongada ausencia del cazador conducían á un orden de ideas y conjeturas más tristes: á la suposición de que más de un hombre había caído bajo el puñal del asesino, y que tal vez se encontraran en la espesura dos cadáveres en vez de uno.

Zab suspiró dolorosamente al hacer estas reflexiones. No podía resistir más este pensamiento angustioso, y, poniéndose, al fin, en pie, comenzó á pasear de un lado á otro, jurando en alta voz que tomaría venganza.

—¿Qué es eso, Felim?—gritó.—¿Qué ocurre? ¿Te ha mordido alguna serpiente?

—¡Oh Sr. Zab! Mirad á Tara. Trae algo en el cuello, y alguien debe haberlo puesto. ¿Qué os parece que será?

El cazador fijó al punto la mirada en el animal, y pudo ver que, en efecto, llevaba algo pendiente del cuello: era un pedazo de correa de cuero, de cuya extremidad colgaba un paquetito.

Zab desenvainó su cuchillo y adelantóse hacia el perro, que retrocedió atemorizado.

Pero algunas caricias le convencieron de que la intención no era hostil, y acercóse nuevamente.

Cortada la correa, Zab abrió el paquetito.

Sólo contenía *una tarjeta*, en la cual se habían escrito algunas palabras, al parecer con tinta roja; pero esta tinta *era sangre*.

El más rudo cazador de los bosques sabe leer. Zab no era una excepción, y muy pronto descifró los caracteres trazados en el pedazo de cartón.

Al terminar, escapóse de sus labios un grito, que contrastaba singularmente con los suspiros que antes exhaló, porque aquel grito era de inmensa alegría.

—¡Lado sea Dios,—exclamó,—y bendito sea mi maestro de Kentucky por haberme enseñado á deletrear! ¡Aún vive, Felim, aún vive! Mira esto. ¡Ah! No me acordaba de que no sabes leer; pero no importa. ¡Vive, vive!

—¿Quién? ¿El amo? Demos gracias al Señor...

—¡Déjate ahora de dar gracias, que no hay tiempo para ello! Coge una manta y algunas pieles de caballo, mientras yo voy á buscar mi vieja yegua. ¡Pronto! ¡Con media hora que perdamos podemos llegar demasiado tarde!

CAPITULO XVI

EL JAGUAR

—¡Con media hora que perdamos podemos llegar demasiado tarde!

Estas habían sido las últimas palabras de Zab al salir de la cabaña, y en verdad que no eran desacertadas.

Armando, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores en el hombre del capote y sombrero de Panamá, después de luchar contra los lobos, según se ha dicho, y de ser libertado por su fiel Tara, buscó reposo en el sueño.

Confiado en que su canino compañero le preservaría de los ataques de los buitres y de los cuadrúpedos, más peligrosos aún, no tardó en conciliar el sueño, del que disfrutó durante algunas horas.

Despertó, al fin, y, reconociendo que había recobrado alguna fuerza, fijó su atención en los peligros que le rodeaban.

El perro le había librado de los chacales, y aún le protegería de sus ataques, si los repitieran; pero ¿de qué servía esto? El fiel animal no podía trasladarle á otro punto, y permanecer allí era morir de hambre, si no de las heridas.

Armando se puso en pie; pero vió que no podía sostenerse, porque su debilidad era extrema. Después de dar un paso ó dos, sintió un gran alivio al echarse de nuevo.

En aquella crisis, ocurrióle una feliz idea.

¡Tara podría llevar un mensaje al jacalé!

—¡Si yo consiguiera que fuese!...—murmuró, fijando una mirada en el perro.

Y, dirigiendo la palabra al inteligente animal, añadió:

—¡Ven acá, amigo mío! Necesito que hagas las veces de correo para llevar una carta. ¿Me entiendes? Espérate á que la escriba, y entonces te lo explicaré más claramente. Por fortuna, me queda una tarjeta,—añadió, poniendo la mano sobre la cartera.—No tengo lápiz; pero no importa, no falta tinta á mi alrededor; y

de pluma me servirá una espina de ese magüey.

Armando se acercó á la planta designada, arrancó una de las largas espinas que terminan sus largas hojas, humedeciéndola en la sangre de un coyote que yacía á su lado, sacó la tarjeta y trazó sobre ella algunos caracteres.

Después envolvióla en un pedazo de la badana del forro del sombrero de Panamá, y con una tira de cuero la ató al cuello del animal.

Faltaba sólo enviar á su destino al mensajero canino.

Esto fué algo difícil. A pesar de su notable inteligencia, el sabueso no podía comprender por qué había de abandonar á aquel á quien protegió tan valerosamente. Así es que durante largo tiempo no hizo aprecio de caricias ni amonestaciones.

Sólo después de ser reprendido con acento de enojo y de recibir un golpe, que le dió con la muleta el hombre cuya vida acababa de salvar, consintió, al fin, en alejarse de aquel sitio.

—Ahora que se ha ido, bueno será prevenirme para el caso de que vuelvan esos cobardes coyotes, pues no dejarán de hacerlo tan pronto como descubran que estoy solo,—murmuró el cazador.

Armando tenía ya su proyecto.

Muy cerca de donde estaba, el pecán de que ya hemos hablado tenía dos fuertes ramas bastante próximas entre sí, que se extendían horizontalmente á seis ó siete pies del suelo.

Armando se despojó del capote, extendiéndole sobre la yerba, y con la punta de su cuchillo practicó una línea de agujeros en cada borde.

Después se quitó la faja, desgarróla por la mitad haciendo dos tiras, que tenían cada cual algunas varas de largo.

En seguida tendió el capote entre las ramas, sujetóle en ellas y pasó las tiras por los agujeros, formando así una especie de hamaca capaz de contener el cuerpo de un hombre.

El cazador sabía ya que los coyotes no trepan á los árboles, y, reclinado en su improvisada hamaca, podía observar con indiferencia los esfuerzos de sus enemigos.

Armando había hecho todo esto porque estaba seguro de que volverían.

Y si aun tuvo alguna duda, desvaneciése ésta muy pronto al verlos salir del chaparral uno tras otro.

Al colgar su hamaca, no se tomó la molestia de ocultarla, limitándose á suspenderla á la altura suficiente para ponerse fuera del alcance de los chacales. Así, pues, el capote negro y la persona del cazador se destacaban claramente, y los coyotes se situaron debajo, excitados cada vez más por el olor de la sangre. Era horrible ver como se relamían los labios enrojecidos después de su repugnante festín.

El joven no los miraba apenas, ni aun cuando se ponían derechos apoyándose en las patas posteriores y en el tronco del árbol, con el evidente deseo de hacer presa en sus piernas.

El cazador supuso que no había peligro; pero engañábase, y no contaba con uno muy grave.

Vió á los coyotes levantarse repentinamente y correr hacia la espesura, sin que uno solo quedara en el mismo sitio.

¿Sería esto una ilusión? Armando dudó que fuese una realidad: había comenzado á creer que tenía trastornado el cerebro.

Pero de aquello no se podía dudar: allí no quedaban ya coyotes. ¿Qué podía haberles aterrorizado?

Al suponer cuál sería la causa, escapóse un grito de sus labios. Sin duda, había vuelto

Entre el follaje del chaparral distinguió la piel manchada y las esbeltas formas de un animal que no podía confundirse con otro.

Era el tigre del Nuevo Mundo, casi tan terrible como su congénere del antiguo continente: era el feroz jaguar.

Su presencia explicaba la retirada de los coyotes.

No podía dudarse acerca de sus intenciones: él también había olfateado la sangre, y avanzaba presuroso hacia el sitio donde se vertió,



El jaguar lanzó un rugido espantoso...

Tara, y tal vez iba Felim con él, pues había transcurrido tiempo suficiente para llevar el mensaje. Hacía dos horas que le sitiaban los coyotes.

Apoyóse en la rodilla útil, se inclinó sobre la rama y dirigió una mirada á su alrededor.

No se divisaba hombre ni perro alguno: sólo se veía la espesura del chaparral.

Bajó del árbol, y dirigióse á la orilla del agua con ánimo de beber.

Antes de hacerlo miró á su alrededor una vez más: ni aun el tormento de la sed le hacía olvidar la sorpresa que le causaba el hecho ocurrido. ¿A quién debía otra vez la salvación?

A pesar de su esperanza de que fuese el perro, no dejaba de experimentar inquietud, y bastóle una mirada para reconocer que había fundado motivo.

con ese aire resuelto que indicaba que no se satisfaría hasta después de participar del banquete.

La fiera tenía fijas sus miradas en el hombre que había bajado del árbol, y encaminábase hacia él, al principio con lentitud y agachado el cuerpo; pero después más rápidamente, cual si se preparase á saltar.

Retirarse de nuevo al árbol habría sido una locura, pues el jaguar trepa como un gato, y harto lo sabía el cazador.

Pero, aunque así no fuese, el resultado era el mismo, porque ya no podía pensar en buscar aquel refugio: el animal había pasado del árbol donde antes se hallaba Armando, y no se veía cerca ningún otro donde pudiera trepar.

Por otra parte, tal era el trastorno de los sentidos del joven, así por la sorpresa de aquel

momento como por su anterior apuro, que ni siquiera se le ocurrió subir á un árbol.

Sólo un impulso maquinal le indujo á introducirse en la corriente hasta que el agua le llegó á la cintura.

Si hubiese reflexionado, habría comprendido que de nada servía esto para salvarse, porque si el jaguar trepa como un gato, nada también con la facilidad de una nutria; y tan temible es en el agua como en tierra.

Armando no hizo esta reflexión, si bien sospechaba que la corriente á cuyo centro acababa de llegar no le libraría del ataque.

Muy pronto pudo convencerse de ello al ver que la fiera, llegada á la orilla, recogió el cuerpo, tomando esa actitud que anuncia la intención de saltar.

En el momento en que la fiera iba á dar el salto, escapóse de los labios de Armando un grito de angustia.

También el jaguar lanzó un rugido espantoso, y algo le impidió caer sobre su presa; faltóle el espacio y se hundió en el agua como una masa inerte.

En el chaparral resonó al mismo tiempo un grito, que parecía un eco del que profirió el cazador, precedido de la detonación de una carabina.

Un enorme perro, saliendo de entre la espesura, precipitóse en la corriente donde el jaguar acababa de hundirse, mientras un hombre de estatura colosal avanzaba con rapidez hacia la orilla, seguido de otro más bajo que profería ruidosas exclamaciones de júbilo.

Para Armando fué todo esto más bien una visión que un hecho real y positivo; pero los últimos pensamientos de aquel día debían quedar grabados en su memoria. Su espíritu no podía resistir tan rudas pruebas, y sus sentidos le abandonaron. Quiso estrangular al fiel perro que nadaba trabajosamente á su alrededor, y rechazó los robustos brazos que, levantándole sobre el agua, le condujeron con cariñosa solicitud á la orilla.

Su espíritu había pasado de una horrible realidad á un sueño más espantoso aún, á ese sueño que llaman el delirio.

CAPITULO XVII

DE REGRESO

Los cariñosos brazos que enlazaban á Armando Lancaster eran los de Zab.

Guiado por las instrucciones escritas en la tarjeta, el cazador se dirigió apresuradamente hacia el lugar designado.

Llegó á la vista de él, y, por fortuna, á tiro del sitio, en el crítico momento en que el jaguar se disponía á precipitarse sobre su víctima.

La bala de Zab no impidió á la fiera dar el salto, que debía ser el último de su vida, pues el proyectil le atravesó el corazón.

Al precipitarse en el agua para asegurarse de que el tiro había sido certero, Zab fué ata-

cado, no por la fiera, sino por el hombre mismo á quien acababa de salvar.

Afortunadamente para Zab, Armando había dejado su cuchillo en tierra: aun así estuvo á punto de ser derribado, y sólo después de arrojar su carabina, á fin de valerse de todas sus fuerzas, pudo rechazar el inesperado ataque.

Siguióse una lucha que terminó, al fin, sujetando Zab al joven cazador y conduciéndole á la orilla.

Mas no paró aquí la cosa: tan pronto como Armando se vió libre de los brazos que le sujetaban, dirigióse hacia el árbol con tanta rapidez como si ya no le impidiese andar la pierna contusa.

Zab sospechó su intento, al ver la hoja ensangrentada del cuchillo que estaba junto al capote: Armando trataba, sin duda, de apoderarse del arma.

Pero Zab dió un salto, y, sujetando una vez más entre sus brazos al loco, desvióle del árbol.

—¡Quita ese cuchillo de ahí, Felim!—gritó. —Escóndelo pronto. Tu joven amo ha perdido la razón: la fiebre le devora, y está delirando.

Felim obedeció al punto, y cogiendo el cuchillo lo guardó.

Sin embargo, no terminó con esto aún la lucha: el pobre joven forcejeaba con su libertador, no silenciosamente, sino profiriendo gritos y amenazas; sus pupilas giraban en sus órbitas con un brillo siniestro.

La lucha continuó por espacio de diez minutos; mas, al fin, exhaustas las fuerzas de Armando, dejóse caer sobre la yerba. Después se estrameció su cuerpo; de su oprimido pecho escapáronse suspiros ahogados, y, por último, permaneció inmóvil, cual si se hubiera extinguido la última chispa de su existencia.

Creyéndolo así Felim, comenzó á proferir lúgubres gritos de dolor.

—¡Cállate, condenado animal!—exclamó Zab. —Chillas lo bastante para acabar con su vida. Tan muerto está como tú: sólo se ha desmayado, y por la manera que tuvo en sacudirme, supongo que aún alienta. No, —continúa Zab, después de examinar rápidamente á Armando;— no veo herida alguna que valga la pena de hablar de ella; la rodilla está muy hinchada, pero la pierna no está rota, pues, de lo contrario, no habría podido sostenerse con ella. En cuanto á los arañazos, no valen gran cosa. ¿Quién se los habrá inferido? Seguramente no fué el jaguar; parecen más bien los de un gato montés. ¡Ah! Ya lo veis: aquí ha habido un poco de lucha antes de que llegara el jaguar. El joven fué atacado, sin duda, por los coyotes. ¿Quién había de creer que esas cobardes alimañas tendrían la audacia de acometer á un ser humano? No era posible que lo hicieran sino con el que se hallara en tan crítica situación. ¡Malos diablos se los lleven!

El cazador hablaba solo, pues Felim, alborozado al saber que aún vivía su amo, y, sobre todo, que no estaba en peligro de muerte, comenzó á dar gritos de júbilo, saltando y bailando sobre la verde alfombra de césped; y ex-

citado el perro Tara con el ejemplo, quiso acompañar á Felim imitándolo á su manera: hubiérase dicho que ambos bailaban una especie de jig irlandés.

Zab no hizo caso de estas grotescas demostraciones, é, inclinándose una vez más sobre su pobre amigo, prosiguió el examen comenzado.

Convencido de que no había ninguna herida grave, púsose en pie, y comenzó á inspeccionar todos los objetos que le rodeaban. Había fijado su atención en el sombrero de paja, que

plicación del misterio ó serie de misterios que le confundían.

Al mirar en el interior del sombrero leyó dos nombres: el primero era el del fabricante de Nueva Orleans; y el segundo, escrito en una tarjeta, el de una persona que conocía muy bien:

«ENRIQUE COXE»

Después se fijó su atención en el capote: tam-



Era ya de noche cuando el grotesco grupo llegó al jacalé

aún conservaba puesto Armando, y, al mirarle de nuevo, cruzó por su mente una idea singular.

Los sombreros de Guayaquil, erróneamente llamados de Panamá, no dejaban de ser comunes en el país: muchos habitantes del Sur los usaban, lo mismo en Tejas que en otras partes; pero Zab sabía que el joven cazador solía llevar sombrero mejicano, cuyo corte es muy distinto. Podía ser, no obstante, que Armando hubiera querido cambiar.

Mirando siempre al sombrero, Zab acabó por figurarse que lo había visto en otra cabeza.

Sin sospechar ni remotamente que no fuese legítima posesión del que entonces lo llevaba, cogiólo para examinarlo.

No era su objeto otro sino buscar alguna ex-

bién presentaba señales por las que se podía reconocer que pertenecía al mismo dueño.

—Hé aquí una cosa endiabladamente extraña,—murmuró Zab, con la vista fija en el suelo y entregado, al parecer, á profundas reflexiones.—Sombreros, cabezas, cambios, y ¡qué sé yo cuántas cosas! ¡Vamos: no lo entiendo! ¡Sombreros en cabezas que no deben llevarlos, cabezas fuera de su sitio!... ¡Por el Eterno! Debe haber habido algún trastorno grave. A no ser por lo que me duele el ojo izquierdo, de resultas del puñetazo que me dió el joven, aún dudaría yo también si está mi cabeza sobre los hombros. En fin, es inútil esperar de él explicación, por lo menos hasta que salga de su delirio. ¿Cuándo será? ¡Dios lo sabe!... Vaya: de nada sirve permanecer aquí: es preciso condu-

cirle á la choza, y para esto se ha de cargar con él, pues decía en la tarjeta que no le era posible dar un paso. Sólo el hambre le ha sostenido un poco. Parece que la pierna se pone cada vez peor. ¡Vamos: no hay más remedio que cargar con él!

El cazador permaneció un momento silencioso, reflexionando, sin duda, sobre el medio de realizar su proyecto.

—No se puede esperar que él ayude mucho,—continuó Zab, fijando su mirada en Felim, que seguía entretenido con Tara;—el animal mudo tiene mejor sentido que ese estúpido criado. No importa: ya le haré yo cargar con la mayor parte del trabajo cuando llegue el momento. Pero ¿cómo ha de hacerse la cosa? Es preciso formar unas angarillas, lo cual creo fácil conseguir con un par de troncos, la capa y la manta que ha traído Felim. ¡Sí, eso es: unas angarillas! Esta es la mejor idea.

Así diciendo, Zab llamó á Felim para que le ayudara.

Los dos hombres cortaron al punto dos gruesas ramas de un árbol, limpiándolas perfectamente, y buscaron después otras dos más cortas, para cruzarlas en sentido transversal. Sobre esto se puso primero la manta, y después el capote, para que el todo tuviera más consistencia.

De este modo se improvisaron unas toscas angarillas para conducir al herido.

Pero no debían emplearse dos hombres para transportarlas, según es costumbre: el cazador había tenido la idea de valerse de su caballo y de Felim, debiendo ir éste detrás y el cuadrúpedo delante.

Zab guardó pues su promesa, ocupando al criado de aquel modo: el cazador reservó para sí las funciones más cómodas: de guía.

La idea no era del todo original: recordaba en cierto modo la litera mejicana que Zab había visto en el S. de Tejas, con la diferencia de que, en vez de emplearse dos mulas, hacían sus veces un hombre y una yegua.

En aquella improvisada camilla fué trasladado Armando á su vivienda.

.....
Era ya de noche cuando el grotesco grupo llegó al jacalé.

Entre robustos, aunque cariñosos brazos, el herido fué trasladado desde la camilla al lecho de pieles, dónde tenía costumbre de reposar.

No sabía dónde se hallaba, ni tampoco que tenía á su lado personas amigas, pues su cerebro seguía trastornado; pero ya no se manifestaba la violenta agitación de antes: acababa de entrar en un período de calma.

Aunque no podía contestar á las bondadosas preguntas que le dirigieron, no permanecía, sin embargo, silencioso. A intervalos se obtenía del herido una respuesta, pero incoherente é inexplicable. Con más frecuencia escapábanse de sus labios palabras sueltas de cierta gravedad.

Sus heridas fueron curadas toscamente, del mejor modo que pudieron hacerlo sus compañeros; y ya no quedó otra cosa que hacer sino esperar la luz del día.

Felim fué á dormir á su acostumbrado lecho, mientras Zab permaneció al lado del paciente.

No procedió así Felim por indiferencia á su amo, sino porque Zab le aconsejó que fuera á descansar, diciéndole que no era necesario que velasen dos.

El viejo cazador tenía sus razones para ello: parecíale conveniente que Felim no oyese ninguna de las extrañas palabras pronunciadas por el enfermo en su delirio: mejor era que sólo él las escuchara.

Y, para esto, sentóse á la cabecera del lecho de Armando, donde permaneció toda la noche.

Allí pudo oír palabras que le sorprendieron, y nombres que ya conocía. No le extrañó que el paciente pronunciara el de Luisa, repetido á menudo con ardientes protestas de amor; pero desagradóle oír también el de Enrique Coxe, con frases inexplicables.

Algunas veces, las palabras eran sueltas, incongruentes, y casi ininteligibles; pero, comparando unas con otras, relacionándolas entre sí, y con el auxilio de los datos que ya conocía, Zab pudo convencerse, antes de que la luz del nuevo día penetrara en el jacalé, de que el joven Enrique no pertenecía ya al mundo de los vivos.

CAPITULO XVIII

CASTIGO

D. Silvio Martínez era uno de los pocos mejicanos ricos que prefirió quedarse en Tejas después de la conquista de este país por los vigorosos pobladores del Norte.

Habitaba una casa espaciosa, rectangular, de un solo piso y rodeada de extensos corrales.

El anciano hacendado, que era solterón, observaba una vida tranquila, complaciéndole en cierto modo la soledad. Una hermana de más edad que él era su única compañía, excepto cuando su encantadora sobrina cruzaba el Río Grande para hacerle una visita. Sólo entonces reinaba alguna más animación en el domicilio de D. Silvio Martínez.

Isidora, así se llamaba la sobrina, era bien recibida siempre que se presentaba, iba y venía á su antojo, y permitíasele satisfacer todos sus caprichos durante su permanencia en la casa. El carácter alegre y vivaracho de la joven no disgustaba al anciano hacendado, cuyo carácter no era nada sombrío ni taciturno. Ciertos rasgos que en otros muchos países parecerían demasiado varoniles no llamaban la atención en aquél, donde la vida es tan precaria, donde la casa habitación se transforma á menudo en fortaleza y se riega la tierra con la sangre de sus moradores.

El anciano D. Silvio amaba á su linda sobrina como á una hija propia, y, aunque lo hubiera sido, no podía tener ésta más seguridad de heredar sus posesiones.

Harto comprendían todos que cuando D. Silvio Martínez pasase á mejor vida, Isidora Co-

varrubias de los Llanos sería la propietaria de las tierras y del ganado de su tío.

Sentado esto, inútil es añadir que la señorita Isidora era respetada por dondequiera que iba, y que los servidores de la hacienda Martínez la consideraban como su futura dueña.

Prescindiendo de todo esto, dispensábanle atenciones, porque sus cualidades eran precisamente las más propias para captarse el aprecio de la gente del país; y de todos los que la conocían, no había, seguramente, uno solo que

Imitando la franqueza del carácter de Isidora, digámoslo de una vez.

Venía tan á menudo al Leona con la esperanza de encontrar á Armando Lancaster.

Con la misma franqueza podemos declarar que le amaba.

No había la menor duda: el joven cazador poseía su corazón. Como ya sabemos, le cautivó á consecuencia de un favor que tuvo ocasión de prestar á Isidora.

Esta quedó prendada del joven, más que por



—¡Qué encuentro tan oportuno! Allí veo á mi hombre

no estuviese dispuesto á desenvainar el machete para esgrimirlo en su defensa [hasta] perder la vida."

Miguel Díaz no se engañaba al decir que estaba en peligro: bien podía creerlo así. Si hubiera querido Isidora recurrir á los vaqueros de su tío para castigarle, pronto se hubiera hecho, aunque se tratara de colgarle del árbol más próximo.

No era de extrañar, por lo tanto, que se diera prisa en alejarse de aquel sitio.

Según se ha dicho, la verdadera casa de Isidora estaba al otro lado del Río Grande, á unas sesenta millas de la hacienda Martínez; pero esta distancia no impedía á la joven hacer frecuentes visitas á sus parientes del Leona.

Estas visitas se repetían últimamente más de lo ordinario.

¿Habría cobrado más afición á la sociedad de sus parientes de Tejas? Y si no era esto ¿cómo se explicaba el motivo?

el servicio en sí, por su galantería. Sabía que le amaba y estaba resuelta á confesárselo francamente. De aquí la cita que no pudo efectuarse.

En aquella ocasión, Miguel Díaz se había interpuesto entre ella y su deseo.

Así discurría, mientras se alejaba con su caballo á galope, en dirección á la hacienda de su tío.

Inclinada sobre el cuello de su caballo gris, Isidora va con la cabeza descubierta; sus ricas trenzas negras penden sobre sus hombros, y no lleva ya abrigo ninguno, porque le ha dejado en la colina juntamente con su sombrero.

Sus ojos brillan por efecto de la excitación, y tiñe sus mejillas el más vivo carmín.

Conocida es la causa.

No ignoramos tampoco por qué cabalga tan apresuradamente, pues ella misma lo ha declarado.

Al aproximarse á la casa, Isidora recoge las riendas, á fin de acortar el paso de su caballo, y poco después detiénese en medio del camino.

La joven mejicana ha variado de pensamiento, ó reflexiona tal vez sobre lo que debe hacer.

—Después de todo,—murmuró,—tal vez sea mejor no apoderarse de él, porque entonces habría un gran escándalo; mientras que hasta ahora no sabe nadie... Además, ¿qué podría decir yo, siendo el único testigo? ¡Ah! Si yo refiriera á esos valerosos tejanos toda la historia, mi solo testimonio sería suficiente para que le castigaran con dura mano; pero no: dejémosle que viva. Aunque sea un ladrón no le temo; y, por otra parte, después de lo ocurrido, no creo que piense en acercarse á mí. ¡Virgen santa! ¡Cuando pienso que ese hombre ha podido inspirarme simpatías! ¡Vamos! Enviaré á alguno para que le desate, á uno que sepa guardar el secreto. Y ¿á quién? A Benito el mayordomo, que es fiel é intrépido. ¡Qué encuentro tan oportuno! Allí veo á mi hombre, que, según costumbre, está muy ocupado en contar sus reses. ¡Benito! ¡Benito!

—A vuestras órdenes, señorita.

—Amigo Benito, voy á pedirte un favor. ¿Consentirás?

—Podéis mandar, señorita,—replica el mayordomo inclinándose.

—No se trata de mandar, Benito: sólo quiero que me hagas un favor.

—Estoy á la disposición de la señorita.

—¿Sabes dónde está la colina á cuyo pie confluyen los tres caminos?

—La conozco tan bien como el corral de la hacienda.

—¡Bueno! Ve allí al instante: encontrarás un hombre tendido en tierra y sujeto con un lazo: desátale y déjale que se vaya. Si ha recibido daño á consecuencia de la caída, haz lo posible para curarle; mas no le digas que te envió yo. Tal vez conozcas al hombre, y creo que sí; pero esto no importa. No le hagas preguntas, ni contestes á las suyas si te dirige alguna. Tan pronto como le veas de pie, déjale en libertad de hacer lo que más le plazca. ¿Me entiendes?

—Perfectamente, señorita. Serán obedecidas vuestras órdenes al pie de la letra.

—Gracias, buen Benito: el tío Silvio te lo agradecerá, aunque no debes hablarle sobre esto: ya se lo diré yo. Si no... si no... ¡Bien! Dentro de pocos días se necesitará un mayordomo en uno de los establecimientos de Río Grande, un hombre dotado de tus cualidades, y puedes estar seguro que me acordaré de ti.

—¡Muy bien! Todo el mundo sabe que doña Isidora es tan amable como hermosa.

—¡Gracias, gracias! ¡Ah! Otra advertencia. El servicio que vas á prestarme no ha de ser conocido sino de tres personas, y la tercera es aquella á quien vas á socorrer. ¿Conoces las dos?

—Lo comprendo, señorita. Se hará como deseáis.

El mayordomo se pone en marcha, é inútil

parece decir que á caballo, pues los hombres de su profesión rara vez van á pie, ni aun para una jornada de media legua.

—¡Espera!—exclama Isidora deteniendo su montura.—Se me olvidaba decirte otra cosa. Encontrarás en el sitio un sombrero y una manta; ambos objetos son míos, y necesito que me los traigas. Te esperaré aquí mismo, y saldré á tu encuentro.

El mayordomo se inclina profundamente y aléjase de nuevo; pero otra vez le llama Isidora, haciéndole señal de esperarse.

—He pensado,—le dice,—que será mejor que yo te acompañe. ¡Vamos!

Benito no se sorprende por aquel capricho de su ama: sin hacer la menor pregunta, obedece en silencio, y los dos continúan la marcha.

Isidora va algunos pasos detrás: tiene sus razones para romper con la costumbre aristocrática.

Benito se ha equivocado en su manera de pensar: no es á un capricho á lo que debe la compañía de su señorita: ésta tiene un poderoso motivo para volver al lugar de la ocurrencia.

Ha olvidado algo más que su sombrero y su manta: ha dejado allí aquella cartita que tanto excitó su enojo.

El servidor no ha merecido completamente la confianza de su señora, sin duda porque la cosa es demasiado delicada: podría resultar un escándalo más grave aún que la disputa con Miguel Díaz.

Isidora vuelve con la esperanza de recoger aquella malhadada epístola. ¡Qué estupidez no haber pensado en ello antes!

¿Cómo habría caído en manos del *Coyote*? Sólo José pudo dársela.

¿Era su criado un traidor, ó le habría encontrado Díaz en el camino, y obligádole á entregársela?

A cualquiera de estas preguntas se podría contestar afirmativamente.

En Díaz era bastante natural semejante acto; y en cuanto á José, no era la primera vez que había tenido motivos para sospechar de su fidelidad.

Así reflexionaba Isidora al bajar por la pendiente que conducía á la orilla del río.

Al fin, llegan á la cima de la colina: Isidora va ya al lado del mayordomo.

Allí no está Miguel Díaz, ni se ve hombre alguno; y lo más triste para la joven es que la carta ha desaparecido igualmente.

Lo único que encuentran es el sombrero, la manta y el lazo cortado.

—Ya puedes irte, Benito,—dice Isidora,—pues el hombre caído del caballo debe haber recobrado el sentido, y, seguramente, se ha marchado. ¡Alabada sea la Virgen! De todas maneras, Benito, no olvides que *exijo el secreto del mismo modo*. ¿Me entiendes?

—Perfectamente.

El mayordomo emprende la marcha, y no tarda en perderse de vista.

La joven mejicana queda sola una vez más.

Deslizándose de la silla, vuelve á ponerse el sombrero y la manta y representa otra vez el bello ideal del joven hidalgo.

Después se acerca á su caballo distraída, cual si sus pensamientos estuviesen lejos de allí: apoya perezosamente su pie en el estribo, y permanece en esta situación un momento.

Apenas acaba de montar, ve llegar con paso presuroso al traidor José.

La joven le interroga sobre la carta.

—¿Qué has hecho con ella, tunante?—le pregunta con acento de enojo.

—Ya la entregué, señorita.

—¿A quién?

—La dejé en... en... la posada,—replica José balbuceando y palideciendo.—D. Armando no estaba.

—¡Mientes! ¡Se la has dado á Miguel Díaz! No lo niegues: yo lo he visto.

—¡Oh señorita! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡No soy culpable! ¡Creed que no lo soy!

—¡Estúpido! Debías haber forjado tu mentira mejor. Tú mismo te has descubierto. ¿Cuánto te ha dado D. Miguel por tu traición?

—Juro que no ha sido traición. Él... él me obligó á que se la diese con amenazas y golpes. No me dió nada.

—¡Pues ahora recibirás! En primer lugar, quedas despedido, y, en segundo, ¡toma, toma y toma!

Y al mismo tiempo que pronuncia estas palabras, Isidora descarga diez veces su látigo sobre las espaldas de su infiel mensajero.

Este trata de escapar; pero inútilmente: el temor de ser atropellado por el caballo le induce á detenerse.

Y hasta que la bronceada piel del criado se cubre de azuladas manchas, no cesa el castigo.

—Ahora, bribón,—grita Isidora,—¡fuera de mi vista cuanto antes! ¡Al monte! ¡Al monte!

No necesitó José que le repitieran la orden: semejante á un gato escaldado, huyó precipitadamente, dándose, por muy contento con poder ir á ocultar su persona y su vergüenza entre la sombra del chaparral.

Isidora permanece algunos momentos más en el mismo sitio, y á su enojo sucede una profunda pena.

No sólo se ha frustrado su intento, sino que el secreto de su corazón es conocido de traidores.

Al fin, encamina de nuevo su caballo hacia la casa, y llega á tiempo para presenciar un curioso espectáculo.

Todos los habitantes de la hacienda, peones, vaqueros y dependientes corren de un lado á otro, desde el campo al corral, y desde el corral al patio, repitiendo á cada instante exclamaciones de terror.

Los hombres se arman apresuradamente; las mujeres piden de rodillas protección á la Virgen, por la intercesión de todos los santos.

—¿Cuál es la causa de todo ese trastorno?—preguntó Isidora, deteniéndose delante del mayordomo, que es el primero á quien encuentra.

—Han asesinado á un hombre, no sé en qué

sitio de la pradera,—contesta Benito.—La víctima es un individuo de la familia que hace poco tomó posesión de la Casa de la Curva: es el hijo del hacendado americano, y asegúrase que los indios son los autores del crimen.

¡Indios! Esta palabra explica por sí sola la excitación que reina entre los servidores de D. Silvio, y también las oraciones de las mujeres y los preparativos belicosos de los hombres.

El hecho de haberse asesinado á un hombre no habría producido por sí solo la menor agitación, sobre todo siendo la víctima un extranjero.

Pero la noticia de que los indios han intervenido en el hecho, es una cosa muy distinta, porque lleva consigo la idea del peligro.

Sin embargo, esta circunstancia produce en Isidora un efecto diferente, y no es el temor á los salvajes lo que la inquieta.

El nombre del asesinado despierta en ella pensamientos enojosos: sabe que hay una hermana, cuya maravillosa hermosura celebran todos; la ha visto y no puede menos de reconocerlo así.

Otro detalle afige más á Isidora, y es que la sin par doncella ha sido vista acompañada de Armando Lancaster: más le importa esto que la muerte de su hermano, y muy pronto deja de pensar en este último incidente, con tanta más razón cuanto que no conoce á la víctima.

Pocas horas después, esta indiferencia se convierte en doloroso interés, ó, mejor dicho, en viva inquietud.

Se han recibido nuevos detalles acerca del crimen: asegúrase que no son los comanches los autores, sino un hombre blanco.

Dícese que es Armando el cazador.

En cuanto á los indios, no han sido vistos.

Este último detalle, que tranquiliza á los servidores de D. Silvio, produce un efecto contrario en su sobrina; desde el momento en que circula este rumor, ya no puede estar tranquila; y media hora después se le ve apearse de su caballo frente á la hospedería del pueblo.

Hace ya algunas semanas que Isidora se ha dedicado al estudio de la lengua americana; su vocabulario de palabras inglesas es aún escaso, pero suficiente para su propósito del momento, que se reduce á tomar informes, no acerca del asesinato, sino del hombre á quien se acusa de haberlo cometido.

El dueño del establecimiento, sabiendo ya quién es Isidora, contesta á sus preguntas con obsequiosa cortesía.

La joven averigua entonces que Armando no habitaba ya en la casa y toma conocimiento de todos los detalles del crimen, conocidos de nuestros lectores.

Después, contristado el corazón, Isidora se dirige á la hacienda Martínez.

Al llegar á la casa, ve que se ha turbado la tranquilidad nuevamente: la causa de la agitación podría creerse esta vez imaginaria; pero no la consideran como á tal los supersticiosos peones.

Circula un extraño rumor: se ha visto á un hombre descabezado recorrer la llanura en las inmediaciones del río de las Nueces.

El sol se pone cuando circulan con insistencia todos esos espantosos rumores.

Pero ni esto, ni las protestas de D. Silvio y de su hermana bastan para impedir á su caprichosa sobrina que lleve á cabo una resolución repentinamente adoptada, y la cual se reduce á marchar otra vez á Río Grande.

Poco le importa que se haya cometido un asesinato en el camino que debe recorrer, y mucho menos que en él se haya visto la terrible aparición del jinete sin cabeza. Lo que á otro viajero le causaría pavor, parece atraer más á Isidora.

Hasta se propone hacer *sola* el viaje.

D. Silvio le ofrece una escolta de ocho ó diez vaqueros armados hasta los dientes; pero la joven rehusa.

¿Irá con Benito?

No: prefiere hacer el viaje completamente sola.

Es cosa resuelta, y no retrocederá.

A la mañana siguiente, la joven pone por obra su proyecto: apenas raya el día, monta en su caballo, y en menos de dos horas después, está muy lejos, avanzando, no por el camino que conduce directamente á Río Grande, sino por las orillas del Álamo.

¿Por qué se desvía así de la línea recta? ¿Se ha extraviado, por ventura?

No lo parece, pues el semblante de Isidora expresa profunda melancolía, mas no inquietud; y, por otra parte, su caballo avanza confiadamente, como guiado por la rienda.

Isidora no se ha extraviado, y, de consiguiente, no equivoca el camino.

¡Mucho mejor resultaría para ella que así fuese!

CAPITULO XIX

TIRO INÚTIL

Toda la noche estuvo el inválido despierto, tranquilo algunas veces y poseído otras del paroxismo de una pasión inconsciente.

También Zab permaneció toda la noche á la cabecera del lecho, escuchando las incoherentes palabras del enfermo.

Estas palabras confirmaban dos puntos ya conocidos, ó, mejor dicho, sospechados de Zab; á saber: que Luisa Coxe era amada y que su hermano debía haber muerto asesinado.

Bajo cualesquiera circunstancias hubiera sido esta última creencia penosa para el cazador; pero, relacionada con los hechos ya de él conocidos, era angustiosa.

Pensó en la disputa, en el sombrero y la capa, y estremeciéndose al hacer sus reflexiones en el laberinto de oscuras ambigüedades en que vagaba su espíritu. Jamás en su vida había sido tan inútil su facultad de analizar los hechos, y no podía menos de suspirar con dolor al reconocer su impotencia.

No se cuidó de vigilar la entrada, pues *harto* sabía que cuando *ellos* llegasen sería de noche.

No salió más que una vez, pero ya comenzaba á rayar el día: era la hora en que la luz solar se confunde con la de la luna.

Había llamado su atención un rumor: Tara, echado entre los árboles, lanzó de pronto un aullido, y volvió corriendo á la cabaña con aire de espanto.

Zab apagó entonces la luz, salió fuera y escuchó atentamente.

Los rumores nocturnos del bosque habían cesado de pronto; pero tal vez fuera debida la causa al aullido del perro. ¿Qué podía ser sino?

El cazador fijó primero su mirada en el prado, y después en el lindero de la espesura y en la sombra de los árboles.

No se veía nada de particular.

Entonces miró hacia el declive del barranco, que formaba una oscura línea, interrumpida sólo por las copas de los árboles; divisábase un claro de corta extensión, que, según recordaba Zab, era el lindero de la meseta superior, que terminaba el borde del precipicio.

La línea que separaba el claro de lo oscuro se distinguía perfectamente, gracias á la luz de la luna: hasta se hubiera podido ver una serpiente que se arrastrara por allí.

Zab no observó nada; pero, en cambio, pudo oír.

Cuando escuchaba más atentamente, percibió un sonido como el que puede producir las herraduras de un caballo al chocar con una piedra suelta.

De entre los árboles acababa de salir un caballo con su jinete: su oscura silueta se destacaba muy bien bajo el claro azul del cielo.

La figura del cuadrúpedo era perfecta; la del hombre no se veía sino desde la silla hasta los hombros; las piernas se perdían en la sombra del caballo; mas el brillo de los estribos indicaban su existencia. En la parte superior no se distinguía nada semejante á una cabeza.

—¡Ea! Acerquémonos á ese espantajo, sea quien fuere, y así podremos examinarle mejor, —exclamó Zab.

Así diciendo, salió de entre los árboles, avanzando hasta el sendero.

No tuvo necesidad de volver en busca de su carabina, pues habíala cogido al oír el aullido del perro.

Si el jinete sin cabeza era de carne y hueso, de este mundo y no del otro, Zab podía confiar en verle otra vez.

Desde la puerta del jacalé observó que seguía la línea recta hacia el barranco, que permitía el paso desde la meseta superior á las tierras inferiores del Álamo; y como Zab iba á tomar el mismo camino, á menos que el otro cambiase entretanto de dirección, ó pusiera su caballo al galope en vez de continuar al paso, el cazador debía salirle forzosamente al encuentro.

Antes de marchar, Zab calculó la distancia que debía recorrer y el tiempo que emplearía en ello.

Su apreciación resultó completamente exacta: al llegar al punto calculado, vió los hombros del jinete.

Dando un paso más, distinguió el cuerpo, y un segundo después vió todo el caballo, desde la cabeza hasta los cascos.

El jinete se había detenido, y lo mismo hizo Zab: hallábase frente al barranco, sin duda con la intención de bajar al desfiladero; hubiérase dicho que el desconocido se paraba por precau-

Al volver Zab al jacalé, penetraba ya en él la azulada luz de la mañana.

Era hora de despertar á Felim, para que fuera á su vez á cuidar al inválido.

El criado, recobrado del todo de su borrachera, y reconociendo que había faltado hasta cierto punto á su deber, mostróse muy bien dispuesto á cumplir con aquella obligación.

Antes de que Felim entrase á desempeñar su encargo, Zab hizo la cura á Armando, utilizan-



El cuadrúpedo emprendió el galope, dejando á Zab poseído de la más profunda sorpresa

ción, ó que acababa de oír al cazador trepando por el declive.

Sin vacilar un punto, Zab apoyó en el hombro la culata de su carabina, cuyo cañón, iluminado en aquel momento por la luz de la luna, apuntaba con singular precisión al pecho del jinete sin cabeza, y disparó.

El único efecto producido por el tiro fué, al parecer, el espanto del caballo: el jinete permaneció firme en la silla.

Y aún no se podía asegurar que el caballo se hubiese espantado: el relincho que contestó á la detonación de la carabina parecía tener cierta entonación burlesca.

Pero, como quiera que fuese, el cuadrúpedo emprendió el galope, dejando á Zab poseído de la más profunda sorpresa que había experimentado en su vida.

Después de descargar su carabina, continuó de rodillas un momento.

Por fin, logró recobrar valor suficiente para ponerse en pie y dirigirse á la cabaña.

do los conocimientos que le había proporcionado una larga experiencia en la farmacopea del bosque.

Allí cerca crecía el nopal, y su jugo, introducido en las heridas, no dejaría de producir un rápido y benéfico efecto.

Zab sabía que, veinticuatro horas después de aplicar el remedio, las heridas estarían en vía de curación, y cicatrizadas á los tres días.

Poseído de esta confianza, común á todos los habitantes de Méjico, no pensó en médico alguno: si hubiese podido encontrar á mano una docena, no habría consultado uno solo, porque estaba seguro de que ningún peligro amenazaba á Armando, al menos por sus heridas.

Si había riesgo, sería de otro género.

—Y ahora, Sr. Felim,—dijo Zab al criado al terminar sus operaciones quirúrgicas,—hemos hecho por este hombre todo cuanto es posible, por lo que toca al exterior; pero también se debe pensar en el interior. ¿Dices que no hay nada de comer por ahí?

—Ni siquiera una patata, Sr. Zab; y, lo que es peor, nada para beber: no queda ni una gota en toda la cabaña.

—¡Maldito! ¡Tú tienes la culpa!—replicó Zab, dirigiendo al criado una mirada de cólera, que indicaba que él también sentía la falta. —Si no fuera por ti, habría suficiente bebida hasta que tu amo se restableciera. Y ¿qué hemos de hacer ahora?

—¡Pardiez, Sr. Zab! No me echéis á mí toda la culpa. Yo bebí solamente lo que había en el frasco: *esos indios fueron los que apuraron el contenido de la damajuana*. Os digo la verdad.

—¡Bah! No es posible que te hubieras embriagado con el contenido del frasco: te conozco demasiado bien para que me lo hagas creer así. Debes haber acariciado también la damajuana.

—¡Por todos los santos os juro que...!

—¡No me vengas ahora con tus santos! ¿Crees, por ventura, que yo hago caso de eso? En fin: no se hable más del asunto, porque es inútil; te has bebido todo el aguardiente y ya no tiene remedio; y como sería necesario recorrer una distancia de veinte millas más, prescindamos de él.

—¡Jesús me valga! Eso será intolerable.

—¡Vaya! Levanta esa cabeza, y escucha bien lo que voy á decirte. Podremos pasar sin bebida; pero no hay razón para que nos estemos sin comer. No me cabe duda que tu joven amo lo necesita tanto como nosotros: seguramente, tendrá la cabeza más llena que el estómago. En cuanto á mí, me agujonea tanto el hambre, que me avendría á comer carne de coyote, y no aseguro que rechazaría la de bucardo, que es mucho peor; pero esto no es necesario donde se puede cazar un buen pavo, sobre todo cuando abundan tanto en estos alrededores. Tú te estarás aquí, cuidando del enfermo, mientras yo voy á dar una vuelta para ver si cazo alguna cosa.

—Así lo haré, Sr. Zab: podéis confiar en mí...

—¡Cállate hasta que yo acabe de hablar!

—¡Pardiez! Ya no diré una palabra.

—Muy bien. Entonces, límitate á escuchar, porque debes comprender, sin equivocarte, lo que te voy á decir. Si alguno viniese por aquí durante mi ausencia, conviene que me avises al punto, sin perder un solo momento.

—Así lo haré.

—¿Puedo confiar en ti?

—Estad tranquilo, Sr. Zab; pero ¿cómo os avisaré si estáis fuera del alcance de la voz?

—¡Oh! Yo no trato de alejarme mucho, pues á esta hora de la mañana pienso encontrar pavos aquí cerca. Sin embargo,—añadió Zab, después de reflexionar un momento,—podría suceder que no los encontrase. ¿No tienes por ahí alguna carabina, siquiera una pistola?

—Ni una cosa ni otra. El amo se llevó sus armas cuando se marchó.

Eso es enojoso, pues tal vez no podría oír tu llamamiento.

Zab, que había salido ya á la puerta, y que parecía reflexionar, exclamó después de una breve pausa:

—¡Ah! Ya tengo la idea. ¿No ves mi vieja yegua que está paciéndose allá abajo?

—Sí, Sr. Zab, la veo.

—¿No reparas que junto á ella hay un cacto?

—Sí, señor.

—Muy bien. Pues oye con cuidado lo que voy á decirte. No dejes de vigilar la puerta; y si llega alguno mientras yo esté ausente, corre hasta el cacto, corta una de sus ramas más agudas, é introduce la punta debajo de la cola de la yegua.

—¡Madre de Moisés! ¿Para qué he de hacer eso?

—Vaya: después de todo, mejor será que te lo explique,—replicó Zab con aire reflexivo,—pues, de otro modo, podrías hacer algún disparate. Debes comprender, ante todo, que si llega alguno durante mi ausencia, convendría que yo esté aquí. No pienso ir muy lejos; pero tal pudiera suceder que no oyese tu llamada, y para evitarlo debemos valernos de la yegua. Tú introducirás la rama del cacto junto á la raíz de la cola; y si no relincha con bastante fuerza para que yo la oiga, bien puedes decir que he perdido el seso, ó que tengo las piernas clavadas en alguna parte. Conque, así, Felim, quedamos en que harás puntualmente lo que yo te digo.

—Os lo prometo.

—Confío en ello; y advierte que de esto depende la vida de tu amo.

Así diciendo, el cazador se echa al hombro su larga carabina y sale de la cabaña.

—¡Qué hombre tan particular!—murmura Felim mientras se aleja Zab. —¿En qué se fundará para decir que el amo se hallará en peligro si llega alguno de fuera, y que de ello dependerá su vida? A fe mía que eso es lo que ha dicho. También me ha encargado que vigilara la entrada. Supongo que será mejor comenzar desde luego.

Al pronunciar estas palabras, Felim sale á la puerta, y comienza á inspeccionar todos los senderos por donde se puede llegar al jacalé.

Pasado un momento, se sienta y continúa espionando atentamente.

CAPITULO XX

AVISO

No duró mucho tiempo la vigilancia de Felim.

Apenas hacía diez minutos que acechaba, cuando reconoció, por el ruido de las pisadas de un caballo, que alguien se acercaba á la cabaña.

El corazón del criado palpó con violencia.

Los árboles, muy apiñados en aquel punto, impedíanle ver quién era el jinete, y no podía averiguar qué clase de persona sería la que iba á visitar el jacalé; pero las pisadas del caballo le indicaron que sólo venía una, y esto era precisamente lo que inquietaba más á Felim. No le habría alarmado tanto oír los pasos de muchos caballos; y como no esperaba ya á su amo, faltábale valor para ver por segunda

vez al jinete que tanto se le parecía en todo menos en la cabeza.

Su primer impulso fué cruzar el prado y cumplir con la orden de Zab; pero su indecisión le detuvo el tiempo suficiente para que pudiera ver que su temor era infundado. El jinete desconocido tenía cabeza.

—No me cabe la menor duda,—murmuró al ver al jinete salir de entre los árboles y detenerse en el lindero del prado;—cabeza tiene y con una cara muy bonita; pero me parece que expresa profunda melancolía. Diríase que el individuo viene de enterrar á su abuela... ¡Pardiez! ¡Vaya un mozalbete! Parece que lleva bigote pintado. ¡Por San Patricio! ¡Vaya un pie diminuto! ¡Jesús me valga!... ¡Pues si es una mujer!

Mientras Felim hacía estas observaciones, mentales unas, y en voz baja otras, el jinete había avanzado dos ó tres pasos, deteniéndose luego por segunda vez.

Entonces pudo convencerse Felim de que no se había engañado en cuanto al sexo de la persona, aunque el bigotito, la manera de montar, el sombrero y la manta podían haber inducido á error á otro más perspicaz que el hijo de la verde Erin.

Aquella mujer era Isidora Covarrubias de los Llanos.

Era la primera vez que Felim veía á la doncella mejicana, y ésta no había visto tampoco nunca al original criado.

No se había equivocado éste al decir que el semblante de la joven parecía triste, pues expresaba verdaderamente una profunda melancolía.

Cuando avanzaba por debajo de los árboles hubiérase dicho que lo hacía con desconfianza; y, al acercarse al jacalé, pintóse en su rostro la sorpresa y el disgusto. No podía ser esto por la vista de la cabaña, pues ya conocía su existencia, y era, además, el punto á que se dirigía: tal vez fuese por la presencia singular del personaje que estaba en el umbral, y porque esperaba ver otro hombre.

A fin de salir de dudas, avanzó resueltamente.

—Quizás me habré equivocado,—dijo, acercándose á la puerta y procurando explicarse lo más claramente posible en lengua americana.—¿No es aquí donde vive D. Armando?

—¡D. Armando! Aquí no vive ningún *don*, ni sé qué nombre es ése. Como no os refráis á mi amo, el Sr. Armando Lancáster...

—¡Sí, eso es! El Sr. Lancáster.

—Pues si es á mi amo á quien buscáis, os diré que vive en esta cabaña cuando viene á divertirse ó á cazar caballos. No tiene esta vivienda sino para eso. ¡Pardiez! Si vierais el gran castillo en que habita cuando reside en Irlanda, y la hermosa niña de ojos azules que llora su ausencia, seguramente os causaría admiración.

Aunque la jerga de Felim era muy extraña, no dejó de comprenderla Isidora. La pasión de los celos aguza el entendimiento, y del pecho

de la joven mejicana se escapó un suspiro al oír que había una *ella*.

—No deseo ver á ninguna dama,—replicó, —sino al Sr. Lancáster. ¿Está en casa? ¿Está ahí dentro?

—¿Que si está en casa? Eso sí que es ir derecho al grano. Y, suponiendo que yo dijese que sí, ¿se puede saber qué deseáis?

—Necesito verle.

—Tal vez tengáis que esperar. Sois una bonita joven, á pesar de ese bigotillo negro que sombrea vuestro labio; pero el amo no está ahora en disposición de ver á nadie, como no sea al sacerdote ó al médico, y, por lo tanto, no podréis verle.

—Os advierto que lo deseo vivamente, amigo mío.

—Bien lo creo, pues ya me lo habéis dicho antes; pero os repito que no es posible. No es Felim hombre de negar la entrada á una persona del bello sexo, sobre todo cuando tiene unos ojos negros tan bonitos como los vuestros; mas por esta vez no es posible ver á mi amo.

—¿Por qué no?

—¡Oh! Hay más de una razón para prohibiros la entrada. En primer lugar, ya os he dicho que no está en disposición de recibir á nadie, y mucho menos á una dama.

—Pero ¿por qué?

—Porque no está decentemente vestido: sólo tiene encima la camisa y los trapos que le ha puesto el Sr. Zab. ¡Pardiez! De éstos hay suficientes para hacerle todo un traje, levita, chaleco y pantalón. Podéis creerlo.

—Amigo mío, no os entiendo bien.

—¿Que no me entendéis? Pues me parece que hablo bien claro. ¿No os digo que el amo está en cama?

—¿En cama á esta hora? Supongo que no le aquejará...

—¿Algún mal, ibais á decir? Pues yo os aseguro que le aqueja algo grave, lo suficiente para que le sea preciso estar entre las sábanas algunas semanas aún.

—¡Oh! ¡No me digáis que está enfermo!

—¡Que no os lo diga! De nada serviría ocultároslo, porque esto no le pondría mejor ni peor.

—Es decir, que ¿está enfermo, efectivamente? ¡Oh amigo mío! Haced el favor de darme á conocer cuál es su mal, ó la causa de él.

—Seguramente que no puedo contestar sino á una de vuestras preguntas: á la primera. Su mal consiste en hallarse muy maltratado; pero Dios sabe quién le ha puesto así. Tiene una pierna herida, y la piel lo mismo que si se hubiera metido en un saco con una veintena de gatos rabiosos. ¡Pardiez! No hay en todo su cuerpo un espacio tan pequeño como vuestra bonita mano que no tenga alguna señal; y lo peor es que está fuera de sí.

—¿Fuera de sí?

—Como lo oís. Cualquiera diría, al verle, que ha bebido una gotita más de lo regular; y por cierto que lo mejor para él ahora será un poco de mi pócima favorita; pero ni siquiera

ra hay aquí una gota para oler, ni en la damajuana ni en el frasco. ¿No lleváis vos por casualidad un poco de eso que llaman aguardiente? Seguramente que he bebido líquidos peores, y estoy seguro que al amo le sentaría bien ahora. Decid la verdad, señorita: ¿no lleváis algún frasco?

—No, señor, no llevo nada de eso; y á fe mía que lo siento mucho.

—¡Bah! Peor para el Sr. Armando, porque nada le habría aprovechado tanto. En fin: prescindiremos de ese remedio.

—Pero ¿no podré ver á vuestro amo?

—Ni pensarlo; y, además, sería completamente inútil, porque no os reconocería. Os lo repito: ha sido muy maltratado, y ahora no está en su cabal juicio.

—Tanta más razón para que le vea, porque puedo serle útil, y, además, tengo con él una deuda de... de...

—¡Oh! Si le debéis alguna cosa, es diferente; mas para esto no es necesario que le veáis. Yo soy su mayordomo y el encargado de llevar sus cuentas. Yo sé escribir y puedo daros un recibo de la cantidad, firmado por mí, recibo que será válido entre los abogados. Si, señorita: no hay inconveniente alguno en que me paguéis, con la seguridad de que no os volverán á pedir el dinero otra vez. ¡Pardiez! Ahora vendrán muy bien los cuartos, porque estamos en vísperas de carecer de todo, y los necesitaremos. Así, pues, si tenéis el dinero, aquí hay plumas, papel y tinta para extender el documento: decid una sola palabra, y os haré el recibo.

—No, no: no me refería á una deuda de dinero, sino de agradecimiento.

—¡Bah! Si no es más que eso, fácilmente se paga sin recibo; pero tampoco necesitamos ahora esa clase de moneda, porque el amo no comprendería nada de cuanto le dijerais. Cuando recobre el uso de sus sentidos, ya le diré que habéis estado aquí.

—Pero ¿persistís en que no puedo verle?

—Os aseguro que no.

—Pues yo digo que es indispensable.

—No entiendo esa palabra. Yo estoy aquí de centinela, y he recibido severas órdenes para impedir la entrada á quienquiera que se presente.

—Esas órdenes no deben referirse á mí, porque yo soy amiga de D. Armando.

—Y ¿cómo he de conocer eso? A pesar de vuestra linda cara, podríais ser su más mortal enemiga; y á fe mía que me parece así al mirarlos con más detención.

—¡Os repito que necesito verle, que debo verle... y que le veré!

Al pronunciar Isidora estas palabras, deslizase de la silla y avanza resueltamente hacia la puerta.

Su aire determinado y la altiva expresión de su mirada bastaron para convencer á Felim que era llegado el caso de cumplir con las instrucciones de Zab, y que tal vez las había descuidado imprudentemente.

Poseído de esta idea, corrió al punto al inte-

rior de la cabaña, y volvió á salir provisto de un hacha pequeña; pero cuando iba á salir corriendo por la puerta detúvose de pronto al ver que la dama le apuntaba con una pistola.

—¡Abajo esa hacha!—gritó la joven.—Si levantas el brazo para herirme, será el último movimiento que hagas en tu vida.

—¡Heriros yo! ¡Heriros yo, señorita!—balbuceó el criado apenas le permitió el terror hallar el uso de la palabra.—¡Madre de Dios! No he sacado esa arma con el objeto de acoметeros: os lo juro por la Biblia, por todo lo más sagrado.

—Pues ¿qué intentas hacer con esa arma?—replicó Isidora, sospechando ya casi que se había equivocado y bajando el cañón de la pistola al convencerse de ello.—¿Para qué te has armado así?

—Os juro, por mi vida, que lo hago sólo para cumplir con las órdenes que he recibido, las cuales se reducen á cortar una rama del cacto que veis allá abajo é introducirla debajo de la cola de aquella vieja yegua. Supongo que no tendréis que oponer ninguna objeción á esto.

A tan singular proposición, Isidora no supo qué contestar y permaneció silenciosa.

El individuo que tenía delante no intentaba, seguramente, causarle daño alguno: sus miradas, su actitud y sus gestos eran más bien ridículos que amenazadores; podían excitar la risa, pero no la indignación.

—El que calla otorga,—dijo Felim;—os doy las gracias.

Y, sin temer ya que le disparasen un tiro, cruzó el prado corriendo, y fué á cumplir al pie de la letra la orden de Zab.

La doncella mejicana, á quien había hecho enmudecer la sorpresa, continuó silenciosa, convencida de que era inútil hablar.

Efectivamente: no debía pensar en ello: los relinchos de la yegua, continuos desde el momento en que sintió debajo de la cola el espinoso cacto, un incesante pataleo, los aullidos del perro, y los gritos con que contestaban los salvajes habitantes del bosque, aves, cuadrúpedos, insectos y reptiles, formaron un estrepitoso concierto, en medio del cual no habría sido posible oír la voz de una persona.

¿Cuál podía ser el objeto de la extraña conducta de Felim? ¿Cómo acabaría aquello?

Isidora miraba á su alrededor con asombro, y, á decir verdad, no podía hacer otra cosa. Mientras durase aquel estrépito infernal no había medio de obtener una explicación del hombre que lo había causado.

Felim acababa de volver á la puerta del jacalé, para sentarse de nuevo en el umbral, donde permaneció con el aire tranquilo de un actor que ha desempeñado ya su papel y puede ir á mezclarse con los espectadores.

CAPÍTULO XXI

UN BESO

El salvaje concierto se prolongó por espacio de diez minutos: la yegua chillaba como un

cerdo furioso, y el perro repetía sus lúgubres aullidos, que el eco llevaba á lo lejos en ambos lados del río. A la distancia de una milla se hubiera podido oír aquel rumor; y como Zab no debía estar tan lejos de la cabaña, era seguro que lo percibiría.

Convencido de esto, y de que el cazador iba á responder muy pronto á la señal, Felim se cuadró en el umbral de la puerta, confiando en que la dama se esperaría, por lo menos, hasta

su sorda cólera. Había observado la actitud de la intrusa y su aparente hostilidad; y, haciendo sus deducciones, colocóse delante de Felim y de la puerta, con la evidente resolución de que nadie pasara sin pasar sobre su cuerpo y probar la fuerza de sus formidables colmillos.

Isidora no manifestó intenciones de exponerse á semejante riesgo: el asombro era el único sentimiento que entonces la dominaba por completo.



—¡Abajo esa hacha!—gritó la joven

que él estuviera libre de la responsabilidad de permitirle entrar.

A pesar de las vivas protestas de amistad de la joven, sospechaba que se tramase alguna cosa contra su amo, pues, si no fuese así, ¿por qué habría recomendado Zab, tan eficazmente, que se llamara en seguida?

En cuanto á él, había renunciado á toda resistencia: aquella brillante pistola con que se le apuntó fué suficiente para que no deseara trabar disputa con la amazona; y, á no haber más impedimento que el criado, Isidora hubiera podido entrar sin dificultad en el interior de la cabaña.

Pero allí había un ser más resuelto á impedir el paso, un animal, á quien no habrían detenido una batería, tratándose de defender á su amo, y este animal era el fiel Tara.

El sabueso parecía excitado por una nueva alarma; mientras gruñía sordamente, lanzaba á intervalos sonoros ladridos, que demostraban

Permanecía inmóvil en el mismo sitio sin pronunciar una sola palabra.

La expresión que manifestaba el semblante de la joven no se alteró hasta que vió avanzar, á través de los árboles, á un hombre de estatura colosal, armado con una larga carabina y que se dirigía hacia la cabaña con agigantados pasos.

A la vista de aquel hombre, el rostro de la amazona cambió de expresión, manifestando cierta inquietud; y su delicada mano oprimió con un movimiento nervioso la pistola que empuñaba.

Este movimiento fué casi maquinal; y nada de particular tenía, atendido el formidable aspecto del personaje que se acercaba y de los ademanes de cólera que, al parecer, no podía reprimir.

Todo cambió al llegar al claro que había frente á la cabaña. Entonces se detuvo de pronto, y á sus miradas de cólera sucedió una ex-

presión de sorpresa muy semejante á la de la joven mejicana.

Zab, después de aliviar á su cuadrúpedo, se presentó delante de la cabaña con un semblante tan ceñudo, que á primera vista se reconocía que iba á estallar la cólera del cazador.

Ni aun la presencia de la bella joven bastó para contenerla.

—¡Condenado bruto! ¡Estúpido animal!— exclamó.—¿Sólo para esto me has llamado? Precisamente en este momento había visto un pavo que no pesaría menos de treinta libras; pero los relinchos de la yegua me han impedido tirar. ¡Maldito si ahora tendré ya ocasión de buscar el almuerzo!

—Pero, Sr. Zab, ¿no me encargasteis que lo hiciera así? Dijisteis que si llegaba alguno á la cabaña...

—¡Bah! ¡Gran estúpido! Nunca debiste suponer que me refería á las mujeres.

—Cierto es; pero yo no creí que lo fuera cuando se presentó. Si hubieseis visto cómo montaba...

—¡Qué importa la manera de montar! ¿No has visto hasta ahora ninguna amazona mejicana, ni sabes tampoco qué es la costumbre en el país? Más mujer eres tú que la que ha venido, y sospecho que veinte veces más tonto. La conozco un poco de vista y también de oídas: no es difícil comprender lo que busca aquí, aunque lo será averiguarlo si sólo sabe hablar su jerga mejicana, la cual no conozco yo, ni quiero tampoco.

—¡Pardiez, Sr. Zab! En esto os equivocáis, pues también habla inglés. ¿No es verdad, señorita?

—¡Oh! Sólo lo hablo un poco,—contestó Isidora, quien hasta entonces había escuchado en silencio;—sólo conozco algunas palabras.

—¡Ah!—exclamó Zab, algo confuso por lo que acababa de decir.—Os ruego que me dispenséis, señorita. Conque ¿habláis un poco el inglés? Tanto mejor: me alegro mucho, porque así podréis decirme qué buscáis por aquí. ¿Os habéis extraviado?

—No, señor: nada de eso,—contestó Isidora después de una breve pausa.

—En ese caso, debéis saber dónde os halláis.

—Sí, señor. ¿No es ésta la casa de D. Armand Lancaster?

—No tiene mucho de casa: decid más bien una cabaña; pero, de todos modos, es la vivienda de la persona que acabáis de nombrar. ¿De-seáis acaso verla?

—¡Oh! ¡Sí, señor! Sólo para eso estoy aquí.

—Bien: creo que no habrá inconveniente en ello, pues calculo que no os animan intenciones hostiles contra el joven; pero de poco servirá que le habléis ahora, porque no conoce á nadie.

—¿Está enfermo? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia? Así me lo ha indicado su sirviente.

—Sí: yo se lo he dicho,—añadió Felim.

—Esa es la verdad,—replicó Zab;—está un poco herido, y en estos momentos un poco delirante; pero no creo que sea cosa grave, y

confío que se repondrá tan pronto como cese la fiebre.

—¡Oh! Permitidme, pues, que yo sea su enfermera. ¡Os lo pido por amor de Dios! Dejadme entrar para cuidarle. Soy muy amiga suya.

—Bien: no veo ningún obstáculo, pues he oído decir que las mujeres son las mejores para estas cosas, aunque yo no he tenido ocasión de experimentarlo desde que murió mi cara mitad, allá en el Misisipí. Si queréis cuidar del joven, bien venida seáis, puesto que sois su amiga. Podréis hacerlo hasta que volvamos, por si acaso se cae de la cama ó se arranca alguno de los vendajes que le he puesto.

—Estad seguro de que cuidaré bien de él; pero ¿no me diréis cuál es la causa de su mal? ¿Fueron acaso los indios? Supongo que no, porque no andan por aquí. ¿Se habrá batido con alguno?

—En ese punto, señorita, estoy muy poco más enterado que vos: lo único que sé es que ha sostenido una lucha contra los coyotes; pero no debe á esto el tener la pierna estropeada. Le encontré ayer más allá del chaparral, y cuando nos acercamos estaba dentro del agua é iba á ser acometido por uno de esos animales manchados que aquí llaman tigres. Le libré de este pequeño peligro, gracias á mi oportuna llegada; pero lo sucedido antes es todavía un misterio para mí, porque el joven había perdido el uso de la razón y no podía dar cuenta de su persona. Desde entonces no ha vuelto en sí, y, por lo tanto, debemos esperar á que se recobre.

—Pero ¿estáis seguro de que no ha recibido gran daño, y de que sus heridas no son peligrosas?

—De eso no me cabe duda. Ahora no tiene sino un poco de fiebre; y en cuanto á las heridas, no son más que arañazos. Cuando recobre el uso de los sentidos, pronto se restablecerá; y confío que dentro de una semana le volveremos á ver tan fuerte como un roble.

—¡Oh! Yo le cuidaré con la mayor solicitud.

—¡Bien! Ya veo que sois muy bondadosa; pero... pero...

Zab vaciló, porque una idea cruzó de improviso por su mente, idea que le condujo á una serie de reflexiones.

—Esta joven,—dijo para sí,—es, sin duda, la misma que envió las golosinas á la hospedería del alemán; y que está enamorada del joven es una cosa tan clara como las aguas del Misisipí, pero enamorada desde los pies hasta la punta de los cabellos. También lo está la otra; y es igualmente claro que en ella piensa el cazador y no en ésta. Ahora bien: si la que tenemos aquí le oye hablar de aquélla, como lo ha hecho toda la noche, no se producirá en su ánimo poco trastorno. ¡Pobrecilla! A fe que la compadezco, pues parece de buena pasta; pero el joven no puede pertenecer á las dos, y harto sé que sus simpatías están por la hija de los Estados. Lo mejor será persuadir á ésta á que no se acerque al herido, por lo menos hasta que deje de nombrar á Luisa.

—Pero, señorita,—replicó Zab en voz alta, dirigiéndose á la mejicana, que durante las reflexiones, del cazador guardaba silencio con impaciencia;—¿no os parece más oportuno regresar á vuestra casa y volver á visitar al herido cuando esté mejor? Según os he dicho, no os reconocerá, y de nada sirve que permanezcáis aquí, puesto que no se halla en peligro.

—No importa que no me reconozca, porque esto no impedirá que yo le cuide. Puede necesitar algunas cosas que á mí me será fácil obtener y proporcionárselas.

—Si os empeñáis en ello,—replicó Zab con aire pensativo, como si una nueva idea le indujera á consentir,—no persistiré en oponerme; pero debo recomendaros que no hagáis caso alguno de lo que diga. Tal vez le oigáis hablar acerca de un hombre asesinado y otras cosas por el estilo, lo cual no tiene nada de particular en un hombre que delira; y quizás pronuncie con frecuencia el nombre de una mujer.

—¿De una mujer!

—Precisamente.

—Y ¿cuál es ese nombre?

—Supongo que es el de su hermana, aunque, á decir verdad, no estoy seguro.

—¡Oh Sr. Zab! Si habláis del amo...—añadió Felim.

—¡Calla la lengua, estúpido! ¿Qué te importa á ti lo que yo hablo? Tú no entiendes de estas cosas. ¡Vamos!—prosiguió el cazador, haciendo señal al criado para que le siguiese.—Ahora te necesito, porque he matado una serpiente junto al río, y es preciso que la traigas á la cabaña antes que alguno se la apropie. Por hoy no debemos pensar ya en pavos.

—¿Es alguna serpiente de cascabel?

—Has acertado.

—Pero, Sr. Zab, ¿tenéis intención de comer la carne de un reptil? ¡Madre de Dios! ¿No os envenenaréis?

—¡Calla, tonto! Ya no tiene veneno, porque le he cortado la cabeza.

—¡Pardiez! Ni aun así comería yo un pedazo de ella, aunque me estuviera muriendo de hambre.

—Pues muérete. ¿Quién te dice que la comas? Sólo te necesito para que la traigas á la cabaña. Sígueme y haz lo que te digo, porque, si no... hasta soy capaz de hacer que te tragues la cabeza del reptil con los colmillos y todo.

—¡Oh Sr. Zab! No creáis que era mi ánimo desobedeceros. A fe de Felipe O'Nale que estoy dispuesto á cumplir vuestras órdenes, aunque me mandéis tragarme toda la serpiente. ¡San Patricio me valga!

—¡Déjate ahora de San Patricio, y vamos allá!

Sin replicar palabra, Felim obedeció, siguiendo los pasos del cazador, á través del bosque.

Isidora penetró en la cabaña, acercóse al lecho del herido, é, inclinándose sobre él, estampó un beso en su ardorosa frente, y otro más amoroso en sus pálidos labios; pero al punto retrocedió, cual si le hubiese picado un escorpión.

Peor era que semejante picadura lo que indujo á Isidora á retirarse del lado de Armando.

Y, sin embargo, no era más que una palabra, una palabra muy breve, sólo de dos sílabas.

Nada tenía esto de particular, porque con frecuencia sucede que de una palabra muy breve, de un *sí*, depende la felicidad de nuestra vida, así como de la contraria, de un *no*, resulta nuestra eterna desgracia.

CAPITULO XXII

LAS DOS RIVALES

Triste día fué para Luisa Coxe, acaso el más triste de su existencia, aquel en que socorrió á Miguel Díaz desatando el lazo que le sujetaba.

Entristecíale la pérdida de un hermano, á la par que la suerte de un hombre á quien adoraba; pero el incidente con Miguel Díaz agregaba á su sentimiento la pasión de los celos, que es la más violenta de todas.

¿Cuál debe ser el estado de un alma en que se agitan y combaten estas emociones que bastan para emponzoñar las horas de la existencia?

Luisa Coxe debió saberlo después de haber descifrado la epístola en que creía ver escrita la prueba de la deslealtad del hombre á quien amaba.

Durante algún tiempo permaneció entregada á una profunda meditación: terribles emociones agitaban su espíritu inspirándole resoluciones descabelladas. Entre otras cosas, pensó en volver á su querida Luisiana para sepultar su secreto dolor en los claustros del *Sagrado Corazón*; y si el convento hubiese estado cerca, es muy probable que la criolla hubiera abandonado, en aquel momento de aflicción, la casa paterna, para buscar un asilo en la sagrada casa.

Aquel día fué, seguramente, el más amargo de su existencia.

Al cabo de largas horas de angustia, calmóse, al fin, algún tanto su espíritu: sus reflexiones fueron más juiciosas, y acabó por leer otra vez la carta para estudiar de nuevo su contenido.

Aún quedaba una esperanza: la de que Armando estuviese ausente de la colonia.

Pero éste era un pobre consuelo, porque cuando ella le había citado, sería, seguramente, con la confianza de que recibiera la misiva y acudiese al punto designado.

No obstante, el cazador podría estar en otro punto; y en esta suposición fundaba la criolla su esperanza única, que brillaba como una estrella en aquella hora de tinieblas.

En la situación de Luisa Coxe, era cosa muy delicada hacer indagaciones; pero á la criolla no le ocurrió otro medio; y así es que tan pronto como las sombras del crepúsculo se extendieron sobre el bosque, montó en su yegua pinta y encaminóse silenciosamente hacia la hospedería, delante de la cual se detuvo, en el mismo sitio ocupado algunas horas antes por Isidora.

Como todos los hombres del pueblo estaban ausentes, unos persiguiendo al asesino, y otros siguiendo las huellas de los comanches, Duffer fué el único testigo de su indiscreción, aunque el alemán no podía considerarla como tal, porque nada más justo sino que la hermana del hombre asesinado tuviese ansiedad por adquirir noticias. Así lo comprendió Duffer cuando fué interrogado por la joven.

Poco podía suponer cuánto satisfacían sus respuestas á la linda criolla, y mucho menos el pesar que luego le causó con los detalles de

mansión, así como también de sus actos, y podía muy bien dar tan atrevido paso.

Tal vez recobraría la tranquilidad, ó quizás se consumaría su desgracia; pero aun esto último era preferible á la agonía de la incertidumbre.

¡Qué semejante era este razonamiento al de su rival!

Inútil hubiera sido disuadirla, si alguien lo hubiese intentado, y, probablemente, ni aun la autoridad paterna habría bastado para impedir que llevase á cabo su propósito. Poseída de



Estampó un beso en su ardorosa frente, y otro más amoroso en sus pálidos labios

su propia cosecha, que terminaron bruscamente el diálogo entablado.

Al oír que no era ella la primera mujer que aquel día había hecho preguntas respecto á Armando el cazador, Luisa volvió á la Casa de la Curva con el corazón lacerado nuevamente por el dolor.

Pasó la noche poseída de angustia; sólo pudo conciliar el sueño á intervalos, y aun entonces era víctima de alguna pesadilla.

Aunque con la luz del día no recobró la tranquilidad, adoptó, no obstante, una resolución grave, atrevida, casi desesperada.

Era, en rigor, una audacia, porque Luisa Coxe se proponía ir sola al Alamo: estaba decidida á ello.

Nadie había á su lado que pudiese contenerla, ni oponerse á semejante medida. No se había recibido noticia alguna en la casa de la Curva: Luisa era la única dueña de aquella

una ardiente pasión, la voluntad de la reina de Egipto no podía ser más imperiosa que al de una criolla americana. En este caso, no se admiten contradicciones, ni hay obstáculos que contengan, como no sea la muerte.

Al rayar la aurora, Luisa había montado ya en su yegua y alejándose de la Casa de la Curva, siguiendo á través de la pradera un sendero que ya conocía.

Desde el punto de partida hasta el término de su viaje mediaban veinte millas; esto podría parecer una larga jornada para el jinete europeo; mas para el de la pradera es una excursión de dos horas escasas, tan rápida como una correría por la llanura en persecución de un ciervo ó un zorro.

A pesar de su tristeza, Luisa Coxe no se había entregado á la desesperación, y en medio de su melancolía brillaba un rayo de esperan-

za; pero muy pronto se desvaneció, cuando puso el pie en el umbral de la cabaña, y de sus labios escapóse un grito ahogado, última expresión de dolor de su corazón afligido:

¡Dentro de la cabaña había una mujer!

También los labios de ésta acababan de proferir una exclamación que hubiera podido parecer el eco del grito de la criolla: tan rápidamente se sucedió la una al otro.

Al volver Isidora la cabeza, había visto en el umbral á la mujer cuyo nombre acababa de

Frente á frente, con los ojos brillantes, y agitado el seno por el mismo impulso, mirábanse una á otra con singular fijeza.

Aquél era el choque de violentas pasiones que sólo se expresaban por el brillo de los ojos y desdeñosas sonrisas.

Muy breve fué esta escena muda: apenas duró más de veinte segundos.

Luisa Coxe puso término á ella dando media vuelta y dirigiéndose precipitadamente hacia su montura.



Cruzáronse las miradas...

ser pronunciado, aquella Luisa tan fervorosamente ensalzada, y cuyo recuerdo persistía en el cerebro del enfermo, á pesar de su delirio.

Para la joven criolla la cosa era clara, perfectamente clara: estaba viendo á la mujer que había escrito la epístola pidiendo una cita, la cual, después de todo, debió efectuarse.

Sí: aquélla era la autora de la atrevida epístola en que se llamaba querido á Armando Lancaster, ensalzando sus ojos y dándole una cita. Ahora estaba junto á él, cuidándole con una solicitud que indicaba la reciprocidad del suyo. ¡Ah! Este pensamiento era demasiado doloroso para poder expresarlo con palabras.

Del mismo modo fueron concluyentes las deducciones de Isidora, angustiada también. No se le ocultaba que no era la preferida, pues había escuchado demasiado tiempo frases involuntarias que se lo decían así, y de cuya sinceridad no podía dudar. En el umbral de la puerta de la cabaña estaba la mujer preferida.

Su decoro no le permitía permanecer más tiempo en la cabaña de Armando.

También Isidora salió, casi pisando la falda de la criolla: estaba poseída de la misma idea, y acaso era su impresión más profunda: no debía quedarse en la cabaña.

Las dos rivales parecían igualmente dispuestas á marchar: hubiérase dicho que ambas habían determinado abandonar el sitio que contristaba sus corazones.

El caballo gris se hallaba más cerca de la choza; la yegua pinta más lejos. Isidora fué la primera en montar, la primera que se puso en movimiento; mas, al pasar por delante de la criolla, ésta se hallaba ya en la silla, con las riendas en la mano.

Cruzáronse las miradas, ni triunfantes ni de humillación: la de la criolla era una mezcla singular de tristeza, de enojo y de sorpresa; mientras que la de Isidora expresaba una reconcentrada cólera.

La mejicana partió.

CAPÍTULO XXIII

REVELACIONES

Si lo físico pudiera compararse con lo moral, en nada se habría hallado mayor contraste que en el que ofrecían el brillante cielo del Alamo y los negros pensamientos de Isidora al salir del jacalé: su corazón era un foco de violentas pasiones, entre las cuales predominaba el deseo de venganza.

Y en este último hallaba un placer diabólico, merced al cual no se entregaba á la desesperación. De otro modo, hubiera sucumbido bajo el peso de su dolor.

—Debí haberla matado en el acto,—decía.—¿Volveré á proponerle un duelo á muerte? Pero, si la matase, ¿de qué me serviría? Con esto no obtendría el corazón de Armando, perdido ya para mí sin esperanza. Sí: las palabras que pronunció salían de lo más profundo de su alma, donde sólo hay lugar para la imagen de esa mujer. ¡Oh! ¡No hay esperanza para mí! El es quien debe morir, sólo él, porque es la causa de mi desgracia. Pero, si le mato, ¿qué será de mi existencia? Desde el mismo instante mi tormento no tendría fin. ¡Oh! Y aun ahora no puedo soportar la angustia que me oprime; no podría hallar consuelo sino en la venganza. No ha de morir sólo ella, sino él también: los dos deben perecer. Pero no todavía, no, hasta que él sepa de qué mano proviene el golpe. ¡Madre de Dios, dadme fuerzas para satisfacer mi venganza!

Así diciendo, Isidora clava las espuelas en los ijares de su caballo, y franquea rápidamente el declive del barranco.

Al llegar á la llanura superior no se detiene ni aun para que el cuadrúpedo tome aliento, y sigue siempre adelante, aunque, al parecer, sin dirección fija. No se vale de la rienda ni de la voz para guiar su montura, y si sólo de la espuela.

Abandonado el caballo á sí mismo, vuelve á seguir la senda recorrida antes, que conduce al Leona. ¿Era éste el camino por donde se deseaba que fuese?

La amazona no parece saberlo ni cuidarse de ello: con la cabeza inclinada, y como absorbida en una profunda meditación, no se fija en los objetos exteriores, ni aun echa de ver el rápido paso de su caballo.

No observa tampoco un numeroso grupo que avanza á corta distancia, hasta que le advierte su proximidad los relinchos de su caballo, el cual se detiene de pronto.

Por la extensa pradera cruza una cabalgata. ¿Son indios? No. Son blancos, aunque menos por el color que por los arreos de sus caballos y su manera de montar.

—¡Los tejanos!—exclama la joven, después de observar atentamente.—Sin duda, recorren el país para purgarle de comanches; pero ¿andan los indios por aquí? Si no he comprendido mal en la colonia, deben estar por la otra parte.

Sin ninguna razón poderosa para evitar á los tejanos, la joven mejicana no desea encontrarse con ellos. Nada le importan sus preguntas, y en cualquiera otra ocasión no se desviaría de su línea; pero en aquella hora de tristeza no quiere sufrir su interrogatorio ni ser el blanco de su curiosidad.

Era posible evitar su encuentro, porque aún estaba en la arboleda, y no parecían haberla visto: dando un rodeo é internándose en el chaparral, podía esquivarse aún.

Ya se dispone á hacerlo, cuando un relincho de su caballo frustra su designio. Otros veinte contestan al punto, y la amazona es descubierta en el acto.

Sin embargo, todavía quedaba una probabilidad de escapar: cierto que la perseguirían; pero no era seguro que la alcanzasen, sobre todo en los tortuosos senderos del chaparral, tan bien conocidos de ella. Pero Isidora resuelve no huir.

Las palabras que murmura explican aquel repentino cambio de táctica.

—¿Serán tiradores? No: van demasiado bien vestidos para que se les pueda confundir con esos vagabundos. Tal vez sean los exploradores de quienes he oído hablar, conducidos por el padre de... Sí, ellos son. ¡Ay, Dios! Hé aquí una ocasión de vengarme, y sin buscarlo yo. ¡Dios quiera que así sea!

En vez de internarse en la espesura, la joven sale al claro, y con ademán resuelto adelantase hacia los jinetes, ya muy próximos.

Un minuto después estaba en medio de ellos; su número era de unos cien hombres mal armados, grotescamente ataviados y cubiertos de polvo; pero en todos los semblantes se pinta una expresión de gravedad, que apenas disimula una momentánea sorpresa.

Aunque el conjunto es el más propio para infundir temor, especialmente á una mujer, Isidora no lo demuestra, no se alarma en lo más mínimo, ni teme cosa alguna de los que tan descortésmente la rodean.

A algunos los conoce de vista, pero no al hombre de edad madura, que aparenta ser su jefe y que la interpela para interrogarla.

Isidora le conocía, sin embargo, en cierto modo, pues, un instinto misterioso le decía que era el padre del hombre asesinado, y también de la mujer que deseaba ver muerta, ó, por lo menos, humillada.

—¿Sabéis hablar francés, señorita?—pregunta Coxe en este idioma, esperando que así se le podrá comprender más fácilmente.

—Hablo mejor el inglés, aunque muy poco, caballero.

—¡Oh! Si habláis inglés, tanto mejor para nosotros. Decidme, señorita: ¿habéis visto á alguno por aquí, es decir, habéis encontrado á alguno á caballo, á pie ó acampado por estas inmediaciones?

Isidora parece reflexionar ó vacilar antes de responder.

El plantador prosigue su interrogatorio con tanta cortesía como se lo permiten las circunstancias.

—¿Me será permitido preguntaros dónde vivís?

—En Río Grande, caballero.

—¿Venís directamente de allí?

—No, señor: del Leona.

—¿Del Leona!

—Esa es la sobrina del anciano Martínez,—interrumpe uno de los hombres;—su plantación está contigua á la del Sr. Coxe.

—Sí, en efecto,—replica la joven;—soy la sobrina de D. Silvio Martínez.

—Y ¿no venís directamente de su casa? Dispensadme, señorita, si me tomo la libertad de interrogaros así, pues os aseguro que no lo hago por mera curiosidad ó impertinencia. Tenemos graves razones, por no decir solemnes, para proceder de este modo.

—De la hacienda Martínez salí,—contesta Isidora, sin fijarse, al parecer, en la última observación;—pero hace ya dos horas ó algo más.

—Entonces, no cabe duda que habréis oído hablar sobre el asesinato perpetrado...

—Sí, señor,—interrumpe Isidora;—ayer se dijo algo en casa del tío Silvio.

—Pero hoy, cuando salisteis, ¿no se habían recibido más noticias? Lo que nosotros sabemos no será de fecha tan reciente como los pormenores que nos podéis dar. ¿No habéis oído algo, señorita?

—Dícese que están buscando á la víctima... Supongo que será vuestra gente...

—Sí, sí: se refieren á nosotros. Y ¿no habéis oído decir más?

—¡Oh! Sí; pero es una cosa tan extraña, señores, que tal vez os parecerá una broma.

—¿Qué es?—preguntan veinte voces á un tiempo, mientras que todas las miradas se fijan con creciente interés en la bella amazona.

—Cuéntase que se ha visto por aquí un jinete sin cabeza. ¡Válgame Dios! Ahora debemos estar cerca del sitio. Creo que es por las inmediaciones del río de las Nueces, no lejos del vado, donde se cruza el camino para ir á Río Grande. Así lo han dicho los vaqueros.

—¡Ah! ¿Lo han visto los vaqueros?

—Sí, señores: tres de ellos aseguran haber presenciado el espectáculo.

Isidora queda algo sorprendida al notar que sus palabras causan poca emoción á los tejanos: manifiestan cierto interés, pero no asombro. Un individuo explica la causa.

—También nosotros hemos visto el jinete sin cabeza,—dice,—pero á cierta distancia. ¿Se acercaron los vaqueros bastante para examinar qué era?

—¡Virgen santa! No, señor.

—¿Podríais decirnoslo vos, señorita?

—¿Yo? No, señor: sólo he oído hablar de ello, según os he manifestado ya. ¡Quién sabe lo que puede ser!

Sigue un intervalo de silencio, durante el cual parecen reflexionar todos sobre lo que acaban de oír.

El plantador reanuda, al fin, el diálogo, volviendo á su interrogatorio:

—¿No habéis encontrado ó visto alguna persona por aquí, señorita?

—Sí... he visto una.

—¿Que habéis visto una? ¿Qué clase de persona era? Tened la bondad de darnos las señas.

—Una dama.

—¡Una dama!—repiten varias voces.

—Sí, señores.

—¿No la conocéis?

—Parece una señorita americana.

—¡Una señorita americana!... ¿Sola por aquí?

—Sí, señores.

—Y ¿no podéis darnos las señas, poco más ó menos? ¿Cómo vestía?

—Con traje de amazona.

—¿Iría á caballo?

—Sí, señor.

—¿Dónde la encontrasteis?

—No lejos de aquí, al otro lado del chaparral.

—Y ¿á dónde se dirigía? ¿Hay alguna casa al otro lado?

—Sí, señor: un jacalé.

—¿Qué es un jacalé?—pregunta Coxe á uno de los suyos, que habla el español.

—Dan ese nombre á la cabaña,—contesta el interpelado.

—Y ¿á quien pertenece ese jacalé?—continúa Coxe.

—A D. Armando, el cazador de caballos.

El intérprete traduce estas palabras.

Entre todos aquellos hombres circula un murmullo de satisfacción.

Después de dos días de inútiles pesquisas, han dado, al fin, con el rastro del asesino.

Los que se habían apeado saltan presurosos á las sil'as y prepáranse á picar espuelas.

—Mucho siento ser tan exigente, señorita,—dice Coxe;—pero es necesario que nos sirváis de guía hasta el punto que habéis designado.

—Algo me desviaré de mi camino; pero no importa. ¡Vamos allá, señores! Yo os conduciré, puesto que estáis resueltos á ir.

Isidora vuelve á cruzar el chaparral, seguida de los cien jinetes, que cabalgaban detrás de ella.

Al poco tiempo, detiénese la joven en un claro, y, señalando cierto paraje de la llanura, dice á Coxe:

—¿Veis aquel punto oscuro que se divisa en el horizonte? Es la copa de un cacahuete, y sus raíces se hallan en las tierras bajas del Alamo. Al llegar allí, veréis un barranco; franqueadle, y un poco más lejos divisaréis el jacalé de que os he hablado.

Los perseguidores tienen demasiada prisa para esperar más detalles, y, olvidando casi á la mujer que se los da, pican espuelas á sus caballos en dirección al árbol.

Sólo se queda atrás un individuo de la partida: no es el jefe, pero sí un hombre igualmente interesado en todo cuanto acaba de oír respecto á la dama que ha visto Isidora.

Sabe hablar el idioma de la mejicana tan bien como el suyo propio, y, acercándose á ella, le dice con cariñoso acento:

—¿Podréis indicarme, señorita, qué caballo montaba la dama de quien habéis hablado?

—¡Ya lo creo! ¿A quién no había de llamarle la atención?

—Me refiero al color.

—Pues eso voy á deciros: era una yegua pinta.

—¡Una yegua pinta! ¡Santo cielo!—exclama Casio Collins, reprimiendo un grito.

Y, sin añadir una palabra más, pica espuelas á su caballo para ir á reunirse con los vengadores, dejando á Isidora convencida de que otro corazón se abrasaba en ese fuego voraz que sólo la muerte puede extinguir.

En vez de seguir tras ella ó de emprender cualquier otro camino, Luisa Coxe se apeó nuevamente y volvió á entrar en la cabaña.

Al ver las pálidas mejillas y los extraviados ojos del enfermo, olvidó sus supuestas faltas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó acercándose al catre.—¡Armando herido, moribundo! ¿Quién ha hecho esto?

No obtiene contestación: sólo oye algunas palabras incoherentes.

—¡Armando!—añade la joven.—¡Háblame! ¿No me conoces? ¡Soy Luisa, tu Luisa! Así me



Sin añadir una palabra más, pica espuelas á su caballo para ir á reunirse con los vengadores ;

CAPITULO XXIV

ABNEGACIÓN

La retirada de su rival, tan imprevista como rápida, dejó asombrada á Luisa Coxe.

Después de acomodarse en la silla, iba ya á picar espuelas; pero de pronto reprimió el movimiento, como indecisa, sin saber qué pensar de lo que había presenciado.

Un momento antes había visto á su rival en el jacalé, cual si estuviese en su casa y fuera el ama de aquella vivienda.

¿Qué debía pensar de tan repentina deserción? ¿Por qué aquella mirada de rencoroso odio, en vez de la imperiosa confianza que debía resultar de la satisfacción del triunfo?

En lugar de disgustarle, las miradas y acciones de Isidora causábanle un secreto placer.

llamabas. ¡Dilo!... ¡Oh! ¡Repítelo otra vez!

—¡Ah! Sois muy hermosos vosotros los ángeles del cielo!—murmura el herido.—¡Sí, sí! Así lo parecéis... á la vista... á la vista; pero no digáis que no hay en la tierra ninguno como vosotros, porque existen. ¡Yo conozco uno... uno solo; pero os aventaja á todos vosotros los ángeles del cielo! Me refiero á la belleza, no á otra cosa... no... no.

—¡Armando! ¡Querido Armando! ¿Por qué hablas así? No estás en el cielo, estás aquí, conmigo, con tu Luisa.

—¡Estoy en el cielo, sí, en el cielo; pero no lo deseo, aunque lo digan, á menos que ella se halle conmigo! Sería un lugar agradable; mas no sin ella. Si estuviese aquí, me contentaría. Oído vosotros los ángeles que me rodeáis. Muy bellos sois, lo admito; pero ninguno como ella... Ella es mi ángel. ¡Oh! También hay un

demonio, un demonio muy hermoso... no quiero decir eso... Sólo pienso en el ángel de las praderas.

—¿Te acuerdas de su nombre?—murmura Luisa.

Tal vez no se haya dirigido jamás á un hombre delirante una pregunta cuya respuesta se esperaba con tanta ansiedad.

Inclinada sobre el joven, la criolla escucha atenta, siguiendo con la vista los menores movimientos de sus labios.

—¡Nombre! ¡Nombre! ¿Lo ha dicho alguno? ¿Hay aquí nombres? ¡Ah! Ya recuerdo... Miguel... Gabriel... hombres... todos. No hay ángeles como el mío... que es una mujer... Se llama...

—¿Cómo?

—Luisa, Luisa, Luisa. ¿Por qué he de ocultároslo á vosotros, que sabéis cuanto ocurre abajo? Seguramente la conocéis. Se llama Luisa. ¡Ah! No podríais menos de amarla de todo corazón, como yo la amo con el mío... ¡Con todo... con todo!

Ni aun cuando por vez primera pronunció Armando estas frases á las sombras de las acacias, en la plenitud de sus facultades intelectuales y con todo el entusiasmo de su alma, ni aun entonces las escuchó Luisa con tan intenso placer. ¡Qué hora tan feliz para la criolla!

Así lo demostró inclinándose sobre el herido para besar repetidas veces su ardorosa frente; pero aquel contacto abrasador no hizo retroceder á Luisa como á Isidora.

De pie, en actitud triunfante, apoyó su mano sobre el corazón como para contener sus latidos. El placer era demasiado intenso para poder recordar que muy pronto sería tal vez interrumpido.

Y así fué, en efecto: primero por una sombra, y después por el cuerpo que la producía.

Este cuerpo era el de un hombre que acababa de presentarse en el umbral de la puerta del jacalé.

Nada ofrecía de alarmante el aspecto del recién venido: por el contrario, su rostro y su traje tenían algo de grotesco, que contrastaba singularmente con el lugar y las circunstancias y más aún con los singulares objetos que llevaba en las manos; en la una veíase un hacha y en la otra una enorme serpiente, cuya cola, terminada por varios anillos semejantes á cascabeles, indicaba la especie á que pertenecía.

Igualmente grotesca era la expresión de asombro que se pintó en el semblante del recién llegado al observar el cambio que acababa de efectuarse en el personal de la choza.

—¡Madre de Moisés!—exclamó dejando caer el hacha y la serpiente, y abriendo los ojos tanto como le fuera posible.—¡Por fuerza estoy soñando: no me cabe duda! ¿No seréis vos la señorita Coxe? ¡No puede ser!

—Pues yo soy, en efecto, Sr. O'Nale. Es poca galantería haberme olvidado tan pronto.

—¡Olvidaros! A la verdad, señorita, me acusáis de una cosa que es de todo pun-

to imposible. El hombre que una vez haya mirado vuestro bello rostro no podrá menos de recordarlo después. ¡Pardiez! Una persona hay que se acuerde de él hasta en sus sueños.

Al pronunciar estas palabras, Felim dirige una significativa mirada hacia el lecho; y, al observarlo la criolla, agita su seno un dulce estremecimiento.

—Pero ¿qué quiere decir todo esto?—continúa Felim, refiriéndose otra vez á la transformación que no se explica.—¿Dónde está la otra, aquel joven, ó señorita, ó mujer, ó fuera lo que fuese? ¿No habéis encontrado aquí á nadie, señorita Coxe?

—Sí, sí.

—¡Oh! Y ¿dónde está ahora?

—Creo que se ha ido.

—¡Que se ha ido! ¡Pardiez! Pues ha estado muy poco tiempo. Yo la ví aquí hace diez minutos, cuando se quitaba el sombrero, que, entre paréntesis, era de hombre, y se disponía á sentarse para cuidar del herido. ¿Que se ha marchado decís? ¡Pardiez! No lo siento: es una dama que me gustaría más de lejos que de cerca, pues tiene la mano demasiado lista para apuntar el cañón de una pistola. ¿Cree-ríais, señorita Coxe, que ha tenido valor para amenazarme con el arma que os digo?

—¿Qué razón tenía para ello?

—Absolutamente ninguna. Fué sólo porque quise oponerme á que penetrase en la cabaña; mas, á pesar de todo, entró, porque cuando volvió el viejo Zab no opuso dificultad. Esa señorita dijo que era amiga del amo y que deseaba cuidarle.

—¿De veras? ¡Oh! Es muy singular,—murmuró la criolla con aire pensativo.

—Sí que lo es,—replicó Felim,—como todas las cosas de estos días, excepto vuestra presencia aquí, señorita. Estad segura que Felipe O'Nale se alegra mucho de veros en este sitio; y seguramente le sucedería lo mismo á su amo si...

—Amigo Felim: decidme todo cuanto ha pasado.

—¡Pardiez, señorita! Si os lo he de decir todo, será preciso que os quitéis el sombrero y tengáis paciencia para estar aquí un buen rato, porque bien necesitaré todo el día para referiros las singulares cosas ocurridas aquí desde anteayer.

—Y ¿quién ha estado aquí desde entonces?

—¿Que quién ha estado?

—Sí, excepto la... la...

—Ya entiendo: la señorita-hombre.

—Precisamente. ¿Ha venido alguien más?

—¡Ya lo creo! ¡No han venido pocos, y de todas clases y colores! En primer lugar, presentóse, aunque no entró en la cabaña... Pero no me atrevo á deciros quién, porque os asustaríais, señorita.

—Decídmelo: no tengo temor alguno.

—Sea, pues, porque yo tampoco lo entiendo: era un hombre á caballo y sin cabeza.

—¡Sin cabeza!

—Como lo oís.

La criolla comenzó á sospechar que Felim había perdido la suya.

—Y, lo que es más, señorita,—dijo el criado,—se asemejaba en un todo á mi amo. Llevaba su caballo, su manta mejicana y, en fin, todo lo que él se pone cuando monta. ¡Pardiez! No me causó poco asombro.

—Pero ¿dónde habéis visto eso, Sr. Felim?

—Allá junto al barranco. Yo estaba fuera para ver si llegaba el amo, que debía regresar á primera hora de la mañana, según me lo prometió. De pronto, divisé á uno que se parecía en un todo á él; pero, al acercarse, y como se detuviera un poco, observé que le faltaba la cabeza. Tara se abalanzó ladrando hacia el caballo, y siguióle por la pradera, mientras yo volvía á la cabaña para encerrarme en ella. Poco después dormía. Luego comencé á soñar, y precisamente entonces... Pero, á la verdad, señorita, que ya debéis estar cansada de permanecer en pie; despojaos de ese lindo sombrero, tomad asiento en ese tronco, más cómodo que el banquillo, y escuchadme, porque quiero referiroslo todo.

—No os cuidéis de mí: proseguid y decidme quién ha venido además de ese extraño jinete, que, probablemente, será alguno que habrá querido divertirse con vos.

—¡Divertirse! Eso mismo decía Zab.

—¿Ha estado aquí el cazador?

—Sí; pero no hasta mucho después que los otros.

—¿Los otros?

—Sí, señorita. Zab no llegó hasta ayer por la mañana; los demás se presentaron la noche antes, también á una hora intempestiva, y me despertaron cuando dormía profundamente.

—Pero ¿quiénes eran?

—¡Toma! Los indios.

—¿Han venido indios aquí?

—¡Vaya! Toda una tribu de ellos. Pues, como iba diciendo, cuando yo soñaba, oí hablar cerca de mí, y, á juzgar por cierto roce como de papeles, parecióme que alguien jugaba á los naipes... ¡Madre de Moisés! ¿Qué es eso?

—¿El qué?

—¿No habéis oído algo? ¡Ea! Ya volvemos á las andadas. Suenan pisadas de muchos caballos.

Al decir esto, levantóse Felim presuroso y se acercó á la puerta.

—¡Por San Patricio!—exclamó.—¡Estamos rodeados de jinetes! Lo menos, hay mil ó más. ¡Pardiez! Esos son, seguramente, los que el viejo Zab... ¡Dios mío! ¡Ya no tendré tiempo!

Y, cogiendo la rama de cacto, que para más comodidad tenía dentro de la cabaña, Felim se precipitó fuera de la puerta.

—¡Santo cielo!—exclamó la criolla.—¡Son ellos! ¡Es mi padre... y yo aquí! ¿Cómo se lo explicaré? ¡Virgen santa, salvadme de la vergüenza!

Instintivamente, la criolla corrió hacia la puerta para cerrarla; pero un momento de reflexión la hizo comprender cuán inútil era la medida, porque aquellos hombres no tardarían en franquear el obstáculo.

La joven Luisa Coxe acababa de reconocer las voces de los *Regulares*.

En aquel mismo instante fijó su vista en la abertura que dejó la piel desprendida por Felim. ¿Huiría por allí, por poco digno que fuese?

Ya no era posible: también se apercebía el rumor producido por los caballos á espaldas de la cabaña.

Además, la yegua pinta estaba enfrente; aquel cuadrúpedo pintado no se podía equivocar con otro, y seguramente le habrían reconocido ya.

Por último, otro pensamiento más generoso retrajo á la criolla de huir.

Él estaba en peligro; ni aun su triste situación le libraría. ¿Quién sino ella podría protegerle?

—¡Que sufra mi reputación!—pensó.—Padre, amigos, todo lo sacrifico, si Dios lo quiere así. ¡Con dignidad ó sin ella, le seré fiel!

Hechas estas nobles reflexiones, sentóse la criolla á la cabecera del lecho del inválido, semejante á una segunda Dido, resuelta á arriesgarlo todo por el héroe de su corazón.

CAPITULO XXV

SORPRESA

Desde que se construyó la cabaña de Armando el cazador, jamás se habían reunido al rededor de ella tantos caballos, ni aun cuando el corral estaba lleno con los que el joven traía de la pradera.

Al salir Felim por la puerta, veinte voces le mandaron detenerse.

Una de ellas, más fuerte que las otras, debía ser la del jefe de la partida, á juzgar por su tono de mando.

—¡Alto ahí! De nada sirve que trates de escapar. Si das un paso más, eres muerto. ¡Detente repito!

El criado, que se dirigía hacia la yegua de Zab, no necesita que le repitan la orden, y se detiene al punto.

—Seguramente, señores,—dice temblando al ver tantos semblantes iracundos y los cañones de las carabinas con que le apuntan,—no era mi ánimo escapar, y sólo iba á...

—No hemos comenzado mal,—dice Coxe.—¡Aquí, Tracey! Arrolladle la cuerda al cuerpo y ayudadle vos, Shelton. ¡Vaya un ente singular! Seguramente, señores, que no es éste el hombre á quien buscamos.

—No, no: ése es su criado.

—¡Eh! Vosotros, los de atrás, vigilad bien, sin dejar espacio libre para que pueda pasar un gato.

—Y ahora,—añade Tracey dirigiéndose á Felim,—dinos pronto quién está dentro.

—¿Quién está dentro? ¿Habláis de la cabaña?

—¡Condenado estúpido! Contesta pronto á la pregunta que te dirigen,—exclama Tracey, oprimiendo con la cuerda el cuerpo del criado.

—¿Quién está dentro de la cabaña?

—¡Oh Dios mío! En todo esto anda el diablo. Bien: en primer lugar...

—¿Qué es esto?—exclama Coxe al fijar de pronto su vista en la yegua pinta.—¡Cómo! ¿Aquí la yegua de Luisa?

—Sí que lo es,—contesta Casio Collins, que acaba de acercarse también.

—¿Quién puede haberla traído aquí?

—Es de creer que la misma Luisa...

—¡Qué disparate! Supongo que lo dices en broma, sobrino.

—No, tío: hablo con toda formalidad.

—¿Quieres decir que mi hija ha estado aquí?

—No sólo que ha estado, sino que tal vez se halle dentro.

—¡Imposible!

—Mirad allá, pues.

La puerta acababa de abrirse y veíase, en efecto, una mujer en el interior de la cabaña.

—¡Santo Dios! ¡Es mi hija!

Al pronunciar estas palabras, Coxe se desliza de la silla, adelántase hacia la cabaña seguido de Collins, y los dos penetran en el interior.

—¡Luisa! ¿Qué quiere decir esto? ¡Un hombre herido! ¿Será Enrique?

Antes de que se pueda dar una contestación fíjase su mirada en el capote y el sombrero de su hijo.

—¡Eso es suyo! ¡Estará vivo! ¡Gracias á Dios!

Así diciendo, Coxe se acerca al lecho, y al punto se desvanece su momentánea alegría.

El pálido rostro que reposa sobre la almohada no es el de su hijo: el padre retrocede exhalando un suspiro.

Collins parece igualmente afectado; pero el grito que se escapa de sus labios es una exclamación de horror, y se precipita al punto fuera de la cabaña.

—¡Gran Dios!—exclama el plantador.—¿Qué es esto! ¿Puedes explicarlo, Luisa?

—No, padre mío: hace algunos minutos que estoy aquí. Le he hallado como veis: está delirante.

—Y... ¿y Enrique?

—No me han dicho nada. El Sr. Lancáster estaba solo cuando yo entré, y ausente el hombre que acaba de salir, y que ha llegado hace poco. No he tenido tiempo para interrogarle.

—Pero... pero ¿cómo te hallas tú aquí?

—No podía permanecer en casa; no me era posible estar más tiempo en la incertidumbre: era terrible... Sola en casa, y pensando en mi pobre hermano... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Coxe mira á su hija con aire perplejo, pero su mirada es investigadora.

—Pensé que encontraría aquí á Enrique,—añade Luisa.

—¡Aquí! Pero ¿cómo conocías este lugar? ¿Quién te ha guiado? Veo que estás sola.

—¡Oh padre mío! Ya sabía el camino desde aquel día en que la yegua escapó; vino por aquí, y, al volver, el Sr. Lancáster me dijo que ésta era su cabaña.

La mirada de Coxe expresa siempre la duda; pero al oír estas palabras frunce el ceño, y pa-

rece que se nubla su faz, si bien no manifiesta con palabras su negro pensamiento.

—Extraño es, hija mía,—dice,—que hayas hecho esto: es imprudente y hasta peligroso. Has cometido una locura. ¡Vamos: sal de aquí, que éste no es lugar para una señorita como tú! Monta ahora mismo y vuelve á casa: no faltará quien te acompañe. Aquí puede ocurrir alguna escena que tú no debes presenciar. ¡Vamos!

Al pronunciar estas palabras, el padre sale de la cabaña, seguido de Luisa, quien apenas puede ocultar la repugnancia con que obedece.

Los vengadores han desmontado ya, y ocupan el prado frente al jacalé.

Todos están reunidos: Collins les ha dado á conocer lo que ocurre en el interior de la cabaña, y, por lo tanto, no hay necesidad de vigilar.

Se han formado varios grupos: en uno se guarda profundo silencio, y en otros se habla y se gesticula. Al rededor de Felim, atado y tendido sobre la yerba, hállanse en pie varios hombres. Al pobre criado se le permite hablar, y le dirigen varias preguntas, sin hacer mucho caso de sus contestaciones.

Al presentarse el padre y la hija, las miradas se fijan en ellos; pero se guarda silencio. Sin embargo, todos desean obtener al punto una explicación de lo que ocurre, y esto se reconoce fácilmente por sus miradas.

Los más de ellos conocen de vista á la señorita, y todos por la fama de su hermosura, y manifiestan sorpresa, casi asombro, al verla allí.

¡La hermana del hombre asesinado bajo el techo del asesino!

Más que nunca se acrecentaron sus sospechas: al salir Collins de la cabaña, había citado hechos que parecían confirmarlas. Les ha hablado del capote y del sombrero de la víctima, recogidos después de una lucha á muerte.

Pero ¿por qué está allí Luisa Coxe, enteramente sola, sin que la acompañen blancos ni negros, algún pariente ó esclavo?

Su primo no explica esto, tal vez porque no le sea posible.

Pero ¿podrá hacerlo su padre? A juzgar por su aire confuso, es de creer que no.

Comiézase á murmurar de grupo en grupo, y se hacen suposiciones; pero nadie emite su opinión en alta voz. Hasta los rudos hombres de la frontera respetan los sentimientos filiales y paternos, y con paciencia esperan la explicación.

—¡Monta, Luisa!—dice Coxe.—El Sr. Jancey te acompañará á su casa.

Ninguna invitación podía hacerse al joven plantador que más le agradase, porque envidia, sobre todo, la supuesta felicidad de Casio Collins, y en su interior da gracias á Coxe por brindarle con esta oportunidad.

—Pero, padre mío,—observa la criolla,—¿por qué no he de esperaros? Supongo que no vais á quedaros aquí.

Jancey experimenta cierta inquietud.

—Es mi deseo, hija mía, que hagas lo que te mando: esto es suficiente.

Jancey recobra de nuevo la confianza, aunque no del todo, pues harto conoce el altivo carácter de la joven para no saber que podría seguir oponiéndose aún a la orden paterna.

Luisa cede, aunque con una repugnancia mal disimulada, ante todos aquellos atentos espectadores.

Los dos jóvenes se alejan, el plantador delante, y la criolla detrás: el primero no puede apenas ocultar su alegría, ni la segunda su dolor.

Jancey está más pensativo que disgustado al observar la melancolía de su compañera: considérala natural después de la desgracia que acaba de sufrir, pues la atribuye sólo a la muerte de Enrique.

El joven plantador interpreta la causa a medias: si observase bien los ojos de Luisa Coxe, tal vez reconociese en su expresión que la tristeza por lo pasado no es tan marcada como la que experimenta por lo futuro.

Avanzan á través de los árboles, y aún no se han alejado á más de un tiro de fusil, cuando el semblante de la criolla parece iluminarse de pronto, como si un alegre pensamiento, ó por lo menos una esperanza, reanimase su corazón.

Detiénese de improviso, y el joven plantador cree deber imitarla.

—Sr. Jancey,—dice Luisa después de una breve pausa;—mi silla acaba de aflojarse, y no puedo sentarme bien sobre ella. ¿Tendréis la bondad de examinar la cincha?

Jancey se apea al punto, muy complacido por tener aquella ocasión de servir á la criolla: examina la cincha, y no cree que se haya desarreglado nada; pero, sin decirlo así, desprende la hebilla y sujétala de nuevo con más fuerza.

—¡Esperad!—exclama la criolla.—Dejadme bajar, y así podréis arreglarlo mejor.

Y sin esperar á que el joven le ofrezca la mano, deslízase á tierra y permanece al lado de Luna.

El joven continúa apretando las correas cuanto puede.

Después de repetidos esfuerzos, que le hacen salir los colores á la cara, consigue, al fin, acortarlos hasta el último punto.

—Ahora creo que estarán bien, señorita,—dice.

—Tal vez sí,—replica la criolla apoyando la mano en el pomo de la silla, y moviéndola ligeramente;—sin duda que está en su punto ahora; pero, bien mirado, es una lástima que nos vayamos tan pronto. Acabo de llegar después de un rápido galope, y mi pobre Luna no ha tenido apenas tiempo para descansar. ¿Qué inconveniente puede haber en que nos detengamos aquí un poco para que el animal repose? Sería una crueldad no hacerlo así.

—Pero ¿qué dirá vuestro padre? Parecía muy deseoso de que...

—Volviera de una vez á casa, ya lo sé; pero eso no es nada. Lo ha hecho solamente con el objeto de que no me halle en presencia de esos hombres tan rudos: una vez lejos de ellos, ya no le importará. Este sitio es muy agradable;

reina una frescura deliciosa á la sombra de los árboles, y me parece el sitio más á propósito para que Luna descanse. Nosotros nos entretendremos, entretanto, en observar las evoluciones de esos magníficos peces plateados que saltan en la corriente. ¡Mirad qué bonitos son, Sr. Jancey!

El joven plantador comienza á sentir halagado su amor propio. ¿Por qué había de desear su compañera hablar allí con él, y observar las evoluciones acuáticas de los peces, que precisamente se hallan en el período del celo?

El joven se contesta á sí mismo según sus deseos, y fácilmente accede á la petición.

—Señorita Coxe,—dice,—estoy completamente á vuestras órdenes, y me doy por muy contento con permanecer aquí mientras lo deseáis.

—¡Oh! Nada más que el tiempo necesario para que Luna descanse. A decir verdad, caballero, apenas me había apeado cuando llegaron esos hombres. ¡Mirad! El pobre animal está todavía jadeante después de su prolongado galope.

Jancey no observa si la yegua está cansada ó no, pues sólo piensa en complacer á la linda amazona, y los dos permanecen al lado de la corriente.

Sin embargo, al joven plantador le sorprende un poco notar que su compañera no observa los plateados peces, ni mira tampoco la yegua pinta. Poco le hubiera importado esto si la joven se hubiese ocupado de él. Pero no era así: la criolla no fijaba en él la atención de ningún modo: sus miradas se perdían en el espacio, é inclinaba la cabeza, como para percibir todos los sonidos que llegaban del claro.

A pesar de sus ilusiones, el joven plantador no puede menos de escuchar también, porque sospecha que en aquel instante ocurre algún grave incidente, que se está celebrando un juicio con arreglo á la ley de Lynch, ante un jurado de regulares.

A través de los árboles creérase oír palabras violentas y acentos de amenaza.

Ambos escuchaban: la criolla como una actriz que está junto al escenario esperando la señal del apuntador.

Se oyen distintas voces, como si hablasen á la vez varios hombres; pero una de ellas domina luego sobre las demás, sin duda porque pronuncia un discurso.

Luisa reconoce la voz: es la de su primo Collins. Rápida en el decir, indica á veces enojo, ó bien argumenta, cual si el orador quisiera inducir á su auditorio á hacer una cosa á que se resiste.

Su discurso termina, al fin, é inmediatamente después se oyen breves y enérgicas exclamaciones y gritos de aprobación, predominando uno con acento más amenazador que los demás.

Mientras escuchan, Jancey olvida á la linda joven que tiene á su lado.

Sólo recuerda su presencia al verla alejarse rápidamente del sitio en que estaban, dirigiéndose con ademán resuelto hacia el jacalé.

CAPITULO XXVI

MOMENTO CRÍTICO

El grito que tan repentinamente hizo á la joven criolla alejarse del lado de su compañero era el veredicto de un jurado que con ruda frase pronunciaba una sentencia.

En el momento de dirigirse Luisa á la cabaña, aún resonaba en sus oídos la palabra *jahorcarle!* que acababan de pronunciar.

Mientras aparentaba observar con interés las evoluciones de los peces, sus pensamientos estaban sólo en la escena que debía representarse en el jacalé.

Aunque los árboles le impedían ver la escena, como conocía muy bien á los actores, por las palabras de éstos podía formar juicio exacto de lo que sucedía.

Al apearse Luisa, dando por pretexto la flojedad de la cincha de su yegua, habíase formado un cuadro que merece detallada descripción.

Los hombres diseminados acá y allá, cuando ella se marchó, hallábanse reunidos ahora en un grupo, cuya forma se asemejaba algo á la de una circunferencia.

En el centro se destacaban diez ó doce figuras, entre las cuales se distinguía la elevada estatura del jefe de los regulares, rodeado de tres ó cuatro de sus hombres de confianza. Véase también allí á Hugo Coxe, y á su lado á Casio Collins; pero éstos no parecían ejercer ya autoridad alguna. Figuraban más bien como espectadores y testigos del drama judicial que debía representarse.

Tal era, en realidad, el aspecto de la escena: tratábase de juzgar á un hombre, acusado de asesinato, con arreglo á la ley de Lynch y ante el siniestro tribunal de este nombre, representado por el jefe de los regulares, con un jurado compuesto de todos los que le rodeaban, excepto los prisioneros.

Estos son dos: Armando Lancaster y su criado Felim.

Ambos están dentro del círculo, postrados sobre la yerba; y sujetos fuertemente con correas de cuero de caballo que les impiden mover mano ni pie.

Ni siquiera tienen libre la lengua: á Felim se le ha impuesto silencio amenazándole, y á su amo se le ha obligado á callar por medio de una mordaza, á fin de que no interrumpen el debate las incoherentes frases que pronuncia en su delirio.

Pero como las correas no bastan para sujetarle, dos hombres se apoyan en sus hombros, mientras un tercero se ha sentado sobre las rodillas, impidiendo así al prisionero todo movimiento. Únicamente tiene libres los ojos, cuyas pupilas giran en sus órbitas, dirigiendo á sus guardianes terribles miradas.

Sólo en uno de los prisioneros recae la grave acusación: al otro se le considera como cómplice, aunque sin seguridad.

Únicamente el criado ha sufrido el interro-

gatorio, para que confiese cuanto sepa y pueda decir en su descargo, porque es de todo punto inútil preguntar nada á su señor.

Felim ha referido su cuento, demasiado extraño para ser creído, aunque la parte más singular, la relativa al jinete sin cabeza, es la que parece más verosímil.

El criado no puede explicar el hecho, y su relato vigoriza la sospecha, ya concebida, de que el sangriento fantasma se relaciona con el asesinato.

—Todos esos detalles acerca de la lucha con el tigre y los indios son una farsa,—decían aquellos á quienes Felim refería los pormenores;—es un tejido de mentiras para desorientarnos y nada más.

El interrogatorio no ha durado más de veinte minutos, y, sin embargo, los jueces han llegado ya á la conclusión.

En el ánimo de los más, ya predispuestos á ello, existía la plena convicción de que Enrique Coxe era hombre muerto, y Armando Lancaster el causante de la desgracia.

Tomáronse en consideración todas las circunstancias ya conocidas, á las cuales se agregaron los hechos últimamente averiguados en el jacalé, de los cuales era el más grave de todos el hallazgo del sombrero y el capote pertenecientes á la víctima.

Las explicaciones dadas por Felim, confusas é incongruentes, no merecieron crédito. ¿Cómo no había de suceder así, siendo invenciones de un cómplice?

Algunos no quieren detenerse siquiera á escucharlas, mientras otros gritan con impaciencia:

—¡Ahorcar al asesino!

Cual si se hubiese previsto la sentencia, en el suelo se ve ya una cuerda preparada, con un nudo corredizo en una de sus extremidades.

Un sicomoro que se eleva á pocos pasos presenta una rama horizontal bastante buena para hacer las veces de horca.

Los votos se emiten de viva voz.

De los cien jurados, ochenta opinan que Armando debe morir: su última hora parece llegada.

Y, sin embargo, aún no se ejecuta la sentencia, y la cuerda continúa ociosa sobre la yerba, sin que ninguno manifieste deseos de cogerla.

¿Por qué aquella repugnancia, como si el lazo fuese una serpiente venenosa que nadie se atrevía á tocar?

La mayoría de los jurados ha pronunciado la sentencia de muerte: algunos la apoyan con duras frases y blasfemias. ¿Por qué no se ejecuta?

¿Por qué? Por falta de esa unanimidad que induce á la acción inmediata, por falta de pruebas para producirla.

Contábase una minoría no satisfecha, que con menos ruido, pero enérgica y resueltamente, había contestado:

—No.

Y hé aquí lo que dió lugar á la suspensión de los procedimientos inmediatos por medio de la violencia.

Entre la minoría figuraba el mismo juez Lynch. Sam Manly, jefe de los regulares, aún no había pronunciado sentencia ni tampoco significado su aceptación del veredicto.

—¡Conciudadanos!—exclamó, tan pronto como pudo hacerse oír.—Soy de opinión que existe una duda en este caso, y considero que debemos conceder al acusado un plazo para defenderse. De nada sirve interrogarle ahora, como todos veis. Le tenemos bien sujeto, de modo que no podrá escapar si es culpable, y, de consiguiente, propongo suspender el juicio hasta que...

—¿De qué sirve suspender?—contesta una voz áspera, en la cual puede reconocerse la de Casio Collins.—¿A qué conduce esto, Sam Manly? Está muy bien que vos habléis de ese modo; pero si hubieran asesinado á un amigo vuestro, no diré primo, sino un hijo ó un hermano, seguramente no mostraríais tanta condescendencia. ¿Qué más deseáis para demostrar que el bribón es culpable? ¿Necesitáis nuevas pruebas?

—Precisamente es lo que deseamos, capitán Collins.

—¿Podréis darlas, Sr. Casio Collins?—pregunta una voz que parte del círculo.

—Tal vez sí.

—¡Producidlas entonces!

—Bien sabe Dios que habéis tenido suficientes. Un jurado compuesto de los estúpidos compatriotas del acusado...

—¡Rectificad esa palabra!—contesta la misma voz que ha pedido las pruebas.—Y no olvidéis que os halláis en Tejas y no en el Misisipí. Tened esto muy presente, porque, si no, pudiera suceder que vuestra lengua os ocasionara un disgusto por ser demasiado larga.

—No es mi ánimo ofender á nadie,—replica Collins, tratando de salir del mal paso en que se había metido.—En mi concepto, hay pruebas bastantes, y más que suficientes; pero si deseáis más, puedo producirlas.

—¡Dadlas, dadlas!—gritan varias voces sonoras, repitiendo la demanda, mientras Collins parece vacilar.

—¡Señores!—exclama el capitán, cuadrándose ante la multitud como para pronunciar un discurso.—Lo que voy á manifestaros ahora pude haberlo dicho hace mucho tiempo; pero no lo creía necesario. Todos sabéis lo que ha ocurrido entre ese hombre y yo, y no quería que se me tachase de hombre vengativo y rencoroso. No lo soy, y si no fuese porque estoy seguro de que él es el asesino, tan cierto como que la cabeza está sobre mis hombros...

Collins balbucea al observar que esta frase, escapada involuntariamente de sus labios, ha producido un efecto extraño, así en el auditorio como en él mismo.

—Si no estuviera seguro,—continúa,—yo... yo no diría nada de lo que he visto, ó más bien oído, pues era de noche, y, la verdad, no vi nada.

—¿Qué oísteis, Sr. Collins?—pregunta el jefe de los regulares, recobrando la gravedad de su carácter oficial, por algún tiempo olvidada en medio de la confusión producida por el voto

del veredicto.—Vuestro desafío con el prisionero, del cual creo que todos tienen conocimiento, no se puede relacionar en nada con vuestro presente testimonio; y nadie os acusará de jurar en falso sobre este punto. En su consecuencia, podéis proseguir. ¿Qué habéis oído? ¿Dónde, cómo y cuándo lo oísteis?

—Comenzando por el tiempo, os diré que era de noche cuando faltó mi primo, aunque, por supuesto, no lo echamos de ver hasta por la mañana. Me refiero á la noche del martes.

—Bien. ¿Qué más?

—Yo me había retirado á mi habitación, y pensaba que Enrique había hecho lo mismo; pero el calor y los infernales mosquitos no me permitieron conciliar el sueño. Aburrido ya, salté fuera del lecho, encendí mi cigarro, y, después de dar dos ó tres vueltas por mi habitación, ocurrióme subir á la azotea.

»Ya sabéis que tenemos una en la casa de la Curva. Pues bien: fui allá á tomar el fresco, y continué fumando tranquilamente.

»Sería como la media noche, ó tal vez un poco antes lo cual no puedo asegurar á punto fijo, porque no había hecho aprecio de la hora, y ya iba á sacar otro cigarro de la petaca, cuando me pareció oír las voces de dos personas.

»Partían de la orilla del río, y yo pensé que del lado opuesto, pues eran lejanas, y en dirección de la ciudad.

»No me hubiera sido fácil percibir las, á no ser porque se alzaba mucho la voz; pero, gracias á esto, pude reconocer cierto acento de enojo, y comprendí que dos hombres disputaban.

»En un principio supuse que serían dos borrachos que regresaban de la hospedería de Duffer; y ya no habría pensado más en el asunto si no hubiese reconocido una de las voces, y después la otra. La primera era la de mi primo Enrique, y la segunda la del hombre que veis ahí, la del hombre que le asesinó.»

—Proseguid, Sr. Collins, y oigamos hasta el fin vuestra declaración. Tiempo habrá después para exponer vuestras opiniones.

—Pues bien, señores: ya podréis imaginar que no me sorprendió poco oír la voz de mi primo, tanto más cuanto que suponía que ya se había retirado. Tan seguro estaba de no equivocarme, que ni siquiera pensé en ir á su habitación para ver si estaba en ella. Había reconocido su voz perfectamente, así como también la del cazador de caballos.

»Parecióme sumamente extraño que Enrique se hallase fuera á una hora tan desusada, porque no era ésta su costumbre; pero no cabía duda, no podía equivocarme en este punto.

»Escuché un rato, esperando averiguar de qué se trataba; pero, aunque percibía claramente las voces, no pude comprender las palabras. Lo único que oí fué que Enrique apostrofaba rudamente al otro hombre, cual si hubiese recibido de él algún insulto, y oí al cazador amenazar á mi primo. Ambos pronunciaron en alta voz sus respectivos nombres, y esto me convenció de que eran ellos.

»Deseos tuve de ir á enterarme del asunto; mas estaba en zapatillas, y antes de que pudiera ponerme las botas, todo habría concluido.

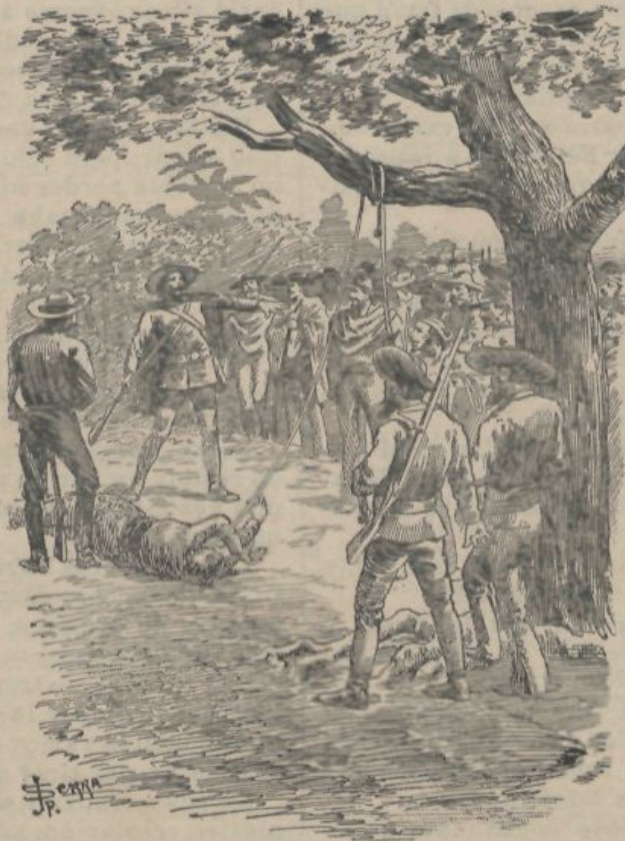
»Esperé una media hora, para ver si regresaba Enrique, pero no volvió; y, suponiendo que habría ido á casa de Duffer á pasar un rato con sus amigos del fuerte, no quise esperar más, y volví á mi habitación.

»Ahora, señores, os he dicho cuanto sé. Mi pobre primo no volvió ya á la Casa de la Curva, ni se acostó en su cama, lo cual reconocimos al registrar su cuarto al día siguiente.

La multitud se agitaba, semejante á la tempestad próxima á desencadenarse.

Pronto llegó á su apogeo: un desalmado se acerca á la cuerda, aunque sin que nadie lo note, al parecer: es un individuo que acaba de hablar en voz baja con Collins; es uno de esos hombres sin fe ni religión, que se hallan siempre dispuestos á tomar parte en los actos de violencia, y que en todo tiempo han sido un baldón para el buen nombre inglés.

El individuo de que hablamos se apodera de la cuerda, y arroja la extremidad al cuello del



El nudo corredizo rodea el cuello del prisionero...

Aquella noche debió dormir en algún sitio de la pradera, ó en el chaparral: sólo podría decirnoslo el hombre que veis ahí.»

Al pronunciar estas palabras, el orador señala con aire de triunfo al acusado, cuyas miradas sin fijeza indican cuán ajeno está de la terrible acusación y de los gestos de amenaza de los que le rodean.

El ex capitán había hecho su declaración con una minuciosidad que pareció convencer á todos de la culpabilidad del prisionero; y así es que la última parte de su discurso fué seguida de un clamoreo pidiendo que se procediese á la ejecución.

—¡Ahorcarle! ¡Ahorcarle!—gritaron veinte voces.

El mismo presidente de los regulares parecía vacilar: la minoría no constaba ya de veinte individuos, sino de diez, y los más moderados unieron también sus voces á los que pedían venganza.

condenado, quien no se da cuenta del juicio ni de la sentencia.

Nadie se mueve para oponerse á este acto: el hombre, armado de cuchillo y pistolas, puede obrar á su antojo, y hasta le ayuda otro individuo de su misma especie.

Los espectadores permanecen á un lado, observando tranquilamente aquella escena: los más expresan su aprobación, y algunos animan á los ejecutores con los gritos de: —¡Arriba con él! ¡Ahorcarle!

Los menos parecen enmudecer de sorpresa, manifestando simpatías por el condenado y demostrando como que no pueden dar crédito á la resolución de aquellos hombres inexorables; pero nadie se atreve á tomar parte en su favor.

El nudo corredizo rodea el cuello del prisionero, y la otra extremidad pende ya de la rama del sicomoro.

El alma de Armando Lancaster debe volver muy pronto á su Dios.

CAPITULO XXVII

APLAZAMIENTOS

¡Armando Lancaster debía entregar pronto su alma á Dios!

Tal era el pensamiento de todos los que presenciaban aquella tragedia representada entre los árboles.

Nadie dudaba que en pocos momentos se elevaría su cuerpo en el aire, y se le vería pendiente en la rama del sicomoro.

Hubo, sin embargo, una interrupción no prevista en el programa, una especie de farsa que debía cambiar por el pronto el aspecto de las cosas, comunicando momentáneamente á la tragedia el carácter de comedia.

Sólo dos actores prepararon esta variación, un hombre y una yegua: Felim iba á reproducir la escena que tanta sorpresa causó á Isidora.

Fija la atención en los argumentos del ex capitán, y pensando sólo en sus propósitos de venganza, los regulares no se cuidaban sino del principal culpable, sin hacer caso alguno de su compañero, fuera ó no cómplice. Ya no llamó la atención su presencia, pues todas las miradas se dirigían al cazador.

Mucho menos se pensó en Felim en el momento de acercarse los dos hombres al condenado para ajustar la cuerda: entonces se le olvidó por completo.

Ofrecíasele una oportunidad para escapar, y Felim no se descuidó en aprovecharla.

Apresuróse, pues, á desatar sus ligaduras, y se deslizó entre las piernas de los espectadores.

Nadie pareció observar sus movimientos ni cuidarse de ellos. Poseídos de la mayor excitación, agrupábanse unos sobre otros, para ver mejor el árbol que debía servir de horca.

Aunque alguien hubiese notado la fuga de Felim, habría supuesto, seguramente, que aprovechaba la coyuntura para salvar su propia vida, sin pensar en la de su amo.

Cierto que nada podía hacer por él, y harto lo sabía. Después de hacer la defensa de su amo como le fué posible, toda intervención de su parte era completamente inútil, y únicamente podía servir para exasperar á los acusadores. Aunque Felim pensase en salvar su vida, esto no hubiera sido en él, en rigor, una deslealtad, sino un mero instinto de propia conservación, al que parecía ceder al deslizarse presuroso entre los árboles. Así lo hubiera pensado cualquiera, por más que tal suposición fuese injusta.

En efecto: al huir, el fiel criado no pensaba abandonar á su señor, ni mucho menos dejarle en tan crítica situación sin hacer un esfuerzo más para librarle de los sanguinarios lebreles humanos que le tenían en su poder. No se le ocultaba que nada podía hacer por sí; pero cifrábanse todas sus esperanzas en llamar á Zab por medio de la señal que tan buen resultado dió la primera vez.

Habíase deslizado entre los árboles, e interponiendo éstos entre su persona y la enojada multitud, corrió hacia el sitio donde la vieja yegua pacía aún tranquilamente.

Los demás caballos, atados á diversos troncos, formaban como una barrera en el lindero de la espesura, y, gracias á esta circunstancia, Felim podía ocultar mejor sus movimientos. De modo, que llegó á donde estaba la yegua sin ser visto de nadie.

Pero entonces echó de ver que no llevaba consigo el instrumento necesario para realizar su fin: había dejado la rama de cacto en el sitio donde le cogieron, y no podía volver á buscarla sin exponerse á ser detenido por segunda vez, lo cual le impediría realizar su proyecto.

No llevaba tampoco cuchillo ni arma ninguna para cortar otra rama.

Felim se detuvo vacilante, sin saber qué partido tomar; pero sólo fué cosa de un momento: no se debía perder ni un minuto, porque la vida de su amo estaba en inminente peligro; y, dominado por esta idea, el fiel Felim se precipitó sobre un cacto, á fin de arrancar una de sus espinosas ramas con sus manos desnudas.

No lo consiguió sin ensangrentarse los dedos. Pero ¿qué importaba esto, comparado con la vida de su querido señor?

Felim corrió después á la yegua, y, á riesgo de recibir un par de coces, levantóle la cola, y una vez más le aplicó debajo el instrumento de martirio.

Los ejecutores habían ajustado ya, entretanto, el nudo corredizo al rededor del cuello del cazador de caballos, procediendo á la operación cuidadosamente á fin de evitar todo tropiezo. La otra extremidad de la cuerda se había pasado ya por la rama del sicomoro, y tenía la cogida varios desalmados, impacientes, al parecer, por tirar de ella.

En sus miradas y actitudes revelábase la siniestra resolución: sólo esperaban la señal.

Nadie tenía derecho á darla, y por esto mismo se retardó, pues nadie tampoco parecía dispuesto á tomar sobre sí la responsabilidad de haber privado á un hombre de la existencia. Por criminal que le creyesen, y aunque le juzgaran asesino, repugnábales á los más pronunciar la sentencia de muerte. Hasta el mismo Collins se retraía.

Y no por falta de voluntad: no carecían de ella ni el ex capitán ni los regulares, y no pensaban cambiar de resolución. La tardanza era debida á la informalidad en los procedimientos: podía compararse aquello con la calma que precede á la tempestad.

Era un momento verdaderamente solemne, y todos permanecían silenciosos como la tumba: hallábanse en presencia de la muerte y lo sabían, pero la muerte en su forma más hedionda y repugnante. Algunos de aquellos hombres se creían cómplices de una violencia y arredrábanles el acto.

Permanecían mudos é inmóviles, rígidos como los troncos que les rodeaban. ¿Era llegado el momento crítico?

Sí; pero no era la crisis que todos esperaban y por todos decretada.

En vez de ver elevarse en el aire el cuerpo de Armando, presenciaron un espectáculo muy distinto, tan grotesco, que hubo de interrumpir la solemnidad de la escena, siendo causa de que se suspendieran los procedimientos.

La vieja yegua, que todos reconocieron como propiedad de Zab, parecía haberse vuelto loca de repente; saltaba en medio del prado descargando coces al aire, y relinchaba con toda su fuerza. Los cien caballos que estaban próximos imitaron el ejemplo, contestando á la yegua, y produjeron así todos un estrépito infernal.

Ni por arte de encantamiento se hubiera podido producir más rápida transformación que la efectuada en la escena que se representaba frente al jacalé. No sólo se suspendió la ejecución, sino también todos los procedimientos contra el cautivo.

Y no fué el cambio de un carácter cómico: muy lejos de ello, las miradas de todos expresaban la mayor inquietud, y oyéronse gritos de consternación.

Los regulares corrían á buscar sus armas, y algunos sus caballos.

—¡Los indios!—exclamaban todos.—¡Los indios!

Sólo la llegada de los comanches podía producir semejante conmoción, que, al parecer, iba á causar una dispersión completa.

Durante algún tiempo, los hombres corrieron de un punto á otro dando voces, y únicamente algunos permanecían silenciosos.

Los más se situaron detrás de sus caballos, para que éstos les sirvieran de escudo contra las flechas de los salvajes.

Pocos había allí acostumbrados á semejantes correrías, y los temores de muchos eran exagerados por la falta de experiencia.

Esto duró hasta que todos los caballos callaron, y sólo se oyó á la pobre yegua que había dado la señal.

Entonces descubrióse la verdadera causa de la alarma, así como también que Felim se había escapado.

El pobre criado tuvo, por fortuna, la precaución de ocultarse en la espesura, y sólo gracias á esto libró la piel, porque, seguramente, en aquel instante no hubiera valido su vida mucho más que la de su amo.

Una veintena de carabinas, empuñadas con enojo, apuntaron á la vieja yegua.

Pero antes de que se descargase ningún arma, un hombre que estaba cerca le arrojó su lazo al cuello, haciéndola callar de una vez.

Por fin, se ha restablecido la tranquilidad, y con ella renacen los designios de muerte: los regulares siguen animados del mismo espíritu.

El grotesco incidente que tanto los inquietó no ha provocado su hilaridad, sino todo lo contrario.

Algunos se avergüenzan de la triste figura que han hecho ante la falsa alarma, y otros

están enojados por la interrupción de una solemne ceremonia.

Hé aquí por qué vuelven á ella con espíritu más vengativo, según lo prueban sus blasfemias y exclamaciones de cólera.

De nuevo se forma el círculo al rededor del sentenciado, y se vuelve á ver el mismo terrible cuadro.

Una vez más se apoderan de la cuerda los rufanes, y predomina la misma solemne idea.

El alma de Armando Lancaster debe volver muy pronto á su Dios.

Pero, gracias al Cielo, la terrible ceremonia de muerte es interrumpida por tercera vez.

¡Qué poco se asemeja á la Parca aquella graciosa figura que, saliendo de entre las sombras, se presenta en medio de la luz!

¡Es una mujer, una hermosa mujer!

Todos cuantos la han visto lo piensan así, sin que nadie ose pronunciar una palabra; están inmóviles como antes; pero sus miradas expresan el asombro: hasta los más rudos de aquellos hombres respetan la presencia de la hermosa recién venida, y la sumisión que manifiestan en su actitud es sólo propio de los que se reconocen culpables de un crimen.

La mujer hermosa pasa como un meteoro por en medio de aquella gente, sin dirigir una mirada á derecha ó izquierda, sin pronunciar una palabra, hasta que se detiene delante del hombre postrado sobre la yerba.

Entonces, con un rápido movimiento, se apodera de la cuerda que han cogido los dos ejecutores, oprímela con ambas manos, y arráncala de las suyas, mientras dirige una mirada de desprecio á la multitud.

—¡Cobardes tejanos!—exclama.—¿No os avergonzáis de vosotros mismos?

Todos parecen intimidarse al oír este violento apóstrofe.

—¡Un juicio!—continúa la joven.—¡Un juicio legal! ¡El acusado sin defensor, y condenado sin ser oído! ¿A esto llamáis justicia? ¿Es ésa la justicia tejana? ¡Os desprecio porque no sois hombres, sino asesinos!

—¿Qué quiere decir esto?—grita Coxé, adelantándose y cogiendo á su hija del brazo.—¿Estás loca, Luisa? ¿Cómo has venido aquí? ¿No te mandé volver á casa? ¡Fuera de aquí al momento, y no intervengas en lo que no te concierne!

—¡Padre! ¡Os digo que me concierne!

—¡Cómo! ¡Por mi nombre!... ¡Ese que ves ahí es el asesino de tu hermano!

—No puedo, ni quiero creerlo. ¡Jamás! ¡Jamás! No había motivo alguno. ¡Oh hombres! ¡Si os preciáis de tales, no obréis como salvajes! Oíd antes su defensa y entonces... entonces...

—Ya se ha hecho eso,—grita un individuo, que parece hablar por instigación;—no hay la menor duda de que es culpable: él es quien ha dado muerte á vuestro hermano, y no parece bien, señorita Coxé, dispensadme si os lo digo, que intervengáis en favor del acusado para librarle de un justo castigo.

—Es verdad,—contestan varias voces.

—¡La justicia debe seguir su curso!—grita

otro, usando la frase tan común en los tribunales.

—¡Es preciso! ¡Es preciso!—replican los demás á coro.

—Mucho sentimos no poder complaceros, señorita,—añade el primero que habló;—y debemos rogaros que os retiréis. Sr. Coxe,—añade,—sería mejor que mandaseis á vuestra hija salir de aquí.

—¡Vamos, Luisa!—dice el plantador.—Este no es sitio á propósito para ti: es preciso que te retires. ¡Cómo! ¿Rehusas? ¡Gran Dios! ¿Se atreve mi hija á desobedecerme? Venid aquí, Collins: cogedla de un brazo y conducidla á otro sitio. Si rehusas obedecer de buen grado, Luisa, nos valdremos de la fuerza. ¡Vamos, vamos: sé complaciente! Haz lo que te digo. ¡Vete! ¡Vete!

—No, padre: no quiero irme, ni me marcharé hasta que hayáis prometido... hasta que estos hombres prometan...

—No podemos prometeros nada, señorita,—contesta uno,—por más que así lo quisiéramos. Esta no es cuestión de mujeres: se ha cometido un crimen, un asesinato, como sabéis muy bien, y es preciso que se haga justicia. No debe haber perdón para el culpable.

—¡No hay perdón!—gritan varias voces.—¡Ahorcarle! ¡Ahorcarle! ¡Ahorcarle!

No intimida ya á los regulares la presencia de la joven, que sólo ha servido para retrasar un instante el momento fatal.

El alma de Casio Collins no es la única que en aquel momento está dominada por la envidia: el cazador de caballos es aborrecido ahora doblemente por su supuesta buena fortuna.

En el tumulto de las vengativas pasiones se olvida toda galantería, esa virtud por la que se han distinguido siempre los tejanos.

Luisa Coxe es retirada de allí, casi á viva fuerza, por su primo Casio Collins, en cumplimiento de las órdenes de su padre, pero no sin que luche contra los odiados brazos que la sujetan, mientras llora amargamente y protesta á gritos contra aquel acto de violencia.

—¡Monstruos! ¡Asesinos!—exclama.—¡Cai-ga todo el baldón sobre vosotros!

Los esfuerzos que hace son reprimidos; nadie escucha sus palabras, y aléjanla, al fin, de la multitud, desvanecida su última esperanza de auxiliar á aquel por quien daría su existencia.

Amargas son las palabras que oye Casio Collins de los labios de Luisa Coxe; duras y crueles las frases que ésta le dirige, y mejor hubiera sido para él no haber cogido en sus brazos á la hermosa criolla.

Apenas le consuela ya la seguridad de la venganza. Ciertamente su rival dejará de existir muy pronto; pero ¿qué le importa? La mujer que estrecha en sus brazos no consentirá jamás en ser su esposa; él podrá matar al héroe de su corazón, mas no conquistar para sí el cariño de la mujer que adora.





ÍNDICE

CAPÍTULOS	PÁG.	CAPÍTULOS	PÁG.
I.—Un disparo.	1	XIV.—Los lobos.	34
II.—Síntoma alarmante.. . .	3	XV.—El aviso.. . . .	38
III.—Vagos indicios.	5	XVI.—El jaguar.	40
IV.—Las huellas del cri-		XVII.—De regreso.. . . .	42
men.	6	XVIII.—Castigo.	44
V.—Aparición.	10	XIX.—Tiro inútil.	48
VI.—Más jinetes.	11	XX.—Aviso.	50
VII.—Situación apurada. . . .	14	XXI.—Un beso.. . . .	52
VIII.—Visión terrible.	16	XXII.—Las dos rivales.	55
IX.—¡Otra vez!	20	XXIII.—Revelaciones.	58
X.—En pro de Armando. . . .	23	XXIV.—Abnegación.	60
XI.—Servidor infiel.	27	XXV.—Sorpresa.	62
XII.—El lazo.	28	XXVI.—Momento crítico	65
XIII.—Liberación.. . . .	31	XXVII.—Aplazamientos.	68

